

SUR

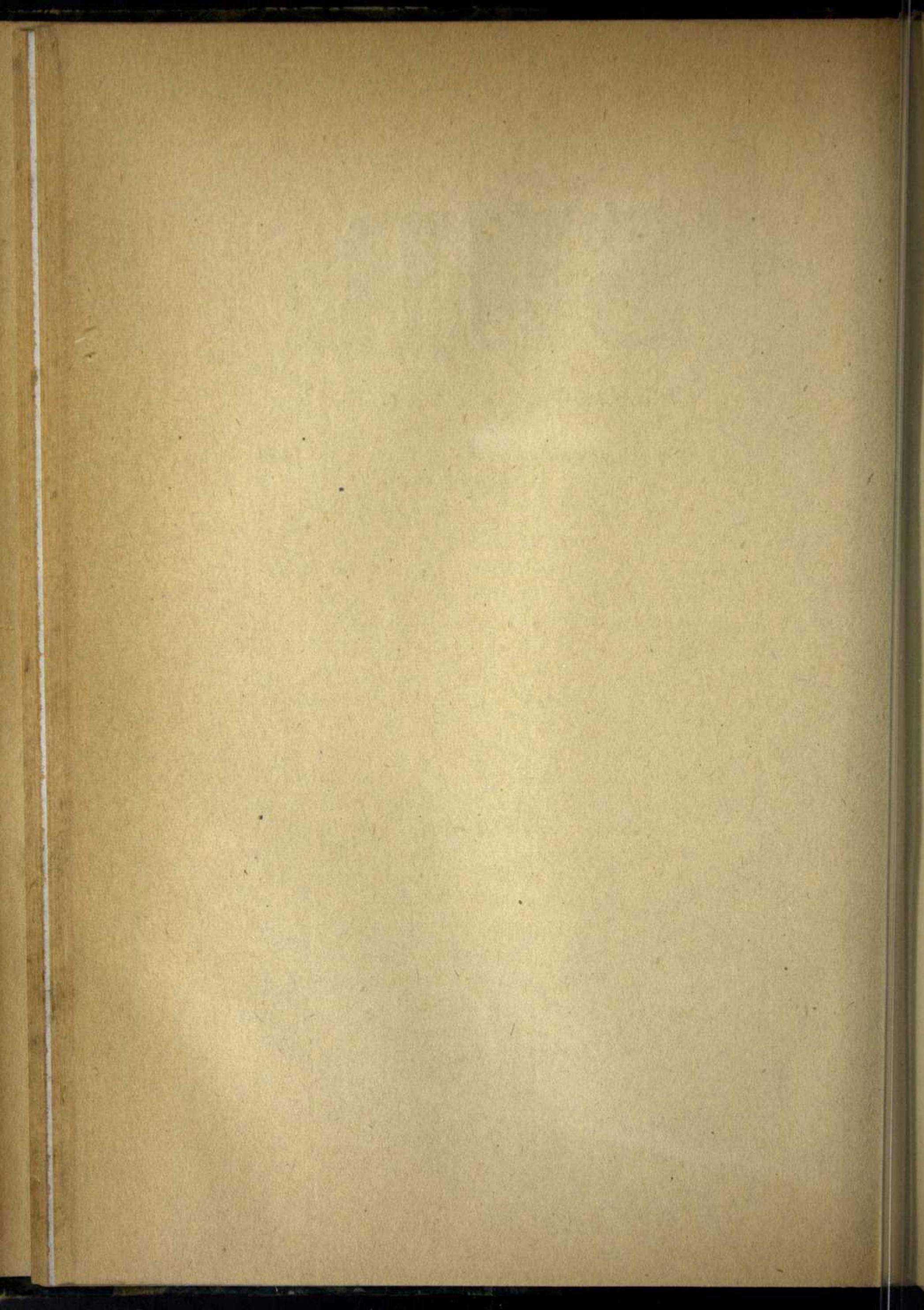
REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

JULIO 1º DE 1943

AÑO XII

BUENOS AIRES



S U M A R I O

GILBERTO FREYRE
CASA GRANDE & SENZALA

VICENTE BARBIERI
SILBIDO EN EL OESTE

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA
EL ANTIGERMANISMO

WINIFRED WILLIAMS
LA MUJER QUE PODÍA OLVIDAR

JACQUES MALAQUAIS
DIARIO DE GUERRA (II)

N O T A S

Enrique Anderson Imbert: Un procedimiento literario de Unamuno

★ LOS LIBROS ★ Juan Ramón Jiménez: "Españoles de tres mundos", por *Lorenzo Varela* ★ Alberto Rougès: "Las jerarquías del ser y la eternidad", por *Aníbal Sánchez Reulet* ★

Leslie D. Weatherhead: "After death", por *Jorge Luis*

Borges ★ Hsiao Chi'en: "Etching of a tormented age",

por *Adolfo Bioy Casares* ★ André Lhote: "Tratado

del paisaje"; Paul Gauguin y Charles Morice:

"Noa Noa", por *Ana M. Berry* ★ LETRAS DE

MÉXICO ★ *Octavio Paz*: Una nueva novela

mexicana. El teatro de *Xavier Villaurrutia*

★ CIENCIA ★ *José Babini*: Copérnico y

Vésale ★ LA TORRE EN GUARDIA ★

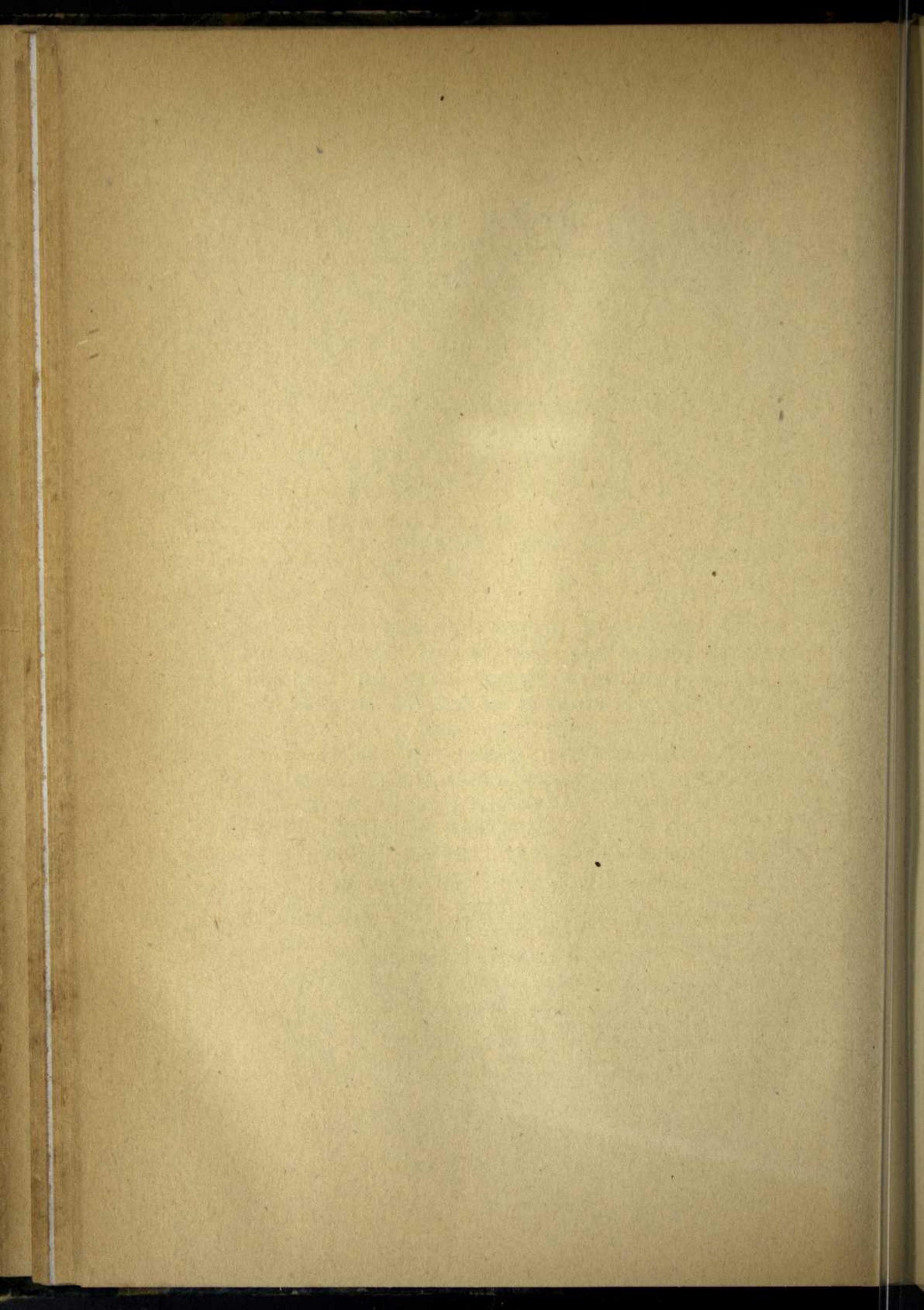
Antonino Rey: Contra los querandíes

★ CINEMATÓGRAFO ★ *H. Alsina*

T.: "La sombra de una duda" y

otros films ★ CALENDARIO,

por *Ernesto Sábato*.



CASA GRANDE & SENZALA¹

Desde que este ensayo apareció en el Brasil, en 1933, algunos críticos, quizá excesivamente severos, lo vienen acusando de “disolvente”, de “contrario a los intereses de la nación brasileña” e incluso de merecedor de un auto de fe. Otros críticos, menos ásperos, llegan hasta conceder que el libro, con toda su crudeza, pudo haber sido publicado en nuestra lengua para ser leído por brasileños, tolerándolo a condición de que se le conservase dentro de la muralla china del propio idioma. Aun no hace mucho tiempo que uno de los más autorizados representantes de esta corriente de opinión —o de sentimiento— me requirió para expresarme su desagrado ante la noticia de que un análisis tan crudo de la vida y de la formación social brasileñas apareciese en español, y fuese a aparecer luego en inglés, con la autorización de su autor. ¿Dónde estaba el patriotismo de su autor?

Evidentemente el patriotismo del autor no coincide con el de todos sus críticos. Y sin embargo, bien consideradas las cosas, quizá se halle

¹ Gilberto Freyre ha escrito estas páginas, a pedido de Eduardo Mallea, para prologar la segunda edición en castellano de su libro *Casa grande & Senzala*, que publicará en Buenos Aires la Editorial Emecé. *Casa grande* y *Senzala* son los dos términos típicos del Brasil con que se designaban, respectivamente, la morada del señor en los ingenios de azúcar y la de sus esclavos, conjuntamente características de la era esclavócrata y semifeudal de la vida brasileña.

más identificado que esos brasilófilos del patriotismo convencional, con lo que existe de creador, de auténtico y de substancial en el *ethos* del brasileño y en su capacidad de enfrentar y de resolver problemas de mestizaje, de interpenetración de culturas y de adaptación de valores europeos a la vida de los trópicos; problemas en cuya solución el brasileño vase anticipando a otros pueblos americanos que enfrentan en su desenvolvimiento social dificultades semejantes.

Existe una paradoja a este respecto que hemos de hacer resaltar: la misma lentitud del luso-americano en abandonar la vida agraria y pastoril de sus comienzos, en forma de colonia de plantación en el trópico, nos reporta actualmente una ventaja sobre algunos de aquellos pueblos que nos permite poder anticiparnos a encarar ciertos aspectos del desenvolvimiento social y cultural más importantes que la pura técnica de producción.

Chernishevsky puede regocijarse ante el hecho de que Rusia llegara al siglo XIX —al propio siglo XX, añadámosle al sociólogo ruso— conservando arcaicamente algunas instituciones que en la Europa occidental habían desaparecido bajo el progreso del capitalismo industrialista y burgués, de tal forma —y ésta es la interpretación que obtengo del regocijo de Chernishevsky— que el pueblo ruso pudo adaptar a tipos modernos de organización económica y social instituciones que por su primitivismo agrario habían permanecido más dúctiles, más plásticas que las desarrolladas en la Europa occidental bajo dicho progreso mecánico, con la exclusión de otros progresos y el sacrificio de otros perfeccionamientos. Y casi puede decirse lo mismo de España, de la conservación, mediante sus magníficos analfabetos de los campos, de las montañas y de

los pueblos, de ciertas virtudes que en Francia, pongamos por caso, habían ido languideciendo bajo el aburguesamiento casi total de la vida y de la cultura nacionales. Actualmente España —quiero decir el pueblo español— se halla tan apto como los de Rusia, China, Canadá francés, Noruega, Dinamarca, Irlanda, Portugal, Paraguay, México o de algunos otros países centro y sudamericanos, para retornar con más facilidad que la vasta burguesía francesa o inglesa, alemana o norteamericana, a algunas de las virtudes de la era preburguesa y para adoptar y desenvolver instituciones sociales y métodos destinados a servir para las relaciones inter-personales o inter-regionales que esas mismas virtudes condicionan, estimulan y favorecen; o, por lo menos, que no las dificultan tanto como lo harían las instituciones ortodoxamente burguesas.

Admitida para después de esta guerra, que envuelve casi a todo el mundo, la probabilidad de una reorganización de la economía social y de las relaciones inter-personales e inter-regionales sobre bases distintas de las presentes, se comprende que el esfuerzo de un pueblo en las condiciones del brasileño, será menor para liberarse de las perversiones económicas del siglo XIX —y que son consecuencia de las excesivas concentraciones de fortuna en manos metropolitanas y de la subordinación casi completa de la política, de la vida familiar y de la misma cultura intelectual y artística, a los grandes intereses financieros, a los “trusts” y hasta a los “corners” y a los “rings”—, que el que tengan que llevar a cabo otros pueblos como el norteamericano, aun cuando éste ya nos vaya ofreciendo, afortunadamente, magníficas pruebas de su notable poder de adaptación a nuevas formas de vida, de cultura y de relación con los otros pueblos. Dichas perversiones alcanzaron tarde

al Brasil en vista de la resistencia que, no tanto por virtud como por inercia, les opusiera la organización agraria y pastoril a la que el Brasil acomodara, durante más de tres siglos, su economía predominantemente monocultora y esclavócrata. De modo que las deformaciones de que tenemos que liberarnos sean aún las de esa fase ya remota del desenvolvimiento económico de la civilización occidental. Nuestros últimos contactos con dicha civilización nos habían traído más bien las desventajas que se derivan del desajuste de nuestra vida a su tipo económico tradicional, que la perversión profunda de cuanto nos resta de “instintos creadores”: económicos, artísticos y religiosos, culturales en suma.

Yo no digo —e insisto en este punto— que el Brasil no esté siendo alcanzado, y a veces brutalmente, en su economía, en su política, en su vida, por los efectos del industrialismo, del urbanismo y del financierismo desatados. Yo mismo he procurado señalar la iniciación de tales influencias paleotécnicas sobre el paisaje social brasileño en el ensayo con que continué el estudio comenzado en *Casa-Grande & Senzala*, que lleva por título *Sobrados e Mucambos*. Lo que afirmo es otra cosa: dichas influencias encontraron entre nosotros una resistencia tan fuerte en lo que sobrevive en lo brasileño y en el Brasil, de la economía agraria y pastoril de la era colonial y del Imperio, principalmente de la vieja cultura latifundista y esclavócrata simbolizada por la simbiosis cultural *casa-grande & senzala*, que esas supervivencias constituyen todavía las características del paisaje, del espíritu, de la vida y de la cultura de una gran parte del Brasil. En algunas ocasiones se han puesto de acuerdo con ellas las formas capitalistas e industriales de utilización económica de la naturaleza y de la población; pero sin lograr la completa

destrucción de las permanentes supervivencias, no siendo en alguna que otra área: metropolitana como la capital de San Pablo; tradicionalmente “Bandeirante” como ciertos lugares del centro del Brasil o en el Ceará, y neobrasileña como los trechos de Santa Catalina, del Paraná, del Río Grande del Sur y del Estado de San Pablo, de colonización predominantemente italiana o polaca.

En el Brasil, país desarrollado en gran parte dentro del complejo *casa grande & senzala*, se observan en las áreas caracterizadas por el predominio de ese complejo, casi hasta nuestros días, sobrevivencias de rasgos patriarcales y de hábitos rurales que sin ser de lo más conveniente, han retardado, entre nosotros, el advenimiento de una economía y de una cultura masivamente burguesas y ortodoxamente capitalistas, a la manera de aquellas que la Europa occidental y los Estados Unidos de Norte América consagraron como “economía” y cultura “ideales” o “superiores” para desencantarse de ellas y de sus formas ortodoxas en nuestros días, bajo la presión de la guerra actual y de otros factores igualmente poderosos. Tanto por el fracaso de tal economía y de tal cultura, en sus formas masivas u ortodoxas, como por su relativa plasticidad o indecisión entre esas formas y las patriarcales, el Brasil se encuentra en situación de poder aprovecharse de tales circunstancias, de modo particularmente ventajoso, para abrir nuevos rumbos a la reorganización de su vida, a la exploración más amplia e intensa de su suelo y de su subsuelo y a la de su sistema de relaciones inter-personales e inter-regionales; rumbos que serían dificultados por fuerzas considerables si entre nosotros se hubiese consolidado, en mayor medida de lo que se consolidó, el aburguesamiento del paisaje social con todas las ventajas

innegables que se derivan de la mecanización de la mayor parte de las actividades y tal vez de la higienización y alfabetización de la mayor parte de las poblaciones, pero también con sus probables desventajas, tan evidentes en otros países. ¿Acaso para hacer progresar a un hombre o a un pueblo —y la pregunta es el desdoblamiento sociológico de la famosa de la Escritura— dotándolo de todas las riquezas, desarrollando todas sus energías físicas, mecanizando todas sus actividades, debemos arriesgarnos a perder su alma, su *ethos*, su manera de ser, su armonía con la tierra y con la región y, en cuanto ello sea posible, con el pasado?

Armonía y no sumisión. Comprensión, o esfuerzo de comprensión, de todo ello —tierra, región, pasado— y no obediencia absoluta o pasiva a las voces de mando o de súplica que nos llegan de las tierras nativas, de las plantas y de las aguas regionales, de los muertos queridos y de los antepasados. A fin de que los hombres y los pueblos puedan situarse en actitud lo más activa y crítica posibles —y no meramente pasiva y mística— ante las fuerzas que tienden a establecer sobre ellos una tiranía, no siempre suave, como la de esos padres que ejercen una autoridad demasiado absorbente sobre sus hijos —tiranía que el psicoanálisis trata de explicar—, se impone el estudio lo más científico posible, inteligentemente crítico y objetivo, de las tierras y de las aguas maternas, del pasado paternal, de los ancestrales valores. De un estudio así puede resultar la discriminación, la selección y la armonización de las necesidades actuales —o de las de cada generación— con los valores realmente fundamentales y permanentes de la tierra, de la región y del pasado. Sin ese estudio el pasado o la tierra tienden a trocarse en una mística,

simplemente en una mística. O también a ser olvidados por las ventajas de la estricta mecanización de la vida, adoptadas o aceptadas sin consideración alguna hacia las peculiaridades regionales de tradición o de naturaleza.

Me parece que son preferibles a cualesquier de estos excesos los que puedan resultar de un análisis o de una crítica, aunque ésta sea cruda, del pasado y de la naturaleza regional, procurando que la sinceridad en el reconocimiento de los pecados no implique ausencia de amor hacia los pecadores y tratando, asimismo, que el coraje para reconocer las “desventajas” y “males” en las acciones y realizaciones de los antepasados y en las condiciones físicas de las tierras que poblaron y colonizaron, no nos transforme en creadores de leyendas negras sobre nuestros propios pueblos; sobre su historia, su carácter y la naturaleza de sus regiones. Ésta ha sido la tendencia de algunos de los mejores historiadores y sociólogos peninsulares e hispanoamericanos. Oliveira Martins constituye un ejemplo típico, entre los peninsulares, de esta hipercrítica tan deformadora de la realidad, en aras del complaciente narcisismo nacional o regional de los patriotas convencionales; y dentro de los sociólogos dolorosamente pesimistas de la América Hispana, bastará recordar al mexicano Francisco Bulnes.

En procura de una inteligencia del pasado agrario del Brasil, tomando como principales puntos de referencia las tradicionales áreas del cultivo de la caña, donde más se intensificó la producción del azúcar por la cultura latifundiaria y esclavócrata y donde se desarrollaron las formas más aristocráticas de vida en el seno de las *casas-grandes* —Bahía, Marañón, Río de Janeiro, Sergipe y especialmente Pernambuco,

Alagoas y Parahiba—, me decidí a realizar un estudio sincero de ese mismo pasado y de esas mismas áreas; pero con una sinceridad siempre acompañada del esfuerzo, del gusto y de la comprensión; comprensión que ha sido, por veces, amorosa.

Por todo ello estimaría que en la Argentina y en otros países americanos de habla española —algunos de formación social que guarda tan fuerte semejanza con la del Brasil agrario y patriarcal y que tienen problemas de mestizaje y de interpretación de culturas casi iguales a los nuestros—, estimaría que estas páginas fuesen leídas por americanos tan sensibles como yo lo soy a lo que existe de supranacional, de esencialmente continental y de orgánicamente interregional en los problemas de la economía, y de la cultura del pasado social, y de la naturaleza física, de antropología física y cultural, de las varias regiones del continente.

Otro punto. Yo soy de aquellos brasileños para quienes el hecho de haber tenido semitas (moros o judíos) y negros africanos en nuestra formación étnica y social, no constituye motivo de vergüenza ni desdoro para nuestro país. No está probada por ciencia alguna la superioridad de ninguna raza, ni siquiera de la nórdica, que es la que, por el momento, retiene las mayores ventajas de orden técnico y económico respecto a los otros pueblos. Ganivet dijo de los semitas, en *El Porvenir de España*, que habían enriquecido el temperamento español y que, unidos a los llamados arios, habían dotado al pueblo de las Españas de su mayor originalidad y de su más potente fuerza creadora en el plano espiritual. La verdad es ésta: la población y la cultura de los pueblos que colonizaron la América actualmente hispánica, forman una de las poblaciones

y una de las culturas más mestizas de Europa, tan indecisas entre Europa y África como Rusia —también mestiza—, Finlandia y Turquía entre Europa y Asia. Una especie de híbrido vigor sociológico parece animarles la cultura y la vida, una riqueza extraordinaria de antagonismos les agita el carácter. Pues ni Rusia tiene por qué avergonzarse de su asiatismo, ni España o Portugal de su africanismo. Al contrario. No ha sido sin fundamento sociológico que un observador francés tan agudo como Mauricio Legendre pudo decir refiriéndose al pueblo español: “ce qu’il y a d’africain dans le temperament espagnol est une des grandes et des meilleures originalités d’Espagne”. Y aún más: . . . c’est par d’ailleurs un signe de pusillanimité chez certains Espagnols que de répudier cet africanisme, de peur qu’on ne leur reproche”. Palabras que podrían aplicarse a aquellos brasileños llenos de pudores morbosamente patrióticos, que sienten repugnancia en reconocer todo cuanto hay de africano en la formación social y el carácter de la gente más tradicional y telúricamente brasileña —la gente de las viejas áreas del azúcar y del café— aunque sea blanca pura: a veces más blanca que ellos.

GILBERTO FREYRE

SILBIDO EN EL OESTE

“Como un lamento infinito
Que viene no sé de dónde”.

JOSÉ HENÁNDEZ, *La Vuelta de Martín Fierro*.

I

Flecha en el hielo, llega a mis raíces
llorado Agosto en lámparas tardías,
con el poste quemado y la amazona.

Y en su cristal —perennes miradores—
yo vi la luz, el árbol, las salinas,
y un horizonte de oro me vencía.

Orientado por lábaros australes
—jinete azul, aviso de llanuras—,
lleva su fiel mensaje, su indecible.

Y los caminos de tapera y sauce
caían hacia el centro de su miedo
con enjambres helados y granizos.

En la espuma y el sol, palma de aromas,
venía: interminable resonancia
de sus potros ardiendo, ¡oh marejada!

Ah, nuestro Agosto: cardo combatido
junto a los graves surcos de mis sienes
desveladas en noches de sus Géminis.

Yo vi la mano niña en extendido
afán de trébol y de cacerías,
indefensa —pasando— entre zodíacos.

Y era así, ¡tan andante, tan sin sueño,
por los abiertos páramos! La sombra
se alargaba en el duelo y en las manos.

Y ahora llega —Agosto entre elevados
álamos de ceniza y platería,
trayendo su silbido y su mensaje.

Se vuelve la memoria hacia un perdido
continente de australes espejismos,
junto a la eterna rosa del deshielo.

Y navega en azules geometrías
con arco iris, surcos y silbidos,
y entre lluvias de zonas y milagros.

Y su cantar, de pronto: ¡oh mi caído
corazón en profundos trebolares,
innumerable, musical, maduro!

Y el pequeño cortejo, organizado
por la muerte filial, en la alameda—
nardos de cera, efigies de eucaliptos.

La madura estación y la fragancia
de quemadas raíces y cultivos—
augurios de la sangre, en hondonadas.

¡Oh, qué pequeño el ser, y qué liviana
la palabra más fiel, esa tan leve
pulsación de los líquenes sagrados!

¡Qué quietos ojos en la noche grande,
sobre el bosque, en la luna, entre culebras,
casi al borde del grito, en los perfumes!

Y aquella agua nocturna entre los ejes,
con lamentos, con respetuoso límite:
hierro frío —de luna— en los caminos...

Oíd, ya llega: lluvias y cencerros,
patios de duelos, conmemoraciones,
rescoldo abandonado, huellas secas...

Su amapola ritual entre puñales
—luz las espigas, polen la sonrisa—
vive su fin de pétalos dormidos.

¡Qué perfección de luna y de jinete
en hondos cañadones! El galope
dolía en enterrados crucifijos.

(Una mano segura, entre los vientos,
indicaba mojones, lejanías,
estampas del querer, y labrantíos...)

Sabor —simplicidad— de larga tarde,
y la raíz del viento: meditábamos—
gloria del sol y de las siemprevivas.

Y penetraba por los claros patios,
junto al clavel del aire y las glicinas,
huésped de la feliz monotonía.

Yo lo escuchaba así, en el entresueño,
y lo sabía andando entre los juncos—
aliento azul, los ojos de zafiros.

Silbido, en el Oeste, sal de fríos
con puñal y tropel, cayendo todo
en romper de vihuelas y lagunas...

¿Cuál fué su niño, numeroso Oeste,
en la inicial proeza, —en el lamento?
(Leve su sombra, cruza entre los sauces.)

Ya lo escucho llegar: lento y seguro,
con el padre Salado, en los silencios,
y en el crecer de sombras y cardales...

II

Espectro diurno, multitud nocturna,
para grillo tenaz y lluvia eterna,
en romper de lagunas y vihuelas.—

Y la sabida gruta de espesuras
donde mora la Virgen, —en la umbría
que florece en silencios y azucenas.

Sacudía cumbres y rastrojos
con un largo gemir de manos frías,
recién llegado apuro y media sombra.

Yo sé un Oeste: largas estaciones
junto al brocal sabroso; viento claro
sobre los finos hombros y en las sienas.

Lo escucho: viene en graves sementeras
de algún verano, aljibe y mariposas;
viene en descalzas peregrinaciones.

Y girando —molino, margarita—
pasa con su corcel de pelo ardido
hacia ocultas vertientes y ensenadas.

Llega en súbito ser, y ya se aleja
dejándonos preciosos equilibrios
en remanso y ganado y poblaciones.

¡Oh grato continente, interminable
de vientos anecdóticos! Lo habita
el cazador de estrellas ejemplares.

Y en las habitaciones: alacenas
donde vivía un tiempo de abundancias—
la llave de oro, el pan, las bendiciones.

¡Oh jinete, oh silbido! Yo lo escucho
en espejos de escarcha, amanecido
con estrellas de espino y agua helada.

(Soltar potros al viento de hondonadas
bajo el cielo más alto y más seguro,
en mangas de camisa, como el tiempo.

Esperar el verano en su alameda,
recontar los vellones por mellizos:
Él estaba en la cruz de los caminos.)

Áspera espiga roza mi costado,
y por descalzas huellas me aproximo,
¡piélago fresco, límite secreto!

De pronto, la guitarra: bajo estrellas
del sonoro cristal —suma congoja—,
salta la voz, el sueño, el plenilunio.

¡Qué aventuras sabíamos, qué graves
esquifes nos surcaban mar y lágrimas:
hilo de oro y de plata entre los dedos!

Ahora, ya lo tengo ante los ojos—
lumbre de enigma, alcance en el designio,
bajo la Cruz del Sur, sobre los páramos.

Pájaro triste: oh muerte de las hojas,
y los dormidos niños, y los miedos
—cuatro jinetes negros—, ¡y los miedos!

(¡Oh, los miedos!... Culebras quebradizas
sobre la escarcha, hierbas recelosas,
chistido crispador, y toro ardiendo.)

La sobriedad del lino entre los dedos,
la resolana en los cabellos. —Eran
los días de serenas estructuras.

Pero la noche: densidad —socorro—
con azafrán de pétalos mordidos,
y caer y caer, y torbellino...

Era la noche: flor desmenuzada
en sombríos metales y rodados,
sobre el temor de lumbres extinguidas...

Y era el círculo gráfico nocturno
ante los ojos de color ausente,
persistir y deslumbre y mariposas...

¡Oh, la noche! ¿Qué escenas presentidas
de negro carro y bosque derribado?—
(Las temerosas, escondidas sienas.)

Y su profundo ser nos alcanzaba
en rojas lanzas, en cautela suma
y en minúsculas cosas esenciales.

¡Oh agorero tenaz! Lo presentíamos
en triste atardecer, en huracanes
de espuela rota y de tropero insomne.

(Este obstinado mapa de su huella
ubica largas tierras y hondas aguas,
en el pulso más tenue dibujado.)

Su fantasma, —jinete de los vientos
designados en cruz, en pastorales
consteladas de espigas, —forastero.

III

Nacían en el clima de sus ojos
los dulces tallos, la pared amante,
y la frialdad de virginales manos.

Como otrora, ya llega: rescatado
en sonoras vivencias, en maderas
y quemados metales, en borrascas.

Silba en el sueño del ciprés, y pasa
convocando mis seres primordiales
con la cruz en las voces y en el viento...

Los ecos, las espumas, los sabores,
las tan borrosas lunas, las lejanas
palabras reconstruídas, —regresando.

¡Qué llegar de presencias, qué diverso
indagar de cumplidos laberintos,
entre profundas, firmes confesiones!

¡Y en las postales! Vientos de los lagos
cruzaban y cruzaban por los ojos,
con suspiros, guirnaldas y palomas...

(De pronto, su presagio: densa noche,
viaje de arenas, lumbre de vigili-
as, la fiebre entre rumores y escorpiones...)

Miradlo, en suma: ¡qué fecundo plano
su tierra intensa, su pasión de tierra,
volando, entre cedrones, en el viento!

Yo lo he visto en perfil definitivo,
con escenas del hombre verdadero,
seguro en su simiente y su ceniza.

Yo lo he visto en perfil definitivo,
con su mensaje de fervor, creciendo,
escoltado por ecos, cabalgando.

(Y sus dramas: los trágicos relatos
con desoladas desapariciones,
con promesas de cera y de relámpago.

Y el pájaro agorero en el ocaso
(que su verdad no es clara como el agua),
y el presentir, y el rezo de las ánimas.

Y las lluvias, en fin, ¡oh las piadosas
estampas de las tardes, oh fogones!
“Hubo una vez...” Y llueve, y se aconseja.)

Me miraban sus ojos: encendíase
teoría de jinetes asombrosos,
mojón de calaveras, campamentos...

Venía el héroe: ráfagas, espumas,
figura liminar, voces intensas,
frente de piedra al sol, hondo saludo.

Venía el héroe: son de montoneras,
viento pampero, luz de aparecidos,
de arriba abajo corazón y estirpe.

Yo escuchaba en la noche. ¿Quién sabía
del jinete fantasma y su silbido?—
Era en horas de anuncios y desangres.

¡Qué desolada sombra iba al poniente
mientras la milenaria luz moría
y el tiempo maduraba en los rastrojos!

Y nacían los frescos calendarios
de rurales promesas y abundancias,
con la espiga, la hoz y la sonrisa.

Y crecían los ríos de la tierra
murmurando estaciones y memorias,
rumbo a sus cementerios y bahías.

Y los antiguos náufragos se asían
a escalas de perdón, a sumergidos
remos de plata y lianas favorables.

Y maduraba el pan: era la lumbre
en el hombro del niño, en la paloma,
en el oro otoñal, —en la palabra.

Olivos de su voz ungían nombres
de límite feliz, ¡oh, la sin término
extensión de la luz entre las hojas!

Clarividencia suma, elaborábase
un mundo de precisas latitudes—,
como la mano, como el horizonte.

Y era el paisaje en éxtasis de aromas,
campo fiel para el área luminosa
y para el lento paso de la nube.

Era su imperio en largo poderío,
con infinitos seres, con lejanos
rumores y temores y luciérnagas...

Silbido en tensos, afilados sonos:
desde su corazón, desde su Oeste
su eternidad en soledad me alcanza.

IV

Y lo he visto, a través de enredaderas,
rumbo del horizonte más lejano,
con su galope y su puñal de plata.

Organizaba sendas, mediciones,
madurez del tabaco, naipe amargo,
lagunas, y maderas, y plumajes.

(Los viejos sonreían, y escuchaban
apenas persistiendo, cavilando:
la eternidad venía con los vientos.)

Y en el verano: convocaba el trueno
que rodaba por puentes y comarcas—,
tierra sabrosa, voz de los panales.

Y el hierro de la tierra, el cuidadoso
hierro de los rocíos y bandadas—,
espejos del poniente, vertederas.

Pero el otoño, en suma: allí moría
el perfume del heno, en humedades
que empañaban la voz de las campanas.

La fila de eucaliptos, oh congoja,
verde de comarca, lumbre de resinas,
bajo un lejano cielo de celajes—.

Lanzas ardidadas, ponchos desgarrados...
(¿Cómo diré su historia, su minuto,
su preciso llegar entre tacuaras?)

Yo le levanto amante panegírico:
panteón de arcilla, hornero de su oficio,
cuadrante de su sol, mano tallada.

Oídllo: así comienza, apenas, leve;
después crece en oleadas y cristales,
y se rompe en anuncios, en girones...

Y dice de invadidas lejanías
y alucinantes médanos de humo,
con el ser extraviado y el ladrido.

Y es a veces seguro como el claro
discurrir de una mano sobre un hombro,
sapiente, persuasivo, necesario.

Asidos de las manos, en la noche
del lejano tropel, tiemblan los niños,
y el cirio de la estampa se estremece.

¡Oh jinete! Su lúcida tropilla
con ojos de topacio, y su cencerro:
plata de ocasos, cascabel de auroras.

(Pesadas de promesas, sonreían
niñas del Sur y niñas del Oeste,
con ventana feliz y estrella grata.)

Y en la concavidad de nuestras manos
cabía el nido, el pétalo, el rocío,
los temores y el signo del futuro.

Agrario afán, monólogo del aire,
razón de espiga, sal de los cansancios
que asistían su fin, transfigurado.

Miradlo arder: la arena de su tiempo
cae sobre mi huella, en indudables
efemérides graves y continuas.

¡Oh lumbre, oh viento! ¿Qué álamos más altos,
qué permanentes huellas me conducen
al fin de tus perdidas extensiones?

*(El río crece lento, recordado,
entre tallos de hielo y de congojas,
como su ayer de greda y de jacinto.*

*Como su ayer de lágrima y diadema,
cera y perfume de consagraciones,
con el perfil de plata y la promesa.)*

Su provincia de zumos y raíces
junto a un sueño de incienso, nos contiene,
¡oh dimensión del viento en la memoria!

Así lo escucho, como ayer, en honda
sangre de cuidadosas persistencias:
su corazón, sus urnas memorables.

Llorado Agosto, en tardes numerosas,
Oeste primogénito, cayendo
hacia un tiempo de ríos y de lámparas.

Allí su patria. En tierras sin segundo
lo escucharemos siempre, desvelado
fundador en azules heredades.

Yo lo escucho en alabada
magnitud de su ser, ya sin temores:
fiel en mi pulso, antiguo en su ceniza.

Y lo designo aquí, mientras espero
que se me aclare el tiempo en las arterias,
hacia sus cuatro rumbos cardinales.

VICENTE BARBIERI

EL ANTIGERMANISMO

Se ha designado con el nombre de "quinta columna" al solapado enemigo que actúa desde el interior de las ciudadelas, socava los ánimos y organiza las derrotas antes que la acción comience.

No es el traidor clásico, aunque sus procedimientos sean igualmente repugnantes a las conciencias honradas, porque el traidor se vuelve contra "su" causa, mientras que el quintacolumnista defiende la propia.

Judas es el quintacolumnista perfecto, porque en verdad Jesús no es su maestro, nada le ha enseñado porque no había posibilidad de comunicación entre sus espíritus. Se vuelve contra Él, casi podría decirse en defensa propia, porque su partido es el de la infamia contra el que denodadamente combate el Rabí.

¡Pero qué fácil resultaría la vida y la lucha si todos los quintacolumnistas tuvieran las mismas características definidas y evidentes de Judas! Lo tremendo es cuando la interioridad desde la que acechan no está ceñida por los muros de las fortalezas o los límites de las naciones, sino cuando éstos son más estrechos aún, cuando la interioridad es la del propio ser de cada uno de los defensores.

Pedro, llegado el caso, puede ser más peligroso que Judas, porque niega a su Maestro, niega a "su" causa: la quinta columna ha penetrado en el sagrario de su alma; la parte torpe, oscura del ser humano, en perpetua rebelión contra el espíritu, se sobrepone a éste y lo traiciona con auténtica traición.

Cuando oigo hablar de quintas columnas, siempre pienso en el terri-

ble peligro que nos acecha, no sólo desde adentro de nuestras ciudades, sino principalmente desde lo profundo de nuestra sangre: si olvidamos este punto de vista, estaremos definitivamente perdidos; perderemos la única batalla que de veras nos interesa, aunque ganemos todas las guerras.

Estas reflexiones no son antojadizas ni meramente alarmistas, sino que responden a tendencias bien manifiestas, algunas de cuyas resonancias han llegado a escucharse hasta en las mismas páginas de SUR. Por eso considero de extrema urgencia aclarar aquí estos conceptos.

Un hábito infantil tiende a simplificar nuestros afectos y nuestras inclinaciones por pura comodidad, a odiar o amar en bloque, a justificar lo odioso en lo que amamos, a despreciar los más altos valores en lo que odiamos.

Esa pueril desidia lleva a muchos espíritus a identificar lo alemán con lo nazi, y en los más inteligentes de estos haraganes mentales, una necesidad de orden lógico les fuerza a demostrar que el nazismo es una deducción fatal de las características germanas.

Lo más curioso es que, casi siempre, los que sostienen ese aventurado punto de vista claman y se indignan contra esos mismos nazis cuando ellos predicán idéntica cosa de los judíos.

Como antirracista consecuente creo —y lo diré desde ahora aunque esta declaración extemporánea reste interés al final del artículo— que el antigermanismo no es más justo, ni desde luego más inteligente, que el antisemitismo. Intelectualmente considerados, ambos se apoyan en una doble falacia, que empieza por simplificar el carácter de todo un conjunto humano para reducirlo a dos o tres defectos capitales y concluye por una generalización igualmente caprichosa al suponer: 1º) que estos defectos son inseparables de cada uno de los seres de ese conjunto, sin excepción, y 2º) que las personas de los grupos restantes están libres de ellos o lo presentan como casos aislados y sin la menor posibilidad de contagio para sus congéneres.

Las simplificaciones y las generalizaciones —que son una misma co-

sa— como producto de la pereza infantil, apoyan sus apariencias en un error fundamental.

Los antisemitas aducen una serie de elementos de prueba a favor de su doctrina, sin duda alguna falsos, aunque numerosos semitas se empeñen en justificarlos con su conducta particular.

Los antigermanistas proceden de modo análogo, aunque con más cautela: esperan que algunos germanos les proporcionen atrocidades auténticas —y nadie podrá negar que algunos germanos parecen tener especial interés en hacerlo con toda largueza— para después presentarnos esas acciones como características de todo un pueblo.

Es un falso silogismo por el estilo de aquellos clásicos: Todo sabio es mortal; yo soy mortal; luego soy sabio... Hay alemanes nazis; usted es alemán; luego usted es nazi... Yo no niego que la inmensa mayoría del pueblo alemán estuvo en un momento con los nazis: es un hecho histórico desgraciadamente verificable, como son verificables sus causas en cuya averiguación exacta no resultarían muy bien parados los que llevaron a todo un pueblo a tal extremo de desesperación.

Lo que sostengo es que la tendencia a esa miseria máxima que es el nazismo no es una exclusividad de lo alemán, sino un peligro que acecha a cada ser humano.

¡Qué cómodo sería que la humanidad estuviera integrada por blancos y negros, por réprobos y santos! Sufrimos el complejo del “chivo emisario”; deseamos cargar a determinado pueblo, sea el judío o el alemán, con las culpas de todos para sentirnos después justificados y limpios. Pero caer en esa simpleza, es, precisamente, pasarse al enemigo.

El nazismo acecha a cada ser humano en la medida en que cada ser humano se siente tentado por la simplificación infantil que ordena el mundo en sombras y luces, y desconoce que la realidad sólo está integrada por una ininterrumpida graduación de penumbras. Es una pereza no sólo intelectual sino moral, que encuentra su declive propicio en la disciplina partidaria, cuyas aparentes rigideces espartanas encubren el abandono de la propia responsabilidad personal.

La irresponsabilidad absoluta, suprema aspiración de la parte oscura del ser, encuentra su símbolo máximo en la irresponsabilidad del "Führer", que aparece como integrada por la de todos sus secuaces.

El crimen colectivo libera y sirve de descarga a las tendencias delictuosas de cada uno de los adherentes que participan en su realización, pero éstos se distribuyen y prorratan la culpa de tal modo, que la parte que a cada uno le corresponde es llevadera y casi placentera por su levedad sobre la conciencia. ¿Y quién se atreverá a decir que no son estas características comunes a toda la especie humana civilizada, por lo menos en la actualidad?

Estoy convencido que sólo podremos salvarnos por la penitencia, que debe empezar por un sincero "mea culpa", y no por la actitud del fariseo que quiere engañar al Espíritu señalándole a los publicanos como si fueran los únicos pecadores.

El nazismo es una enfermedad cuyas pústulas se evidencian ahora en determinados países, pero cuyo virus circula por las venas de toda la humanidad. Esto no quiere decir que no haya que proceder de inmediato a la cauterización de esas llagas antes que extiendan su miseria por todo el organismo y lo aniquilen, sino que nadie debe llamarse a engaño y creer que con eso habremos acabado con el mal que en cierta medida nos infecta a todos. La humanidad es actualmente una y solidaria: toda división artificial, todo intento de "autarquía" no tiene más sentido que el de un bazo o una cápsula suprarrenal que tratara de independizarse y trabajar por su cuenta. Eso tiene un nombre odioso y se llama cáncer.

Ahora, los antigermanos han recurrido al testimonio de los alemanes eminentes en contra de su propio pueblo.

(De nuevo la lógica elemental: Todos los de mi pueblo son mentirosos, luego esto es mentira, luego todos los de mi pueblo dicen la verdad, luego esto es verdad y todos los de mi pueblo son mentirosos, luego, etcétera, etcétera).

Se es gran poeta o gran filósofo en la medida en que se penetra a fondo en el mundo que nos rodea, y en el propio espíritu. ¿Y qué

ilustre buceador de esas profundidades no va a encontrar fatalmente el légamo de lo bestial? Cuanto más exigente es un espíritu de sí mismo, más feroz condenador tiene que resultar de su realidad íntima y circundante. Algunos con comprensivo pudor se callan. Otros, es el caso de Hölderlin, no pueden sino vociferar su desengaño porque habían soñado demasiado alto. ¡Dichoso el pueblo cuyos grandes espíritus lo han flagelado con los peores denuestos, y desdichados de aquellos pueblos que sólo han producido aduladores de sus propios defectos!

No existe pueblo en el mundo del que no se puedan decir todas las infamias; porque una historia de miles de años las justifican. A cada momento debemos llamarnos a considerar esta evidencia huidiza: detrás de nuestras pretensiones espirituales permanecen actuantes las fuerzas de la inercia que nos tiran hacia la nada primigenia que imperó un lapso muy semejante a la eternidad, y la historia de la conciencia humana, su despertar, data de escasísimos milenios. ¿Dónde está el ser o el pueblo que pueda eludir esa fatalidad? A poco que escarbemos en la tierra fértil de lo humano, hallaremos la esterilidad de la roca inerte en que se apoya, y la impaciencia de los mejores espíritus produce la irritación que se manifiesta en apóstrofes airados. ¿Qué no dijeron los profetas del pueblo judío? Y no eran por cierto antisemitas...

El testimonio airado de los poetas y de los profetas tiene un valor general contra la esencial animalidad del hombre, pero carece de todo sentido en cuanto se localiza en un pueblo determinado.

Además, las características de las supuestas razas varían fundamentalmente con los vaivenes del acaecer histórico: Famosos por su ferocidad fueron los suecos durante la Guerra de los Treinta Años, y son hoy ejemplo de cordura democrática. Consideremos la situación económico-política del pueblo alemán, que llega a la revolución industrial cuando otros pueblos más afortunados, como el inglés o el francés, la han experimentado coincidiendo con la formación de su imperio colonial, y veremos que su innegable agresividad de antes del 14 es la consecuencia de su potencialidad industrial trabada por la falta de imperio.

No es casual que el socialismo encuentre su cabal expresión científica en tierras alemanas, porque una Alemania ya lanzada a las revueltas de la producción industrial no tenía otra salida que la imposición prepotente capitalista, cuyo perfecto representante fué el Kaiser Guillermo II, o el socialismo.

Fracasada la primera de esas soluciones, no obstante la precisión insolente del instrumento militar en que se había confiado, intentóse hacer viable la segunda; pero el socialismo fracasó porque las fuerzas capitalistas extranjeras no demostraron jamás demasiado entusiasmo por él, y la III Internacional, como el previsor señor de Robres que antes de fundar el hospital, hizo a los pobres, consideró más urgente prepararse para la posible guerra, creándose al mismo tiempo al futuro enemigo. El nazismo nace de ese doble fracaso, y siendo como es un movimiento oscuro y contrario a la inteligencia, suma ambas torpezas, la del capitalismo prepotente —sólo que reemplazando a Thiesen por Herman Goering— (nacional) y la necesidad gregaria de las masas (socialismo).

Cualquier pueblo colocado en análogas circunstancias hubiera reaccionado de idéntica manera. Tal vez no de un modo tan absoluto, o por lo menos tan escandaloso; pero el escándalo proviene precisamente del papel eminente que Alemania había desempeñado dentro de la cultura occidental. Sólo quien desconozca totalmente la filosofía puede ignorar lo que significan Kant o Hegel; y quien viva al margen de la música podrá prescindir de Bach, Mozart y Beethoven, y quien se desinterese de la ciencia pasará por alto a Nerst, o a Plank o a Koch, y quien sea ciego se olvidará fácilmente de Grünewald o de Durero...

¿Que todos éstos fueron grandes solitarios? ¿Y en qué clima, en qué tiempo no lo fueron todos los portadores del espíritu? Pero su pueblo fué el suelo nutricio en que se arraigaron; y los pueblos, en definitiva, valen por las posibilidades de estas excepciones que encierran.

Cuando se ha llegado a tales cumbres, no es fácil caer en semejantes miserias sin que el escándalo se produzca.

Condenar en bloque al espíritu alemán, es renegar de algunas de las más indispensables riquezas del espíritu humano, es mutilarlo, precisamente, de la misma manera y con idéntico sentido nazi.

Condenar al pueblo alemán en conjunto, no sólo es injusto, sino, además, de infinita torpeza política, puesto que justifica precisamente a los nazis que presentan a su pueblo como víctima de una confabulación: es la más refinada quintaesencia del quintacolumnismo. Llegar al antigermanismo, por la vía del antinazismo, es cerrar el círculo, redondear el cero de la pura negación.

La posición lógica —si hay alguna en los tiempos que corren— es ésta: Odiamos al nazismo porque es un peligro mortal para el Espíritu, y no nos consideramos de ninguna manera a salvo de sus asechanzas. Podemos medir su ferocidad y su potencia para el mal, porque ha convertido en instrumento de su poder a uno de los pueblos más cultos de la comunidad de los pueblos. No estaremos a salvo si no conseguimos que abandone a su presa. Pero no estaremos a salvo si procedemos a ultimar la presa y dejamos libre al enemigo en el interior de nuestras almas.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

LA MUJER QUE PODÍA OLVIDAR

Estaba siempre tranquila, serena: nunca parecía sufrir. Cuando niña (linda entonces como ahora, con rizos oscuros y ojos provocativos) decía después de cada percance: "olvidaré". Y desde los diez y seis años en adelante había logrado convertir esta voluntad de olvido en una técnica; podía olvidar una desgracia, un insulto, a un amigo falso, o un sombrero poco favorecedor, con una rapidez que a ella misma le asombraba.

A los veinte años se casó después de olvidar a una docena de novios que no le convenían. Y su naturaleza alegre, versátil, le jugó esta vez una mala pasada: Cynthia se encontró con que no era fácil olvidar a un hombre desagradable con quien se vive y que tiene la costumbre de entrar a su cuarto y recordarle su existencia. Pero su marido murió de un accidente (lo volteó el caballo que montaba, un demonio salvaje que había tratado de matarlo cincuenta veces) y sus últimas palabras a Cynthia habían sido: "Me olvidarás en una semana, Cynthia. En una semana". En realidad, olvidarlo le tomó más tiempo.

Vendió su casa de campo y alquiló un departamento en Londres. Tenía treinta años; el siglo también los tenía. Con su encanto inconsciente y su feliz habilidad para no pensar en los defectos y los eventuales malos humores de sus amigos, navegó sobre un año como un yate sobre un mar estival. Después conoció a Philip Foldes.

Philip tenía treinta y cinco años y poseía todas las virtudes, pero carecía de valor. Era director de un admirable colegio; antes de terminar su vida llegaría a dirigir colegios aun mejores. Amaba a Cynthia, pero amaba también su carrera. Cuando salieron juntos a dar su último paseo por los bosques (paraban en el mismo hotel de campo y la mujer de Philip dormía en ese momento la siesta) él le hizo ver a Cynthia la realidad de los hechos. Ella lloró en su hombro, después se burló de él y le echó en cara las cosas, pero Philip se mantuvo firme, aunque estaba pálido como los lirios del bosque.

—Muy bien —dijo finalmente ella— volveré a Londres. Tengo mucha facilidad para olvidar.

—Yo no —replicó él tristemente, acariciándole la cabeza—. Al menor descuido me encontraré escribiendo tu nombre en el pizarrón y describiendo tu belleza en los informes del colegio.

La pequeña señora Foldes le había tomado gran simpatía a la esbelta y elegante Cynthia. La invitó a pasar unos días con ellos. El colegio se hallaba situado en la costa sur; era un magnífico edificio. A Cynthia le gustaría. Y con indirectas poco disimuladas le dió a entender que el capital colocado allí era de ella, de la señora Foldes, que a ella le pertenecían el poder y la gloria. Su fisonomía pequeña y hosca se iluminaba con malicioso júbilo:

—Todo está bajo mi control. Naturalmente, Philip es espléndido para la parte académica, pero cuando se trata de dinero es un tonto.

Y Cynthia, al observar durante las comidas esa mezquindad dominante, ese aire de propietaria, se preguntaba cómo Philip podía aguantar a su mujer. Sin embargo lo podía, indudablemente; tenía que aguantarla.

De vuelta a Londres, en su agradable departamento, empezó a

hacer funcionar el resorte del olvido. Ya no era fácil. Por primera vez en su vida estaba enamorada. Rehusaba invitaciones y pasaba las horas sentada en un sillón, fumando, contemplando el diseño encendido de la estufa, pensando qué estaría haciendo Philip en ese momento. Con su charla vana e interminable, la señora Foldes le había descrito su vida. “Y a la tarde siempre salgo a caminar por los acantilados. Me gusta tanto el mar... Regreso justo a tiempo para tomar el té con Philip y, a veces, con una o dos personas más del cuerpo de profesores. No, nunca con los alumnos. No me gustan nada los varones...”

Una tarde, Philip llamó por teléfono: —Puedo hacer una escapada por un día —dijo—. ¿Podré verte? Esto es inaguantable.

El día que pasaron juntos transcurrió entre la amargura y la desesperación. Y ella tuvo que empezar a olvidar de nuevo, desde el principio.

Era difícil olvidar a un hombre que escribía tres veces por semana. Cynthia se preguntaba si debería romper sus cartas sin abrirlas; pero una carta no leída era más atormentadora que una carta aprendida de memoria. ¡Si por lo menos esa mujer anduviera a caballo como Hugh! No, su único deporte consistía en caminar, en caminar al borde de los acantilados.

Philip volvió en septiembre por un día entero. (Su mujer no admitía que los maridos pasaran la noche fuera de casa. Si razones profesionales lo alejaban a Philip de su hogar por más de doce horas, ella lo acompañaba.) Robaron una hora en el departamento de Cynthia y de nuevo se pelearon.

—Esto es amor, sin duda —dijo Cynthia—. Solamente dos amantes pueden odiarse tanto. Oye. Tengo bastante dinero para ambos. Compraré una casa y podrás instalar una escuela llena de genios. Pídele que se divorcie de ti.

Él ya se lo había pedido, sin decirle el nombre de la mujer que iba a suplantarla. Ella rehusó, le hizo una escena chocante, se burló de él.

—Ya lo ves —dijo Philip—, no hay caso. Y yo tengo que trabajar en lo que sé hacer. No puedo vivir de ti. Si viviéramos simplemente juntos, ¿te imaginas el éxito que podría tener un colegio instalado por mí en esas condiciones? Ella pronto lo echaría por tierra; le escribiría a los padres de todos mis alumnos.

—Entonces, dejaremos de vernos —dijo Cynthia—. Tengo un solo talento... el de olvidar... y no me dejas ponerlo en práctica. Me mudaré de casa y nunca más oirás hablar de mí.

—Te encontraría —aseguró él.

Y aunque ella se mudó rápida y secretamente, la encontró. Sus cartas seguían llegando.

Cynthia decidió que el asunto no podía seguir así. Aun no había ensayado una cosa: podía ver a la mujer y ofrecerle dinero. Si el soborno era bastante grande, quizá lo dejara libre. Pero la suma que Cynthia podía ofrecer tenía un límite; era necesario reservar lo suficiente para empezar una vida nueva. “Si su mujer se queda con el dinero que ha acumulado y yo le ofrezco cinco mil libras más, pensó Cynthia con desesperación, puede ser que baste. Pero no se lo diré a Philip”.

Por consiguiente, en una asoleada mañana de octubre tomó un tren que se dirigía a la costa. Estaba enferma de expectativa y de miedo.

Decididamente, el pueblito prolongaba su temporada. Las flores mostraban su lozanía en los jardines curvados y esquinados sobre el mar; una banda tocaba en la rambla; lámparas de colores se mecían en el aire ventoso. Cynthia se detuvo un minuto ante la puerta de un

hotel gris, pensando si entraría a comer algo, pero el estómago le dolía de aprensión y decidió quedarse con hambre. Se puso a caminar por la rambla y llegó hasta el sendero del acantilado.

Cinco millas... cinco millas de costa rocosa. Aquí una casa, allí una aldea de pescadores. Pero las últimas dos millas eran desiertas y áridas. La tarde se había vuelto sofocante. No había llegado a madurar la promesa matinal; el cielo estaba cargado, el mar estaba gris.

Con repentino temor pensó que el día bochornoso podría impedir que la mujer de Philip saliese a dar su paseo acostumbrado. ¿Habría hecho inútilmente ese amargo viaje? De pronto, una pequeña silueta cruzó unos escalones y vino a su encuentro. Cynthia trató de dominar su agitado corazón. Pero cuando aquella mujercita, con sonrisa maligna, se le acercó lo bastante como para hablar, casi se desmayó de miedo.

—Adiviné que usted vendría alguna vez —dijo la señora Foldes—. La esperaba. Conozco un lugar tranquilo y cómodo donde podremos conversar.

Su mano enguantada le hacía señas de que la siguiera.

El sendero descendía bruscamente; en el prado existía una depresión en forma de taza, oculta por altos arbustos, un vallecito escondido que miraba hacia el mar.

—Se está tan tranquilo aquí —murmuró la señora Foldes, abriéndose paso suavemente y ordenadamente por entre los arbustos— y nadie viene durante la semana. Puede ser que el pasto esté un poco húmedo; voy a extender en el suelo mi capa de goma.

—Estamos demasiado cerca del acantilado —dijo Cynthia débilmente—. Las alturas me dan vértigo y cuando el mar sube tanto pierdo la cabeza. ¿Usted no?

—No. Dentro de un momento se le pasará, y es tan agradable mirar el mar... —contestó sonriendo la señora Foldes.

Se sentó; su zapatito usado tocó el borde de la barranca que se desmoronaba. Cynthia se instaló a su lado, pero lo más lejos posible; no podía soportar el contacto de la otra mujer.

—Philip me pidió el divorcio —dijo la señora Foldes, mirando con interés el planear de una gaviota—. No me quiso decir quien era la otra mujer. Pero yo lo averiguo todo —en su rostro se esbozó una sonrisa misteriosa—. Por eso supe que usted vendría. Hace bastante tiempo que la esperaba. Philip no sabe que usted vendría ¿verdad? —Sus ojos pálidos brillaron.

—No lo he dicho a nadie.

—Y bien, ¿qué tiene usted que decirme? —preguntó ásperamente la señora Foldes.

—Mire usted —comenzó Cynthia—, no quiero que se sienta herida... y enojada.

—Dejaremos eso —interpuso despectivamente la señora Foldes—. Usted no ha venido aquí a pedir disculpas.

—Vine —dijo Cynthia levantando el mentón— a pedirle que le diera a Philip su libertad. Le pagaré por ello.

—¿Cuánto? —preguntó con suavidad la señora Foldes. Se arremó un poco más—. ¿Cuánto?

—Puedo disponer de cinco mil libras, y usted y Philip tienen dinero ahorrado. Usted me lo ha dicho. Puede quedarse con eso.

—Es muy amable de su parte ofrecerme el dinero de mi marido. Pero yo no tendría más que eso. Mi posición, todo lo que valoro, habría desaparecido.

—No puedo ofrecerle más —dijo Cynthia.

—No es bastante —repuso sonriendo la señora Foldes—. Ni bastarían diez mil libras, ni veinte mil.

Se puso de pie, escudriñó el horizonte.

—¿Alcanza a ver un barco? —murmuró.

—No —contestó Cynthia pesadamente. Se preguntaba si esa mujer estaría loca, ahí, de pie, con la mano resguardándose los ojos y tratando de distinguir algún barco en la lejanía. Se levantó lentamente y miró, hacia abajo, el mar profundo, aceitoso.

—Nadie. Nada —susurró la señora Foldes—. Me parece que podemos irnos ya. ¿Está segura de no ver algún barco?

Cynthia dejó que sus ojos, perplejos y cansados, escudriñasen el horizonte. Y de pronto, sin pensarlo, un impulso defensivo la hizo volverse bruscamente y vió los ojos criminales de la mujer, sus manos levantadas, sus hombros tensos. Se sintió asida e impulsada hacia el precipicio. Se tambaleó, recobró el equilibrio y con todas sus fuerzas desprendió de un empujón a su atacante. La furia le daba vigor: la mujercita de negro fué dando tumbos sobre el borde del acantilado y cayó al mar que la esperaba. Por dos veces la cabeza, pequeña, silenciosa, salió a la superficie; luego desapareció debajo del agua tranquila.

Cynthia levantó su cartera y su bufanda. Dejó la capa de goma tirada sobre el césped. Había, de cualquier modo, que buscar a alguien; había que salvar a esa mujer. Corrió por el acantilado, sollozando y hablando entre dientes. El corazón empezó a golpearle sordamente dentro del pecho y su dolor se tornó tan intenso que se dejó caer sobre el pasto.

—He matado a una mujer —balbuceaba—. He matado a una mujer.

Se tranquilizó. Comenzó a pensar con claridad. No era culpa-

ble; había matado en defensa propia. No era necesario ir a la policía, ni llevar ante los tribunales la infortunada historia, ni rebajarse en presencia de un juez severo. Le evitaría esa vergüenza a Philip.

¿Se acordaría de ella el portero de la estación? Esa mañana el andén estaba bastante concurrido. Por lo menos cincuenta personas habían llegado al pueblo al mismo tiempo que ella. A las nueve salía un tren de vuelta para Londres. A esa hora habría anochecido por completo. Caminaría por las calles, se mezclaría con la gente de los cafés. Hasta que hubiera oscurecido del todo no debía estar sola.

(“¿Dónde esconderías una hoja? En un bosque”.) Tengo que llegar al bosque, pensó, caminando de prisa por el sendero. Pero ¿y si encontrara a alguien antes de llegar a ese bosque de piedra cuyas luces ya brillaban en la penumbra? Abandonó el sendero y dió un rodeo de una milla. Empezaron a dolerle los pies; resbalaban las lágrimas por su rostro asustado. Al fin llegó al pueblo.

Comió en un café repleto de gente. La multitud gárrula y sonriente le comunicaba un extraño consuelo. Pero se instaló en un rincón, escondiendo el rostro en la sombra de la pared. Una orquesta se hacía oír desde una plataforma dorada; seis esbeltos jovencitos, con impecables sacos blancos, se balanceaban, arañaban y golpeaban los instrumentos; el director daba saltos como un muñeco con resorte.

Una docena de personas esperaba el tren en la estación. Al marcarle el empleado su billete, ella dió vuelta la cara. Se puso a caminar por la plataforma, yendo y viniendo, con la cabeza inclinada hacia delante y el sombrero sobre los ojos. Parezco culpable, pensó. Deben de saber que soy culpable. Esperaba que una mano se posara sobre

su hombro. Pero nadie la tomó del hombro. El tren, al llegar, estaba medio vacío, y tuvo un compartimento para ella sola.

Londres parecía un edén: cada rostro era el de un extraño. Tomó un ómnibus hasta su departamento, porque los chauffeurs de taxi, pensó con súbito terror, recuerdan a sus pasajeros. Bebió té, encendió varios cigarrillos. Philip telefonaría. Oiría su voz diciendo que Susan no había vuelto. Susan no había vuelto... Habían encontrado su capa de goma en el acantilado...

Pero Philip no telefoneó y Cynthia se durmió a la madrugada. Al día siguiente partió por un mes al norte, a un hotel de Derbyshire. Dos días después vió una nota en un diario sobre un desgraciado accidente ocurrido en la costa sudoeste. La señora tenía costumbre de caminar todos los días al borde de los acantilados; se había resbalado...

Cuando Cynthia volvió a su departamento encontró una carta de Philip. No había en sus líneas la menor alegría. Estaba afligido de que Susan hubiera terminado su vida de esa manera. Era una carta tranquila, digna; Cynthia lo admiró por ello.

Seis meses más tarde, Philip aceptaba el cargo de director de un colegio en West Country, declarando que nunca volvería a la costa sudoeste. Se casaron y se instalaron en su nuevo y agradable hogar. Una noche, revisando papeles viejos, Philip encontró un retrato de Susan.

—¿La recuerdas? —preguntó a Cynthia, alcanzándole la fotografía. Ella miró el pequeño rostro agresivo. Sonrió vagamente.

—Había olvidado por completo cómo era. Nunca hubiera reconocido ese retrato. ¡Pobre Susan!

Lentamente Philip rompió la desvaída estampa, tiró los pedazos al fuego.

—Era una mujer desgraciada —dijo—. A veces me pregunto si... se habrá caído intencionalmente.

—Yo no pensaría más en ello —aseguró Cynthia. Acariciaba con sus largos dedos el cabello de su marido—. Lo he olvidado hace tiempo.

Philip besó los dedos que lo acariciaban.

—Tienes la mente más extraña que conozco —dijo—. Si no quieres recordar algo, allá va a perderse en la oscuridad.

Cynthia permanecía sentada, mirando el fuego, tratando de visualizar la rara escena de la costa. Quiso evocar, por un instante, la cara pálida y criminal de Susan. Nada adquirió forma en las tinieblas de su mente. ¿Qué le había dicho Susan? Seguramente alguna frase, alguna palabra se abriría paso hasta la superficie. Pero era inútil. No podía recordar.

WINIFRED WILLIAMS

D I A R I O D E G U E R R A ¹

1940

Enero 2. Mittersheim. Todas las aldeas lorenasas se parecen por su suciedad, por los montones de estiércol que fermentan en las calles. He dormido en una granja y espero, aquí donde no hay sargentos ni cabos para dictarme leyes, poder alojarme en la casa de algún habitante de la aldea.

* Fuí a dar una vuelta por la región, para "reconocer el terreno". Me presenté en la oficina del 120º B. O. A. (Batallón de Obreros Artilleros), unidad a que he sido destinado con vistas a no sé qué curso de perfeccionamiento en materia mecánica. Estuve también en el taller; es un simple "garage" de campaña asentado en una granja. Empiezo mañana.

4. ¡Maravilloso! Ni diana, ni orden del día, ni cabos que nos pisen los talones. Ni máscara, ni casco. Uno hace tranquilamente su trabajo de aprendiz, nadie lo atropella, nadie lo amenaza con el poste de ejecución, y a las seis de la tarde se termina: ya está uno libre hasta mañana por la mañana.

* Acabé de leer *Robinson Crusoe*, en su edición completa. Es largo, a la vez extremadamente fatigoso y extremadamente cautivador. Creo que Daniel de Foë se ha percatado bien de la inútil longitud de su relato. Y recojo, divertido, estas líneas al pie de su enorme obra: —"He oído hablar de un hombre que, poseído de extraña repugnancia por la conversación de uno de sus parientes próximos, cuya sociedad no podía eludir, de pronto resolvió no hablar nunca más".

* Hace tanto frío que la tinta se ha congelado en la estilográfica que me ha enviado G.

¹ Véanse algunos fragmentos de la primera parte publicados en nuestro número anterior.

5. Hay varios juegos de ajedrez en el *Casino*, un "ping pong", barajas, una radio, y hasta algunos libros: Alejandro Dumas padre, Julio Verne y... *Alcools*, de Apollinaire. Una estufa ronca desde la caída de la tarde. Pero el *Casino* es poco frecuentado, pues los soldados prefieren la hospitalidad de los habitantes. Se ven, sobre todo, españoles; hay una compañía acantonada en las inmediaciones de Mittersheim. Son "republicanos" que han sido sacados de los campos de concentración. Están constituidos en "Compañías de Trabajadores". Su paga es de 50 céntimos por día; se les aplica una disciplina militar, pero no tienen derecho a licencia. Me he relacionado con uno de ellos: leemos a García Lorca, analizamos a Lope de Vega, hablamos de España. Mi amigo tiene veintitrés años y ha sido teniente en el frente de Madrid. Es exquisitamente fino y letrado.

6. El trabajo en el taller no tiene nada de agotador. Me recuerda la época en que yo era mecánico de verdad en los "garages" de Sidi-bel-Abbés. Pero, por encima de todo, la atmósfera es excelente; uno está en un equipo de obreros, nadie le grita, nadie lo trata como si fuera un penado. Además, llegado el caso, nos damos una mano unos a otros, simplemente, naturalmente, y las bromas no son tan soeces ni los temas tan crudos. Pensaba que si mis zapadores estuvieran en la línea de fuego, se despertarían en ellos sentimientos de solidaridad, de camaradería; me decía que su relajamiento debía imputarse a la existencia imbécil que llevaban, existencia tan asfixiante que ninguna llama interior podía mantenerse. Sin embargo, estos de aquí, los B. O. A., tampoco combaten; y su tarea, en definitiva, parece tan estéril como la de los zapadores de mi Compañía... Es que *son obreros*, me dije.

7. A. G. me ha enviado un Swift, un Stevenson. Estoy sumido hasta el cuello en *A voyage to the Country of the Houyhnhnms*, que no conocía.

* Poder dedicar a la lectura una o dos horas por día, después de estos cuatro meses pasados con los zapadores, me colma de felicidad.

8. Me siento sereno, tranquilo. Desde que estoy en Mittersheim, no pasa día sin lectura. Y me he hecho enviar algunos papeles de París, sintiendo que voy a poder organizarme con el fin de reiniciar mi trabajo, abandonado desde fin de agosto.

9. Mars C. y su manía de moralizar. “Evidentemente, no se debe ser tierno —me escribe—. Debilidades del hombre de letras, costumbre de mirar el sufrimiento como espectador. Existe la realidad; y los que saben participar de ella, conscientes —y no como perros reventados— de hacer la vida”. (Respeto el estilo). Inútil decir que el espectador —perro— reventado soy yo. Le he contestado con acritud, diciéndole que en materia de “hacer la vida” él no ha hecho gran cosa de la suya; y que le ha sucedido la aventura más desoladora que, a mi juicio, puede herir a un hombre: la de haber muerto a los veinte años y tener ahora treinta y cuatro.

11. Leo en Pascal: “No hay cosa que no pueda “hacerse” natural; no hay naturalidad que no pueda perderse”. Dedicado a mis amigos los zapadores.

* He buscado largamente —y en vano— ese pasaje de los *Pensamientos* donde se trata de un hombre encarcelado que no sabiendo si su sentencia ha sido pronunciada, y teniendo que esperar una hora para conocerla, emplea sus últimos instantes en jugar a los naipes, en vez de inquietarse por su suerte. (Y Pascal añade, si no me equivoco, que esto es contra natura.) De la misma manera, nosotros, soldados de todos los ejércitos de la tierra, estamos empeñados en una partida contra natura.

Febrero 14. ¿Puede saberse de dónde le vienen a uno las angustias súbitas, sin causa aparente, así, mientras se fuma en pipa, se agrega leña al fuego, se escucha rechinar una puerta...? Existe lo que yo llamaría el *remordimiento de estar vivo*; vivo en lo alto de una pirámide de cadáveres.

* No añorar nada. No llorar nada. Si yo volviera, por sortilegio, a tener dieciséis años, quisiera encontrarme con mi alma de dieciséis años, con mis entusiasmos de dieciséis años: rehacer los mismos experimentos, cometer las mismas tonterías, gozar de las mismas felicidades.

15. Adiós, Mittersheim. Adiós los cuarenta y cinco días de vacaciones en el país de las maravillas. Partiré mañana para Keskastel; de allí, sin duda alguna, seguiré a Bassing, donde me incorporaré a mi Compañía. Pensarlo me pone en un estado próximo a la desesperación.

* Estas últimas seis semanas pasadas lejos de mi Compañía me han hecho

sentir mejor la nulidad —digamos la palabra—, la bajeza de mis compañeros los zapadores. Aquí he estado en contacto con una cantidad de tipos, he conversado y bebido con ellos. He trabajado con unos en el “garage”, con otros en el almacén; éramos más de treinta los que nos concertamos para organizar un espectáculo, y bien se sabe cuántas dificultades hay que vencer para los entendimientos de esa naturaleza... Ahora bien, ninguno —insisto, *ninguno*—, aun en los peores momentos de abandono y de “cafard”, igualó en abyección a los soldados de mi unidad. Cierto es que se blasfema y se maldice, pero aquí me ha parecido sentir que la maldición no siempre es gratuita; que responde a una necesidad íntima de rebelión, de repugnancia; que bajo esa forma se expresa auténticamente una especie de desesperación sin límites. Mientras que en mi cuerpo, en la 11ª Compañía, la escatología constituye positivamente el alimento normal y cotidiano y es la única base real en que descansan nuestras relaciones. ¡Ah, cómo les reprocho que den tantos motivos para despreciarlos!

26. Un aviador alemán prisionero está en una habitación cerrada con doble llave. He obtenido permiso para conversar con él. Es huesudo, joven indudablemente, aunque de gran severidad de rasgos, poco locuaz, inquieto —diríase— de dejar escapar una palabra. Supongo que, avaro de lengua, obedece fielmente a una consigna. Tiene una horrible herida en el cráneo. Cuando nos dejan solos, me siento muy incómodo bajo su mirada desconfiada y curiosa a la vez. Temo que me tome por un oficial disfrazado del servicio de espionaje, encargado de sonsacarlo. Le hablo de su herida, le pregunto cómo se la hicieron; pero es reticente, contesta con monosílabos. Es la primera vez que me encuentro frente a un soldado alemán y trato de imaginar lo que ha sido, cómo ha vivido, lo que podría reprocharme a mí, personalmente... Casi tengo ganas de darle la mano, de sonreírle, y siento que choco con la desconfianza, con una dura y estúpida hostilidad en sí, como si realmente tuviera razones especiales para odiarme. Le hablo de Alemania, de Goethe, de Arno Becker, de Ernst Jünger; trato de encontrar una grieta, una juntura por donde entrar en contacto con él: nada, nada; sí, sí, no, no, y de vez en cuando repite una de mis palabras, subrayándola, sin duda para destacar algún defecto de mi pronunciación. Finalmente, antes de irme y para dejarle, de todos modos, una impresión de cordialidad humana, le digo que en suma ha tenido suerte, porque para él la guerra

ha terminado. Entonces, por primera vez desde que le hablo, deja escapar una sonrisa enigmática y lejana que me turba extrañamente —todavía me pregunto por qué.

Abril 9. Invasión de Dinamarca y de Noruega. Recrudescimiento de la actividad aérea en nuestro sector. Combates épicos a tres mil metros, en el cielo. ¿Se levanta el telón?

Noruega... Noruega... Hago memoria: ¿está al sur de Suecia o al norte? ¿Y qué demonios van a buscar allí? ¿Es un movimiento de diversión? En todo caso, el baile ha comenzado. Y, una vez más, es Hitler quien dirige la danza.

19. Los alemanes parecen estar bien afianzados en Noruega y los aliados, a pesar de sus resonantes "victorias" navales, a pesar de Narvik, aparentemente pierden la partida en ese sector. Lo que me asombra en esa aventura es la increíble insuficiencia de los servicios de informaciones anglo-franceses. ¡Cómo! ¿Los alemanes han podido preparar con mucha anticipación y delante de las narices de sus adversarios una expedición tan delicada y peligrosa, sin que éstos sospechen nada? ¡Es sencillamente prodigioso! ¡Es sencillamente tan estúpido como el robo en las comisarías de las novelas policiales! Estos señores del *Intelligence Service* y del *Deuxième Bureau* usurpan su triste celebridad.

Mérimée. Un viento helado sopla por sus escritos. Es seco, indiferente, admirablemente ausente de sus temas. En sus mejores cuentos, como por ejemplo *La Venus d'Ille* o *Le Vase Etrusque*, lo maravilloso y lo extraño se describen mediante una técnica que más se acerca a la crónica periodística que a la pintura. Un gran escritor, sin embargo. Me complace imaginarlo tierno, pero avergonzado de sus sentimientos; poniéndose la máscara de la frialdad por... pudor.

Mayo 2. Cuando se piensa en la cantidad de irregularidades que motiva la época actual, en el encarnizamiento con que se destruye la vida y se aniquila el esfuerzo del trabajo humano; en la locura que preside manifiestamente la mayoría de los actos colectivos de los hombres; cuando se piensa en ello, hay que asombrarse de que sea tan pequeña la proporción de dementes. Quiere decir que uno no se desliza fácilmente hacia la locura. La capacidad de sufri-

miento del hombre, su capacidad de “recuperar”, es, en verdad, prodigiosa. En el camino que de la lucidez lleva a la demencia, en esa pendiente, hay una cantidad de esclusas, de válvulas, de sistemas de escape, contruídos durante milenios de lucha contra las fuerzas hostiles a la vida. Solamente los portadores de gérmenes sucumben con relativa facilidad.

5. Lo que me da náuseas es la necesidad profunda, auténtica, del campesino-soldado de ensuciar, de afear, de salpicar. Su necesidad de rebajar, de disminuir, de cubrir con excrementos todo lo que toca. El olor de la m... los excita; el gusto de la m... los transporta. Y no tienen siquiera la excusa de ser “coprófilos”. Si para ser rectos, para ser simples, gastaran la décima parte de la energía que derrochan para mancharse unos a otros, la más inhospitalaria de las granjas olería a violetas. ¡Y qué tonterías, qué encarnizamiento en la estupidez, qué perseverancia para repetir siempre las palabras y los gestos que evocan el coito o los treinta y seis modos de realizarlo! La guerra, ciertamente... Pero aunque mucho puede achacársele, la guerra no lo explica ni lo justifica todo.

9. *Diario* de Gide. Monumento de intuición, de claridad, de cultura: y de una inteligencia aguda, afilada como navaja; sin embargo, de una inteligencia dispersa, esporádica, que surge más bien por chorros, en vez de correr continuamente. Una inteligencia con eclipses.

10. Noche. Hemos oído por radio la orden del día de Gamelin. Nada dijo en esa breve proclama capaz de perturbar; sin embargo, tuve frío en la espalda al oírle: “Alemania inicia contra nosotros una lucha a muerte”.

12. Se combate en Holanda, en Bélgica. Rotterdam se derrumba bajo un alud de bombas. Lieja, la “ciudad mártir”, conoce de nuevo el asedio y la destrucción. La brecha de Sedan se ensancha. El cabo Hitler, después del ensayo de Polonia, dará toda su medida.

20. Gamelin ha sido liquidado, reemplazado por Weygand. El ilustre bastardo, reaccionario hasta la costura de sus galones, me inspira poca confianza.

Lo creo capaz de las peores cobardías: capaz, como Thiers, de abrir las puertas de París al ejército alemán para “mantener el orden” en caso de movimientos populares. Y puede ser muy bien que haya sido llamado de Siria para realizar esa tarea.

21. Los alemanes avanzan a toda marcha. En cuanto a nosotros, hacemos lo posible por “colmatar” según la nueva expresión que, indudablemente, hará felices a los “chansonniers”. Siempre que la raza de los “chansonniers” no muera ahogada bajo la capucha de la censura.

23. Todos aquellos que, demasiado imprevisores, demasiado desprovistos de haber interior, han edificado su existencia fuera de sí, construyéndola en casas de comercio, en rentas, en casas de campo, se ven de pronto precipitados al borde del vacío. Y nada podrá librarlos de su situación peligrosa — su experiencia menos que lo demás. Solamente algunos creadores, algunos artistas, algunos revolucionarios, descubrirán dentro de sí bastante energía para sobrevivir al alud. En la medida en que no hayan sido físicamente exterminados.

26. La calma de nuestro sector. El sol, la vegetación, la ausencia de toda agitación prohíben al espíritu imaginar la amplitud del drama del cual somos, en resumidas cuentas, simples partiquinos. Pero esa calma es aparente; la nerviosidad crece día a día y los odios, como las sombras de la tarde, se alargan. Los instintos más desenfrenados encuentran su alimento. Las relaciones se expresan ya solamente en injurias de la peor especie. El poco de barniz que nos cubría se cuarteja. Y surge la bestia, pústula crecida en mil años de sifilización. No puedo acostumbrarme. Tengo una bola de plomo en el hueco del estómago; un nudo de angustias me retuerce.

* Y siempre pienso que si estuviéramos combatiendo, en el infernal entrevero de los tanques y los aviones en picada, posiblemente volveríamos a encontrar nuestra grandeza de hombres. Lo que desmoraliza es la inactividad, la incertidumbre y el sentimiento oscuro e intolerable de tener la mala suerte de salir indemne de ésta, mientras otros revientan.

27. Me esfuerzo por volver cada día a este cuaderno. Pero ¡qué cansan-

cio..! Sin embargo, me parece que todo merece apuntarse en estas horas excepcionales de grandeza y de miseria. Es preciso, es preciso dejar un testimonio, por imperfecto que sea, de estos días en que sin duda se cumple el destino de la humanidad.

* ¡Qué tontería! Como si mil otros soldados, de toda graduación y de toda nacionalidad, fueran a perder la oportunidad de borrar cada cual su diario o su novela de guerra...

Junio 11. Por la tarde, después de la fagina, me lavo de pies a cabeza en el abrevadero que se encuentra al borde del camino, detrás de la aldea. (Es una especie de lavadero; de afuera no se ve al que está adentro, salvo buscándolo). El hecho fué comunicado probablemente a M. Rossignol, comandante de la Plaza, quien hizo poner sin demora un centinela armado al lado de la fuente. Consigna: prohibición de lavarse debajo de la cintura.

12. Desde esta mañana, ocupados en podar árboles para disfrazar con ramas las trincheras que, aquí y allá, cubren a Baronville.

13. Con algunos muchachos de mi sección, construimos en el camino de Morhange obstáculos hechos de piedras gruesas. Parece que servirán para embotellar los tanques alemanes. ¡No me digas!

* Tarde. Radio Stuttgart anuncia que la *Wehrmacht* ha llegado a los suburbios de París.

* Ahora, ahora sé que se acabó. Mientras París no estaba ocupada, todas las esperanzas se permitían. Dada la situación, no imagino una resistencia eficaz. Privada de París, Francia se vuelve una provincia. Seguirá la lucha un mes o dos "para salvar el honor" y se depondrán las armas. ¿Y después? ¿Después? ¿Después?

* ¿Después...? La guerra no terminará así no más. Francia es solamente un eslabón de la gran cadena de potencias en lucha. El "concurso" seguirá con vigor creciente. Y nada dice que el *Herrenvolk* tendrá la última palabra.

* Pero ¡cuántos horrores en perspectiva! ¡Qué orgía de asesinatos infames, de exterminios en masa! ¡Qué florescencia de sadismo, al amparo de una

ideología! ¡Oh, compañeros de ruta que moriréis bajo el hacha nazi! ¡Oh judíos que moriréis bajo el garrote nazi! ¡Estoy —estoy— estoy con vosotros!

15. Esta mañana, a las 7, terminábamos la construcción de los obstáculos en el camino de entrada a Baronville. Una escuadrilla de aviones pasó sobre nosotros a gran altura, justamente encima de nuestra obra. “Ingleses” —decían unos. “Franceses” — afirmaban otros; todos pretendían saber, estar en condiciones de identificar las máquinas por el solo ruido de sus motores. Un cuarto de hora después, se nos vino encima un gran proyectil de obús. Estalló a unos cincuenta metros delante del sitio donde trabajábamos, cerca de un nido de ametralladoras, donde dos de los nuestros fueron más o menos sepultados (Marcu, un parisiense, poseedor de una fea dentadura, y N., de Niza, particularmente miedoso.) Un ruido de ruptura, como el de una gran fachada que se derrumba; un soplo capaz de sacar árboles de cuajo. Me arrojé al suelo. Inmenso deseo de ser tragado, aspirado por la tierra. Luego, todos nos pusimos a correr, a saltar los setos de las huertas y los fosos de la carretera. No sé cómo, después de una serie de brinco, me encontré en un abra en que pacían tranquilamente las ovejas. Una mujer joven y dos criaturas pequeñas corrían de un lado a otro, presas de vértigo. Les grité que se echaran en el suelo, pero no comprendían el sentido de las palabras. Otro proyectil llegó; cayó directamente en la aldea, donde produjo una columna de humo negro.

* Con dos o tres hombres más, nos pusimos a correr por un trigal, abandonando la aldea a nuestra derecha. Aviones alemanes exploraban, dirigiendo el tiro de sus baterías. Se reían de la artillería antiaérea. Parecían ignorarla. Además, ni en Baronville ni a diez millas a la redonda había con qué enviar algún guijarro a la batería que nos apuntaba. Por el ruido de la explosión, por la columna de humo, mis compañeros consideraron que se trataba de proyectiles de obús de 240. Nuestro armamento de zapadores consiste en fusiles Lebel 1915 y dos fusiles-ametralladoras de la misma época, que se descomponen continuamente. Ni rastro de un avión francés.

* El bombardeo ha durado cuatro horas, exactamente hasta mediodía: una granada para Baronville, una para Morhange, situada a 3 kilómetros al sudeste. Estaba yo acostado en un trigal, con varios otros soldados. Los aviones exploraban continuamente. Cuando oíamos el cañonazo, el proyectil era

para Morhange. Pasaba encima de nuestro grupo, con un ruido ronco de bestia que carga; luego estallaba. Veíamos claramente la poderosa columna de humo que seguía a la explosión, alzándose de un solo golpe a una altura fantástica. Frente al cielo azul, el aire se abría al paso de los proyectiles, como un trapo que se desgarraba, y creíamos ver la estela que trazaban tras de sí.

* A las 12.30 volví al acantonamiento. Se hizo el recuento. Por milagro, no faltaba nadie cuando se pasó lista. Había llegado orden de escabullirse a la caída de la tarde. No hubo "rancho". Formación fuera de la aldea, cerca de un grupo de árboles, a la entrada de las trincheras. Mujeres, niños y ancianos se metían en nuestras filas como si nosotros tuviéramos el poder de hacerlos invulnerables. Luego, a las 14 exactamente, los alemanes reanudaron el bombardeo, por avión esta vez. Era como si apenas se hubiesen interrumpido para tomar la sopa.

* El mismo sistema que antes: una serie de bombas para Baronville, una serie de bombas para Morhange. Veía caer las bombas en esa aldea. El avión parecía planear sobre la población. Luego: uno-dos-tres-cuatro, y cuatro explosiones sordas seguidas casi instantáneamente por la inevitable columna de humo. No teníamos armas que oponerles, y hasta la artillería antiaérea había callado. Los aparatos alemanes se seguían en grupos de tres, se deshacían de su carga de bombas y luego disparaban ráfagas de balas de ametralladora. Buscábamos refugio sin decir una palabra, apiñados como arenques en la estrecha trinchera. Y en cuanto desaparecían un instante los aviones, salíamos, arrastrándonos, para respirar.

* Hacía tanto calor adentro; era tan sofocante... La falta de sitio impedía deshacerse de la mochila, del capote. Nadábamos, positivamente, en sudor. Al principio, nadie decía nada. Como bautismo de fuego, era de primera. Pero poco a poco se oyeron voces, chistes más bien laboriosos, vagamente irónicos, a propósito de esos "fridolines" sin puntería, que no tenían los ojos en la cara, etcétera. Y reíamos —también yo— con risa seca y precipitada como una tos. Envalentonados, algunos no volvían a la trinchera, simulando indiferencia, desprecio. Comprimidas por todas partes, las mujeres temblaban y cubrían con sus faldas a los chicos que lloraban. Aprovechando un momento de calma, salté fuera del refugio y avancé: había un nido de ametralladoras a unos cincuenta metros de distancia, en un abra, completamente en descubierto,

donde esperaba poder meterme a la espera de algo mejor. El lugar estaba ya ocupado por dos tipos, Labernede y H., nuestro cabo-jefe. Era un agujero redondo, una trinchera circular de un metro y medio, más o menos, bastante amplio para poder moverse. Hacía dos minutos que estaba allí cuando volvieron los aviones. Uno de ellos, después de largar su carga de bombas sobre Morhange, viró en redondo y pareció picar directamente hacia nosotros, hacia nuestro agujero tapado por una rama de árbol. Era probablemente una ilusión: hubiera tenido que conocer de antemano el emplazamiento del nido para atacarlo —y probablemente habría pasado de largo, haciendo disparos al azar. Pero, bruscamente, Labernede y H., fueron presas del pánico: uno tras otro saltaron el parapeto y se pusieron a correr por el abra como ratas envenenadas. Era exactamente lo que necesitaba el observador aéreo. No habían recorrido veinte metros Labernede y H., cuando una lluvia de balas de ametralladora les rozó los talones. Pero su fuga no tuvo como único efecto el de exponerlos a ser cazados como conejos; permitió al aviador descubrir mi refugio (y quizá también el gran abrigo colectivo, hacia el cual los dos soldados corrían a toda velocidad). Ahora, el avión picaba directamente hacia mí. Tenía yo la impresión de que me iba a embestir, pasando como una flecha a través de mi cuerpo. Durante una fracción de segundo tuve también idea de salir del agujero, de ponerme a correr por la pradera, pero en el mismo momento me acosté sobre un costado, protegiéndome la cabeza con la mochila a modo de escudo. Y de pronto un silbido agudo, desgarrador, atroz, cada vez más intenso. Mientras miraba de reojo el avión que seguía bajando, pensaba: "Qué curioso... el silbido de un tren..." Sólo después me di cuenta de que era un pensamiento absurdo. No había ferrocarril en Baronville. Entonces dejé de pensar. Un torpedo caía sobre mí — y la comprobación de esta evidencia en cierto modo elemental me hizo obrar con la seguridad de un mecanismo de precisión. Acostado sobre el flanco derecho, me doy vuelta sobre el flanco izquierdo, sin desplazar mi mochila-escudo. Introduzco la mano en el bolsillo derecho de mi pantalón, saco un lápiz y me lo meto entre los dientes. Aprieto las mandíbulas. Sin funcionamiento de la memoria, he debido cumplir una recomendación que me habían hecho en España: ponerse un objeto duro entre los dientes para tener la boca abierta cuando llega la bomba, lo cual asegura en cierta medida contra el estallido de los pulmones por el efecto de la deflagración. Todo eso duró

apenas seis o siete segundos, durante los cuales seguía creciendo la intensidad del silbido de la bomba que me estaba destinada. No creo haber tenido miedo — estaba demasiado inconsciente, o demasiado consciente, quizá, de la inutilidad de toda reacción, aun instintiva. (Sin embargo, ¡el reflejo que me hizo cambiar de lado y buscar el lápiz providencial en el único bolsillo en que podía estar! Porque, interrogado de improviso en cualquier momento del día, yo habría sido incapaz de decir con certeza en qué bolsillo de mi uniforme estaba el susodicho pedazo de lápiz.) El torpedo estalló a unos quince metros de mi agujero. Quedé cubierto de terrones y medio atontado. Mi primer pensamiento fué: “¿Nada más? ¿Realmente, nada más?” Tuve ganas de reír en alta voz; de reír de despecho. Pero mi garganta y mi boca estaban tan secas que no pasó el menor sonido. Tenía sed y bruscamente me sentí agobiado de fatiga. Fuí a inspeccionar el cráter abierto por la bomba: tres hombres tendidos uno al lado de otro cabían allí. Luego volví a mi refugio, porque se acercaban otros aviones.

* Estoy acostado en un campo de avena. Son las cinco de la tarde. Día tranquilo y dulce. Morhange, a lo lejos, arde. Un niño de unos doce años ha venido a refugiarse en mis brazos. Es tan hermoso que arrancaría lágrimas. Ha llorado, y ahora tiembla apretado contra mí. Con este pequeño dios cuya rubia cabeza descansa en mi pecho, cuya mano se abandona en la mía, soportaría yo todos los bombardeos del mundo.

Seis de la tarde. El niño, acurrucado, duerme a mis pies. Sus manitos están abiertas, abiertas cara al cielo. Hubo aviones, aviones y bombas. ¿Quizá no volverán? Tengo gusto de cenizas en la boca, y una sequedad alrededor de los ojos, como cuando se tiene fiebre. Llaman. Tendré que irme, dejar al dios dormido en el prado. En tromba pasan cascarudos, como frutos de jade caídos. Suspendidos de un hilo de sombra, mosquitos cantan un *Lied*, el mismo que hace un millón de años.

Una población arde. Otra población nacerá. Comprendo el *Lied*, comprendo el fuego, no comprendo a los hombres. Oh, vida, te adoro de rodillas.

* Noche. En fila india, a la vera de la ruta, nos ponemos en marcha. El subteniente Qu. parece valer más de lo que haría suponer su físico de señorita disfrazada de soldado.

18. Mediodía. Estamos en Croixmare, aldea a orillas del canal del Marne

al Rhin. Nos ponen en una granja destruída, en la extremidad sudeste del pueblo. Nos apiñamos en el edificio. Es casi imposible moverse. El calor es tórrido. Los brazos caen de fatiga. Hemos salido de Dombasle a las 3 de la mañana. A las 7 cruzamos Lunéville: regimientos enteros, de todas las armas, todas las procedencias. Los habitantes, los que no pudieron o quisieron huir, estaban a la puerta de su casa, llorando. Las mujeres se retorcían los brazos, se apretaban la cara con las manos, con gestos de dementes. Ni rastros de un gendarme, de un servicio de orden cualquiera. Arrastrando nuestros carros, hemos desfilado frente al hospital complementario de Diettman, allí donde en marzo estuve con fiebre. Estaba lejos, entonces, de pensar que volvería a pie, uncido a un carrito lleno de pertrechos militares, modesta unidad en la multitud derrotada del ejército francés. En los fosos, a lo largo de la ruta, centenares de rezagados, de enfermos, de lisiados se abandonaban a una somnolencia inquieta. Nadie se ocupaba de ellos. Estaban yertos, agotados físicamente y moralmente, reconciliados con lo irreconciliable: el cautiverio, la muerte quizá. Y nosotros, que aun marchábamos, que arrastrábamos todavía nuestros huesos miserables bajo el insolente esplendor del cielo matutino, ¿adónde íbamos, hacia qué refugios inexistentes, hacia qué retiradas absurdas? Caminábamos dale que dale, con la mirada sombría, el oído vigilante, dispuestos a echarnos al suelo al menor ronquido de aviones, con toda nuestra sensibilidad, toda nuestra humanidad refugiadas en nuestros pies ensangrentados. Y continuamente, a cada paso, un hombre se separaba de la infinita columna y se dejaba caer en el foso, como un paquete de carne al salir de la cámara del tormento.

* Noche. Se combate muy cerca, a orillas del canal. El ladrido de las ametralladoras se distingue perfectamente. A veces, pero con poca frecuencia, un avión alemán roza la cima de los árboles y tira a ciegas. De pie, o agazapados en montón, o trepados en los carritos de hospital, ya inútiles, aguardamos.

* Hace un rato, pasaron por nuestra granja unos cuantos soldados que seguían a una ametralladora arrastrada por un caballo extenuado. Me puse a caminar al lado de ellos con la esperanza de conseguir informaciones acerca de lo que ocurre a lo largo del canal. Eran cinco o seis, dopados con aguardiente y humo de pólvora.

—No hay nada que hacer —contestaron a mis preguntas—. No tenemos más balas.

Estaban enteramente en las viñas del Señor. Y no tanto, sin embargo. Llegados a una laguna, inmediatamente detrás de la granja, desataron al caballo, le metieron una bala en la cabeza y voltearon la ametralladora en el agua. Luego, todos juntos, se dejaron caer alrededor del animal, que temblaba todavía. Bueno fuera que un oficial les ordenase levantarse; lo habrían liquidado como al caballo. Un instante después, se hundían en un sueño de muerte. Todo esto sin abrir la boca, sin decir ni mu.

* Ocurrió hace media hora. Fuí a dar una vuelta por la granja y volví acá, al lado de este caballo y estos hombres dormidos. Me siento en el suelo y los miro. ¿Quién ha muerto, el caballo o los hombres? Se parecen tanto. Creo que se podría pisarles la cara sin despertarlos. Una rueda de la ametralladora sale a medias del agua. Al lado hay lucha. Se oye el latigazo de las balas. Cae la noche. Apenas veo para escribir. No hay nadie, excepto esos seis hombres muertos, ese caballo vivo. Y yo. Y todo lo que está en mí, dentro de mí y que no quisiera perder. No quisiera morir. Todavía no. Así no. Dime: ¿cómo detener todo esto? ¿Cómo hacer que no se inflame la pólvora? Escucha, te hago una promesa. Me quedaré aquí. Veré morir a estos hombres, resucitar al caballo. Me quedaré todo el tiempo necesario. No deseo otra cosa. Nunca más tendré hambre, sed. Nunca más iré a embriagarme de vértigo sobre el vientre de una mujer. Todo lo que pido es que la pólvora no se inflame.

19. En algún lugar de la carretera, entre Lunéville y Raon-l'Etape. Son las seis de la tarde.

* Ayer, en Croixmare. Hacia las 8 de la noche, cuatro cañones de 75, ocultos tras uno de los edificios de la granja, se pusieron a hacer fuego hacia el canal. El silbido de las granadas era breve y se confundía instantáneamente con el estallido. Se tiraba casi a quemarropa. ¿Cuántos muertos cada vez? ¿Treinta? ¿Ciento treinta? Pero, Cristo, son millones allá atrás, una cantidad de millones de tipos que desean morir, que desean cumplir su "deber" reventando bajo la vasta indiferencia de los cielos. ¡Ah, la bajeza, la cobardía de ese heroísmo!

* Era casi completamente de noche. Estaba yo sentado sobre una piedra, con el fusil entre las rodillas. El casco me apretaba el cráneo como un torno. Cada descarga de los cuatro 75 desgarraba con un relámpago amarillo y rojo

la oscuridad creciente, y todo se iluminaba como bajo una llamarada de magnesio. “Cuando los otros nos localicen —pensaba— y esto no va a tardar, una granada, una sola, y será una carnicería”. Alguien estaba cerca de mí, muy cerca; no sabía quién era, pero lo sentía estremecerse a cada rugido de los cañones, estremecerse como si lo azotaran. Y de pronto dijo: —“Escucha, ven, bajemos al sótano...” “¿Qué sótano? No hay sótano”— pensé primero. Luego, alzando la vista, en un relámpago de luz reconocí al hombre. Era Labernede, fabricante de blusas para elegantes en la vida civil, soldado de primera clase en la guerra. Pero debería decir que no lo reconocí: porque su rostro habitualmente lleno y redondo estaba chupado en las mejillas y las sienes; su piel me pareció color ceniza mojada, y grandes anillos grises y blancos le rodeaban los ojos, como si se hubiera disfrazado de africano. Y tranquila, serenamente, pensé: “Viejo, pareces un muerto”.

* Estaba sentado en la piedra y me parece que me sonreí para mis barbas. Una sonrisa no muy brillante, ni triste tampoco. Una canción me rondaba por la cabeza: *¿Qué habéis hecho de mi amante..?* El patio de la granja estaba lleno de gente, de sombrías siluetas que hablaban en voz baja y permanecían casi inmóviles. Y en esa mescolanza de hombres cuya vida pendía de un hilo, las granadas portadoras de heridas y de muerte arrojaban cada medio minuto un breve y alucinante fulgor. Estábamos allí sin discernimiento, sin premeditación, exactamente como podíamos haber estado en otra parte, por ejemplo en la aldea de al lado, o en una aldea del otro lado del mundo, un montón de hombres llenos de savia y de sangre a punto de chorrear, por la boca, por el vientre, con el ruido que hace el agua cuando uno se atora al beberla. ¡Y a nadie se le ocurría largarse, correr adelante, atrás, largarse, mil rayos! Estaba allí como hubiera podido estar en París, en Pekín. Estaba allí y no pensaba en nada. ¿En qué se puede pensar, díganme? Sin embargo, me dedicaba a la “introspección”, como dicen los novelistas. Es decir que veía. Reveía a G., nuestra pieza en la calle Puteaux, luego, cuando tenía yo 19 años, trepando por los cables de amarre de los barcos para hacerme dar una tazona de sopa por los marineros, luego, cuando tenía 14 años, dando mi primer beso a una dama un tanto madura, luego, cuando tenía 8 años, haciendo acrobacia en lo alto de los pinos, luego, cuando yo no estaba en este mundo todavía, pero ya estaban mi padre y mi madre. Era el único ser de la tierra que conocía esos aconteci-

mientos memorables, esas cosas que no volverán y tan profundamente ancladas en mi corazón. Y cada uno de los que en este patio aguardaba su fragmento de granada personal, llevaba cosidas a su alma riquezas semejantes, parecidas estelas, de las que jalonan la vida de un hombre y hacen que el hombre sea. Y sabía bien, en ese instante, que todos los de acá y todos los de allá y todos los que bajo la impasible mirada del cielo vomitan su vida, sabía que por donde estaban cerca de mí era por la inmensa grandeza de su soledad.

* Bruscamente, como salido de la nada, se difundió el rumor de que Weygand, o Pétain —poco importa—, de que alguien había pedido el armisticio. Durante una fracción de segundo me pareció sentir que la masa compacta que formábamos oscilaba sobre sí misma como si fuera a derrumbarse, por fin vencida por el olor de muerte que la persigue desde hace días, o bien como si estuviera a punto de prorrumpir en un “hurra” frenético. La imagen estereotipada de un abrazo general cruzó mi mente: imagen de agua de rosa de una fraternización espontánea; pero los cañones vomitaban fuego, las granadas desgarraban el aire antes de desgarrar hombres — y ningún toque de clarín venía a disipar la pesadilla. En la oscuridad, alguno, algunos sollozaban.

Armisticio —armisticio—. Trataba de representarme el significado de esa palabra, su valor, su peso, apresuradamente, febrilmente, como si en ese instante una amenaza terrible hubiera caído sobre mí, sobre mí sólo, un peligro de naturaleza mística, ineludible. Es preciso, es preciso —me repetía—, es preciso... No sabía yo qué era preciso. Es el fin de la Tercera República, y viene la dictadura militar, y la dictadura Doriot y las *Oberkommandantur* y las *Obermordatur* y el terror negro y las expediciones punitivas y los autos de fe y toda la peste moral que secreta el mundo en desbande, tal como la babosa vierte su baba. Ah, era preciso hacer algo, aunque sólo fuera marchar, aunque sólo fuera llorar, arrancarse a esta odiosa espera carneril, a esa inmovilidad innumerable en la expectativa, mientras delante de nuestras narices, sobre nuestro propio pellejo, Francia boqueaba llena de angustias y de sofocaciones. Me puse de pie, armé mi fusil, me abrí paso entre la multitud postrada. En unas gradas, delante de una puerta, rodeada de su estado mayor de burócratas, la potente silueta del capitán Deudon. Del lado derecho, se oían disparos de artillería de grueso calibre. Bilois (el “americano”) y Marcu me siguieron.

* Pasamos al borde de la laguna, trepamos una barrera, bajamos a un

prado cuyos límites se perdían en la oscuridad. Los cuatro cañones de 75 tosían a nuestras espaldas. Se puso a llover. Nos dirigíamos hacia el cañoneo fuerte. Provenía del sur: era, pues, artillería francesa, y fuimos a ella como si en todo momento hubiera sido esa nuestra misión.

* Caminamos cerca de tres horas, bajo una lluvia cortante y negra, y el ruido del cañoneo nos servía de hilo de Ariadna. Era alrededor de medianoche cuando llegamos a una batería de seis piezas de 240, oculta en un bosque. Tuve la impresión de estar en una selva virgen, a causa de la oscuridad, de la lluvia, del barro. Encontramos gente conocida, pues varios de los artilleros habían estado acantonados algún tiempo en Keskastel. Recuerdo especialmente a un joven alto, con aspecto de celador de colegio, suboficial con espejuelos. Los cañones hacían fuego de a dos, y en los intervalos el joven caminaba de arriba abajo en la insuficiente luz de una lámpara de viento colgada de una rama de árbol. Iba y venía en silencio, captado y recaptado por la oscuridad de la noche. Yo no veía casi nada de su rostro, y me parecía más expresivo, más comunicativo que si hubiera dado gritos. Lo sentía sumamente lejano, cerca de los suyos, pensando en quién sabe qué felicidades, ocupado en quién sabe qué despedidas. Los servidores de las piezas se agitaban como fantasmas, alzaban las pesadas granadas con mucho esfuerzo, y sus zapatos arrancaban del suelo barroso un ruido de succión. Se producían los disparos, la tierra temblaba, millones de gotas de lluvia caían de los árboles maltratados por la deflagración. Un joven artillero que a menudo había ido a verme a mi puesto de venta de diarios me contó que seis servidores de un cañón fueron muertos por la explosión de su pieza. “Nos sacrifican...” — agregó tranquilamente—. No contesté; no había nada que contestar. Hacían un trabajo que no requería comentario. Los habríamos acompañado hasta la madrugada, pero su capitán, advirtiéndolo por fin nuestra presencia, nos hizo alejar con grandes gritos. Los artilleros parecían fantasmas dedicados a alguna extraña orgía lúbrica.

* Volver a la granja de Croixmare fué toda una aventura. Nos extraviábamos en el bosque, nos metimos en barrizales, erramos toda la noche en un círculo cerrado de detonaciones y explosiones más o menos lejanas. Agotado su mejor repertorio de invectivas, Bilois blasfemaba con suavidad, diciendo que

nos iban a declarar desertores a los tres. Finalmente, reventados, en el límite de la resistencia, comprendiendo que no había posibilidad alguna de encontrar nuestro camino en ese lodazal, nos deslizamos en una granja cuya masa oscura se nos apareció a las 4 de la mañana, y resolvimos aguardar allí el día. Pero, demasiado nerviosos, no pudimos descansar mediante un sueño reparador. Tendidos en el suelo, abríamos los ojos en la oscuridad, cambiando de tanto en tanto una palabra solitaria. A las 6 estábamos en marcha, y llegamos casi inmediatamente a una carretera nacional. Millares de coches a motor corrían por el camino, como un inmenso río, en la mañanita lluviosa, y decenas de miles de soldados encorvados y rengos volvían a marchar. ¡Dios, qué grande es Francia!

* Estábamos a una docena de kilómetros de Croixmare. Era preciso encontrar un medio rápido para volver a nuestra Compañía, presentarse al Capitán, explicarle la aventura. Temíamos que nuestra Compañía, mientras tanto, hubiese abandonado Croixmare, y en ese caso se habría perdido toda esperanza de unirse a ella. De acuerdo con Bilois y Marcu, pido a un campesino una bicicleta en préstamo y pedaleo hacia Croixmare: debo explicarle al Capitán y regresar con la bicicleta —los tres, entonces, volveremos a pie.

* El cielo estaba arado por las escuadrillas alemanas. No ametrallaban. Por lo menos, tal fué mi impresión. Pero veía netamente que bombardeaban en picada los bosques en que se encontraban las baterías de cañones y se acumulaban montañas de municiones. Igual que los días anteriores, ni un avión francés o inglés intervenía; solamente la artillería antiaérea parecía desarrollar alguna actividad. A veces, aquí y allá, un avión era alcanzado, al parecer: ví a algunos que caían verticalmente pero, al llegar a la cima de los árboles, volvían a subir por los aires y desaparecían en el horizonte. (Sentimiento de la ineficacia de la artillería antiaérea: impresión de que se necesitarían cien de esos cañones para inquietar a un avión; de que si un aparato es alcanzado, ello se debe exclusivamente al azar.)

Crucé los bosques por una pista que el sol, ya activo, había endurecido. Indescriptible caos. Inconcebible estruendo. Explosiones incesantes. No comprendo cómo no arde la selva. Algunas llamas podrían hacer volar los bosques con toda la gente que se oculta en ellos; hacerlos volar como un arsenal lleno de pólvora seca. Seguía avanzando, sin saber si Croixmare estaba aún “en

nuestras manos”, y si mi Compañía se encontraba todavía allí. El embotellamiento era tal que a menudo tuve que bajar de mi bicicleta. Ninguna voluntad de hierro, ningún genio militar hubiera podido poner remedio a ese aniquilamiento de toda disciplina, de todo orden. No era pánico, ni siquiera alucinamiento. La amplitud del desastre parecía haber sofocado hasta las reacciones más primitivas. *Es que no había absolutamente nada que hacer.* Solamente los cadáveres, y eran pocos, parecían saber de qué se trataba. Empero, aquí y allá, un soldado se recostaba en un árbol, bebía agua de su cantimplora, mordía un pedazo de pan.

* Croixmare. Los nuestros estaban allí todavía. Me presenté al Capitán Deudon y le referí lo que nos ocurrió a Bilois, a Marcu y a mí. Me escuchó en silencio, visiblemente deprimido; luego me ordenó ir en busca de los otros dos y volver pronto. Creo que nadie había advertido nuestra ausencia. Barbudos bajo sus cascos, los hombres estaban estancados en un sombrío silencio. Lleno de fatiga, de falta de sueño, embrutecido por ese espectáculo del fin del mundo, por el indecible, el inconcebible estrépito de las explosiones, delante, detrás, a la izquierda, a la derecha; volví a montar en mi bicicleta y a pedalear, a pedalear.

* Volví a cruzar los bosques. El caos aumentaba de instante en instante. Cuando llegué al sitio en que había dejado a Bilois y Marcu, éstos ya no estaban. No volví a verlos¹. Devolví la bicicleta a su dueño y desanduve camino para regresar a Croixmare, a pie esta vez.

JACQUES MALAQUAIS

(Concluirá)

¹ Sin embargo, sí. Me encontré con Marcu en Marsella, en mayo de 1942. Gravemente herido en una tentativa de evasión de un *Stalag*, según me dijo, fué evacuado por tren sanitario. El también desconocía la suerte de Bilois. Creyeron ambos que yo los había abandonado (pues mi viaje de ida y vuelta duró tres horas) y se pusieron a su vez en busca de la Compañía, que no encontraron. Luego, la confusión que reinaba en las carreteras hizo que Marcu y Bilois también se perdieran. (Nota escrita en Caracas, el 14 I-1943).

NOTAS

UN PROCEDIMIENTO LITERARIO DE UNAMUNO

Jacinto Grau nos evoca, como conversando, pero con esa exaltación que en las conversaciones lleva al monólogo, la figura del gran don Miguel: "Unamuno fué la mayor cantidad de hombre pensante y emocional que he conocido en mi vida"¹. A veces, siempre con la misma espontaneidad, cita textos y los comenta, como cuando en una reunión de hombres cultos alguien se pone de pie y sin dejar de hablar busca un libro en la estantería, lo abre, lo hojea, y al azar lee aquí y allá mientras discute.

El libro que al azar ha tomado Grau para hablarnos de los valores literarios de Unamuno es *Tres novelas ejemplares y un prólogo*. Y el libro, por azar, se ha abierto en la página 26 y después en la página 70². Y Grau sigue conversando:

"En sus libros hay descuidos insólitos en hombre de sus letras y sentido del idioma; por ejemplo: en *Dos madres*, extraordinaria novela corta, de una originalidad de esas que salen de dentro a fuera, que es la verdadera originalidad, se lee: "y temblaban en sus pestañas líquidas perlas..." Increíble que un hombre como don Miguel emplee una imagen tan manida. Se ha repetido muchas veces, atribuyendo a diversos autores la observación, que el primero que llamó perlas a las lágrimas fué un genio, y el segundo, un imbécil.

En otra novela corta del mismo tomo citado —*El marqués de Lum-*

¹ JACINTO GRAU: *Unamuno y la España de su tiempo*. Cuadernos de cultura española, Buenos Aires, 1943.

² Todas las citas que hagamos corresponden a las ediciones de la Colección Austral (Espasa-Calpe Argentina).

bria— leemos: “el rumor del río que gruñía en el congosto de su cauce...” Y en la página siguiente vuelve a emplear el mismo gruñir, poco onomatopéyico al compararlo con el rumorear del río, río dominado por “el enorme” tajo escarpado, donde daba la parte trasera de la casona del marqués. Dos “gruñía” en pocas líneas. Un río puede hacerlo todo, menos gruñir, verbo de pésimo gusto, tal cual lo emplea Unamuno. No se crea por lo aquí apuntado que Unamuno escribía mal. Todo lo contrario. Sus frecuentes descuidos no logran empañar el gran relumbre de su agudo decir, penetrante y fuerte” (pág. 73).

El tono de improvisación jocunda de todo este libro de Jacinto Grau invita al lector a entrar al diálogo con el mismo ánimo.

—Perdone usted, don Jacinto: yo no creo que esos dos pasajes que usted cita revelen un Unamuno descuidado, vulgar y de mal gusto. Al contrario. El *gruñir del río* y las *lágrimas-perlas* no son expresiones que se cuenten entre las más acertadas de Unamuno, pero aun en ellas se descubre el procedimiento, muy unamuniano, de remover el fondo de imágenes populares hasta henchirlas con nueva presión. Lo que ocurre, don Jacinto, es que usted ha citado truncos los dos textos.

“Y en un balcón puesto allí, a la umbría, libre del sol y de sus moscas, solía el marqués ponerse a leer mientras le arrullaba el rumor del río, que gruñía en el congosto de su cauce, forcejeando por abrirse paso entre las rocas del tajo.

Es distinto ¿no? Ya se ve que Unamuno no se propuso un efecto onomatopéyico (ya bastaba y sobraba con “le arrullaba el rumor del río”), sino animar al río, más aún, animalizarlo, y hacerlo *gruñir* en su forcejeo entre las rocas. El verbo gruñir no es de pésimo gusto, ni mucho menos impropio, sino dramáticamente expresivo del paisaje y aun del tedio y violencia de la bronca familia del marqués. Y si Unamuno repite ese *gruñir del río* veinte líneas más adelante no es por descuido, sino deliberadamente, para hacerle rendir otro efecto: el río, siempre igual, y la vida de la casona también siempre igual.

“La vida del marqués transcurría tan monótona y cotidiana, tan consuetudinaria y ritual, como el gruñir del río en lo hondo del tajo o como los oficios litúrgicos del cabildo de la catedral”.

Este segundo *gruñir* es necesario, poéticamente necesario, después de las otras notas: *monótona, cotidiana, consuetudinaria, ritual...*

La otra cita también mutila la intención de Unamuno. Si Unamuno hubiera escrito: “y temblaban en sus pestañas líquidas perlas”, ciertamente la imagen sería manida. Pero Unamuno nos va a presentar a Raquel, la mujer-abismo, la mujer fosca, la negra entraña seca hambrienta de maternidad:

“Al decir esto se le quebraba la voz y temblaban en sus pestañas líquidas perlas en que se reflejaba la negrura insondable de las niñas de sus ojos”.

¡Ah, es otra cosa! Ahora se ve que lo original está, no en la lágrima-perla, sino en la visión de la terrible viuda estéril a través de esas perlas líquidas ennegrecidas por el reflejo de los abismos de las pupilas. Y la imagen de los ojos de Raquel como pozos hondos y tenebrosos es un tema de toda la novela:

“Los ojos azules y claros de Berta, la doncella, como un mar sin fondo y sin orillas, le llamaba al abismo. Y detrás de él, o mejor, en torno de él, envolviéndole, los ojos negros y tenebrosos de Raquel, la viuda, como una noche sin fondo y sin estrellas, empujábanle al mismo abismo” (pág. 41).

“Y al decir esto sintió Juan que la mirada de los tenebrosos ojos viudos le empujaban con más violencia” (pág. 42).

“Juan tembló al percatar tinieblas en el fondo de los ojos azules y claros de la doncella. “¿Habría adivinado la verdad?”, se dijo, y estuvo por arredrarse; pero los ojos negros de la viuda le empujaron diciéndole: “Digas lo que dijeres, tú no puedes mentir...” (pág. 43).

“Los ojos de Raquel, acerados, hendían el silencio” (pág. 55).

“Al fin vió claro en la sima en que cayera; al fin vió a quién y a qué había sido sacrificada. Es decir, no vió todo, no podía ver todo.

Había en la viuda abismos a que ella, Berta, no lograba llegar. Ni lo intentaba, pues sólo el asomarse a ellos le daba vértigo” (pág. 65).

El procedimiento es característico de Unamuno. Se le arrima al lenguaje por esos lados desgastados donde el pueblo español, desde siempre, ha estado empujando su vida; y de tanto escarbar y escarabajar acaba por ahondar el hueco y abrirse una salida propia. No evita el lugar común (como un escritor preciosista), pero tampoco se abandona a él perezosamente. El lugar común ha sido trabajado por las pasiones elementales del hombre, generación tras generación. Si se queda allí, el escritor se funde en la masa anónima; en cambio, si se lanza al lugar común y lo atraviesa de lado a lado consigue hacer valer su ímpetu personal dentro de las líneas de fuerza de la normal experiencia humana.

Este ahondamiento de la frase popular, repitiéndola en distintos giros hasta promover complicadas y amplias conmociones del sentimiento profundo del escritor, se ve aún en aquellos pasajes elegidos por casualidad que usted, don Jacinto, cree defectuosos. Pero en *Abel Sánchez* el desarrollo de seculares metáforas aparece más patente.

Es la historia de una envidia trágica, la de Joaquín Monegro. Y cuando Joaquín, que desde niño ha envidiado el éxito de Abel, fracasa también en el amor, y se entera de que su amigo le ha arrebatado a su novia y se casará con ella, escribe en su *Confesión*: “sentí como si el alma toda se me helase”.

“Helársele a uno el alma” es modismo, metáfora muerta que arrastra el idioma, es lugar común. Pero por ese lugar común ha desfilado siempre una humanidad afligida; y Unamuno ha de elegir ese sitio de experiencia popular, anónima y espontánea para trabajar en la expresión de la pena de Joaquín Monegro. Y la experiencia del alma que se hiela irá revelándose por una intensificación progresiva que, sin abandonar la imagen primera, simple y superficial, a fuerza de penetrarla y ensancharla, pone en movimiento masas de recuerdos, de sentimientos, de creencias, de caprichos, de arrebatos y pensamientos cada vez más hondos.

“...sentí como si el alma toda se me helase. Y el hielo me apretaba el corazón. Eran como llamas de hielo. Me costaba respirar. El odio a Helena, y sobre todo, a Abel, porque era odio, odio frío cuyas raíces

me llenaban el ánimo, se me había empedernido. No era una mala planta, era un témpano que se me había clavado en el alma; era, más bien, mi alma toda congelada en aquel odio. Y un hielo, tan cristalino, que lo veía todo a su través con una claridad perfecta” (pág. 30).

“Fuí a la boda con el alma escarchada de odio, el corazón garapiñado en hielo agrio, pero sobrecogido de un mortal terror, temiendo que al oír el sí de ellos el hielo se me resquebrajara y, hendido el corazón, quedase allí muerto o imbécil” (pág. 30).

“Ella estaba hermosísima. Cuando me saludó, sentí que una espada de hielo, de dentro del hielo de mi corazón, junto a la cual aún era tibio el mío, me lo atravesaba” (pág. 30).

“Oí claros y distintos los dos síes, el de él y el de ella. Ella me miró al pronunciarlo. Y quedé más frío que antes...” (pág. 31).

“Me sentí peor que un monstruo, me sentí como si no existiera, como si no fuese nada más que un pedazo de hielo, y esto para siempre” (pág. 31).

Estas dos páginas (30 y 31) están inervadas y envueltas por las raíces de la imagen inicial, donde Unamuno coincidió, voluntariamente, con el sentir anónimo. Pero esa ahondadora imagen-raíz sigue internándose en la novela en tirabuzón, tenazmente, creciéndose, hinchándose con contenidos nuevos; y llegamos al fin de Joaquín Monegro —y de la novela— y todavía aquel: “sentí como si el alma toda se me helase” rinde los secretos de una intimidad infinita:

“Joaquín llegó a su casa también febril, pero con una especie de fiebre de hielo” (pág. 33).

“...para no ver los ojos infernales del dragón de hielo” (pág. 37).

“Derritiósele a Joaquín el hielo y asomáronsele unas lágrimas a los ojos” (pág. 38).

“Y esa fama creciente [de Abel] era como una granizada desoladora en el alma de Joaquín” (pág. 41).

“Sentía Antonia que entre ella y su Joaquín había como un muro invisible, una cristalina y transparente muralla de hielo” (pág. 45).

“Surgíale a la vez de entre pavesas una brasa que creía apagada al hielo de su odio, y era su antiguo amor a Helena” (pág. 77).

“Y luego, la venganza... ¡es tan dulce la venganza! ¡Tan tibia para un corazón helado!” (pág. 77).

“Y a esta idea, que como fulgor lívido cruzó por las tinieblas de su espíritu de amargura, sintió un gozo como derretimiento, un gozo que le hizo temblar hasta los tuétanos del alma, escalofriados. ¡Ser envidiado!” (pág. 90).

“...de helada pasión oculta el otro” [Joaquín]. (Pág. 120).

Abel Sánchez —y todas sus novelas— es una urdimbre de metáforas populares estiradas hasta donde dan. He tomado sólo un hilo: el del alma helada. Quien prosiguiera estos juegos críticos podría agrupar las metáforas de Unamuno por tipos, por familias. Su concepción de la novela lo lleva a presentar sus criaturas en un puro diálogo de voces desgarradas de la vida, sin paisajes, sin descripciones, casi sin análisis psicológicos. Pero aun así sus novelas construídas a grito pelado necesitan apoyos. Los apoyos son, generalmente, imágenes populares disparadas en vértigo hacia la entraña del alma, cuyo patetismo procuran esclarecer.

Y el pensamiento filosófico de Unamuno ¿no resulta de este mismo esfuerzo de adentramiento en la expresión humana común? El hombre de carne y hueso no se quiere morir; y se revuelve trágicamente contra la razón, que le dice que sí ha de morirse. Y metiéndose en los entresijos de esta angustia del temperamento Unamuno llega a una Filosofía. Y ahondando todavía en ese “sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos” crea las novelas del sentimiento trágico de la vida doméstica.

Filosofía y literatura hicieron su camino por el interior del lenguaje popular, que es nuestro órgano de conocimiento. Repensar el lugar común, atender las implicaciones filosóficas de la lengua viva, sentir las palabras como carne de la realidad y sangre del espíritu, fué en Unamuno una actitud consciente y fundada.

Pero no quiero escribir ahora un ensayo sobre Unamuno: solamente mostrar los peligros de la crítica literaria, que suele pasearse por el jardín poniendo los

pies aquí y allá y aplastando la vida minúscula. Esa vida, por minúscula que parezca en la cita de un pasaje literario o en la huella de la pisada sobre el jardín, es parte de una realidad mayor que se está trascendiendo a sí misma y cuyas intenciones hay que adivinar amorosamente.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Los Libros

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *Españoles de tres Mundos*. (Editorial Losada, Buenos Aires, 1942). —

Alguien dijo que para el escritor el salto más difícil, el salto mortal, es el de pasar del adjetivo justo, previsto, al adjetivo injusto, al adjetivo que no corresponde, al parecer, pero que en cambio responde imprevistamente, con exactitud, a la pregunta del poeta. En esta serie de caricaturas líricas, Juan Ramón, aristocráticamente, emprende la cacería por el campo de ese arte mayor del prosista y cobra la mariposa viva, la presa inasible, sin espantar la serenidad del paisaje, su lógica, su naturalidad irreal. Una variada serie de españoles de tres mundos, Viejo Mundo, Nuevo Mundo, El Otro Mundo, aparecen reunidos aquí, un tanto revueltos, un tanto recién cazados, un tanto insistidos (“No la toques ya más, que así es la rosa”), mostrándonos su otra cara, su caricatura. Están ahí y no están, como sucede en esas raras peceras en que los peces de colores no nos parecen nunca los peces, sino sus irisados fantasmas. Pues no son otra cosa que fantasmas retratados, estos personajes que en las caricaturas líricas de Juan Ramón encontraron un museo travieso, disparatado, en el que los fantasmas se equivocan a veces de traje, y aquel que tiene hinchazón y vocación de pepona intenta en vano vestirse las estrechas ropas del asceta, saliéndosele el fosforescente cuerpo blancuzco por todas partes, haciendo que estallen los botones y los cosidos. Así es el dibujo del fantasma Luis Cernuda, o el del fantasma Pablo Neruda, y no el de sus rostros naturales,

lo que Juan Ramón traza en *Españoles de Tres Mundos*. Adrede escogemos como ejemplos las caricaturas de estos dos poetas. Sin duda la de Luis Cernuda es la más bella y exacta: Luis Cernuda coincide con su fantasma, ni le sobra ni le falta nada. Sin duda también, la de Neruda, en la que a pesar del buen gusto de Juan Ramón se deslizan nubarrones de mal tiempo literario, es la menos fresca, la menos viva, la menos auténtica, y el fantasma no coincide con Neruda: le sobra y le falta bastante. Detrás del retrato del fantasma del gran poeta chileno no vemos al autor de *Residencia en la Tierra*, sino el ceño, elegante pero implacable, del gran poeta español. En la órbita espléndida que describe el complejo mecanismo de la prosa de Juan Ramón, de un hermoso barroco claro, límpido, con anchos remansos orillados de verdor, luminosos, y jardines solitarios con gran algazara de pájaros encantados, solo advertimos inseguridad, pérdida de gracia, en la caricatura de Pablo Neruda. Algo desentona, como si una ventana se cerrara a destiempo, violentamente, cuando desde su vano íbamos a alzar el brazo para saludar alegremente a un camarada.

No creo que las guerrillas literarias alarmen a nadie que valga la pena, si son nobles, es decir, si son íntegramente parciales, si se hacen sin disimulos, con absoluta conciencia. No me parece que estas guerrillas, cuando francas, sean el signo vergonzoso de esa ruptura moral en que se quiebran ciertos juglares y en la que se ha querido ver la "corrupción del hombre de letras". Antes al contrario, creo que la corrupción del escritor, hombre de palabra, como dijo o diría Unamuno, antes y después que letrado, consiste en rehuir la palabra exigida por su pensamiento, que en el escritor es la palabra empeñada en decirse, y para la cual no hay máscara posible. Juan Ramón no cae en ninguna de estas maldades menores, cortesanas, pero cae en cambio en la maldad mayor, en la contradicción inadmisible, que no puede ser salvada ni siquiera en nombre de la maravillosa dicción literaria. Y en él no es esa contradicción exigida por el oficio para facilitar la definición difícil, ni la contradicción, trágica, unamunesca. Un ejemplo, en la caricatura de Neruda: "Encuentra la rosa, el oro, pero no la palabra representativa y trasmutadora". Decir esto de un poeta, creo, es coronarlo primero para después quitarle, sin transición, el laurel. Es tanto como no decir nada, pues no hay más testimonio del encuentro de la rosa, del diamante, del oro, en poesía, que la palabra.

Esta caricatura nos invita a reflexionar, al margen del libro que comentamos,

en el mucho daño que le han hecho a la figura literaria de Neruda los múltiples traperos que le fueron husmeando el rastro. Tanto como a la de Juan Ramón los estetas de ocaso menguado, que se arriman desmayantes, alilados, a sus floreros. Le han denunciado a Neruda unas tierras que no son las suyas, y a Juan Ramón le extremaron la jota desorbitadamente. Hasta lograr encontrarlos, interesándolos en el submundo de los dimes y diretes de compincheriles corrillos de taberna o de bandadas de cursileros bebedores de tisana a meñique alzado. Se le colocaron a Juan Ramón, entre dignos españoles de tantos mundos, algunos duros sevillanos, con apariencia de plata legal, de los que es mejor no hablar, ya que Juan Ramón está por encima de todas sus limosnas cordiales. Preferimos olvidar esas estafas que le hicieron a su amistad, que muchos tomaron como letras para negociar en el triste parnasillo diario, y recordar en cambio ese sonido mágico, ese perfume marino de su prosa, inteligente, sutil edificio de un estilo granado, cuyo fluir no se pierde entre los laberintos más hondos, cuya estrella resplandece, llena de luz celeste, en las noches más cerradas. Siempre la poesía de nuestro poeta Juan Ramón, tendrá en nosotros una devoción que no ha de ser alterada ni por su mal genio con Neruda, ni por sus entusiasmos con las recitadoras.

Termina el libro con un amargo epílogo concedido a la realidad, o quizás arrancado por ella. "Llamé héroes a los españoles que en España se dedican más o menos decididamente a disciplinas estéticas o científicas. Ambiente inadecuado, indiferente, hostil como en España, no creo que lo encuentre el poeta, el filósofo, en otro país del mundo". Nos parece que en ese epílogo no ha citado la excepción —el pueblo— y no ha dicho la regla completa, con los últimos y actuales desmanes fascistas. Desmanes que da apariencia de vida a eso que Arturo Serrano Plaja llamaba *desierto español*, en un magnífico comentario publicado en el número tres de la revista "De Mar a Mar"; en el que reproducía, entre otras palabras igualmente desmandadas, estas sacadas del prólogo al folleto *Musa Redimida (Poesías de los presos en la Nueva España)*, publicado por la editorial *Redención* y compuesto en los *Talleres Penitenciarios de Alcalá*: "¿Ha de extrañarnos que la incomodidad y estrechez de la cárcel alumbre pensamientos generosos? Tres nombres de nuestras letras —Cervantes, Fray Luis de León, Quevedo— bastarían para recordarnos cuánta gratitud debe

el espíritu a la transitoria sujeción del cuerpo, y cómo el alma se enciende, purifica y robustece en la fragua del sufrimiento”.

Pero esto pertenece al cuarto mundo español, el mundo de los que estamos dolidos del “mal de España”, del que ya nos curaremos si hay en este mundo medicina capaz de conseguirlo.

LORENZO VARELA

ALBERTO ROUGÈS: *Las jerarquías del ser y la eternidad*. (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, Tucumán, 1943). —

Por fin, al cabo de tantos años de labor retirada, se ha decidido don Alberto Rougès a publicar su primer libro. ¡Y qué libro! Fruto de larga meditación, original de contenido, rico en incitaciones y sorpresas, revela una espléndida madurez filosófica. Prueba, además, cómo en la soledad de las provincias puede abrirse camino una vocación cuando es legítima y verdadera.

Dos aspectos diferentes, pero hábilmente entrelazados, hay en la obra de Rougès. Por un lado, trata de establecer con metódico rigor los rasgos típicos que singularizan y diferencian, a la vez, el ser espiritual de la realidad física. Por el otro, desarrolla libremente una metafísica de corte neoplatónico en la que los seres espirituales se disponen jerárquicamente en función de la eternidad.

En oposición a la realidad o al acontecer físicos, la vida espiritual —al menos tal como la percibimos en nosotros mismos, en la intimidad de nuestra conciencia— se caracteriza para Rougès por su interioridad y su temporalidad. La conciencia, en efecto, no es más que una visión interior, en el tiempo. La vida espiritual acontece en el tiempo: viene de un pasado y va hacia un futuro, pero es capaz de conservar su pasado y de anticipar su futuro. El acontecer espiritual es una “totalidad sucesiva”: en cada etapa coexisten el pasado y el futuro formando un todo solidario en el que cada momento se integra melódicamente con los anteriores. Por eso, también, el pasado espiritual nunca es definitivo e irreparable: siempre es posible redimirlo en el futuro.

No ocurre lo mismo con el ser o el acontecer físico. El acontecer físico carece de pasado y de futuro: es un puro presente instantáneo. La realidad

física se halla irremediabilmente reclusa en el instante porque cada momento nuevo, en su acontecer, supone la anulación de los momentos anteriores. Tampoco puede haber una concepción unívoca de la realidad física. El ser y el acontecer físicos son incompatibles: hay que optar, pues, entre un ser sin acontecer o un acontecer sin ser. En los capítulos centrales, los más densos y trabajosos de su libro, muestra Rougès con minuciosa penetración cómo dos concepciones opuestas de la realidad física se disputan el predominio dentro de la ciencia moderna. El mecanicismo contempla la realidad desde el punto de vista de la permanencia y supone que existen, por debajo de todo cambio, elementos invariables. El fenomenismo, a su vez, atiende exclusivamente al cambio y concibe la realidad física como un puro acontecer cualitativo. En la vida espiritual, por el contrario, el acontecer y la identidad no son incompatibles porque la vida espiritual va creándose a sí misma sin perder su identidad: el pasado se prolonga en el presente y el presente, por su parte, anticipa el futuro. En consecuencia, el acontecer físico y el acontecer espiritual son irreductibles el uno al otro. Y, contra lo que se ha creído habitualmente, no es posible entender la vida espiritual sobre el modelo de la realidad física.

En su caracterización de la vida espiritual, Alberto Rougès ha tenido presente, sin duda, la concepción bergsoniana de la *duración*. Pero ha introducido en ella una rectificación fundamental que constituye una superación del bergsonismo. A diferencia del tiempo abstracto de la física, la duración concreta supone para Bergson la supervivencia del pasado en la memoria. Pero, en cambio, la *duración* bergsoniana carece de una dimensión que es esencial, para Alberto Rougès, a todo acontecer espiritual: la anticipación del futuro. El futuro, según Bergson, es absolutamente imprevisible. Rougès destaca esa tremenda inconsecuencia que convierte la *duración* en un devenir ciego, hace inexplicable la libertad y deja sin fundamento la vida moral. Se debe, para él, al hecho de que Bergson no alcanzó nunca una visión totalmente depurada del acontecer espiritual. Y a que empeñado en mostrar cómo la previsión científica es sólo una mecánica proyección del pasado sobre el futuro, no reparó en que todo acto espiritual supone una visión creadora del futuro; que la vida del espíritu está animada y movida siempre por intenciones. Rougès ha encontrado los motivos inspiradores de esta corrección fundamental que hace al bergsonismo en la lectura inteligente y esclarecedora de San Agustín y de Plotino.

La caracterización de la vida espiritual y la crítica de las concepciones de la realidad física bastan por sí solas para conferir a la obra de Alberto Rougès una importancia excepcional. Porque constituyen uno de los aportes más serios que se han hecho en la filosofía contemporánea para determinar las notas diferenciales de la naturaleza y del espíritu. Una única objeción podría hacersele: que no distinga de un modo claro y expreso lo anímico de lo espiritual.

Pero Alberto Rougès lleva su pensamiento hasta sus últimas consecuencias éticas y metafísicas. En efecto, para él todo ser espiritual, en cuanto posee un pasado y un futuro, apunta y trasciende hacia la eternidad y, en mayor o menor grado, es capaz de participar de ella. Pero hay por lo menos tres maneras diferentes de concebir la eternidad. Al modo de Heráclito, como un desarrollo que se extiende infinitamente en el tiempo. Al modo de Aristóteles, como un ser intemporal que está fuera y más allá de todo tiempo. Y al modo de Plotino, como un ser que trascendiendo al tiempo, lo contiene sin embargo en su totalidad. Alberto Rougès se inclina por esta última solución. La eternidad es un presente espiritual que, por su infinita riqueza interior, abraza todo el pasado y todo el futuro. Comprende en sí, por lo tanto, la totalidad del tiempo y, por eso mismo, la trasciende: la eternidad es una temporalidad sin tiempo. Ahora bien, en la medida en que un ser espiritual tiene un dominio mayor sobre su pasado y su futuro, más cerca está de la eternidad, del ser que contiene en sí la totalidad del pasado y del futuro.

Es posible, entonces, establecer una escala jerárquica de los seres. El nivel más bajo lo ocupa el ser físico, que existe sólo en el instante. El límite superior lo constituye el máximo Ser espiritual que vive en la eternidad. Entre uno y otro extremo están situadas en orden jerárquico todas las otras formas del ser: todos los seres vivientes, todas las vidas espirituales. "Situadas así entre el ser físico y el máximo Ser espiritual, todas las jerarquías del ser son jalones del camino a la eternidad, momentos dramáticos de una empresa divina". El hombre es la avanzada de esa empresa. En cuanto posee plena conciencia de su pasado y de su futuro es el ser viviente que ha ido más lejos en el camino de la eternidad. Y su nivel espiritual será tanto más alto si es capaz de vivir no solamente su propio pasado y su propio futuro, sino también el pasado y el futuro de la comunidad o de la cultura a las que pertenece. El hombre alcanza una mayor altura espiritual en la medida en que excede los límites de su

propia existencia y vive, más que su punto de vista individual, el punto de vista de la sociedad, de la humanidad o de la divinidad. El hombre espiritualmente más elevado es el que vive su vida *sub specie aeternitatis*. Por lo tanto, el ser del hombre no es, como pretende Heidegger, un ser para la muerte, sino un ser para la eternidad. Eternidad que anticipa el hombre en su pensamiento, en su acción o en su intuición religiosa. Pero así como se asciende hacia la eternidad se puede caer hacia el instante. Así caen todos los que viven para el momento: los sensuales, los concupiscentes, los egoístas. Los que encerrándose en su individualidad se desentienden de la realidad viva de que son parte. De nosotros y sólo de nosotros, concluye Alberto Rougès, depende que nuestro ser caiga hacia el instante o ascienda hacia la eternidad.

Con este libro Rougès gana públicamente un derecho que ya le reconocíamos quienes lo tratábamos de cerca: el derecho a ocupar un puesto de excepción entre los pocos que de verdad hacen hoy filosofía en América. A la Facultad de Filosofía y Letras le cabe el honor de haber editado esta obra insólita en el área de la cultura hispánica.

ANÍBAL SANCHEZ REULET

LESLIE D. WEATHERHEAD: *After death* (The Epworth Press London, 1942). —

Yo he compilado alguna vez una antología de la literatura fantástica. Admito que esa obra es de las poquísimas que un segundo Noé debería salvar de un segundo diluvio. pero delato la culpable omisión de los insospechados y mayores maestros del género: Parménides, Platón, Juan Escoto Erígena, Alberto Magno, Spinoza, Leibniz, Kant, Francis Bradley. En efecto, ¿qué son los prodigios de Wells o de Edgar Allan Poe —una flor que nos llega del porvenir, un muerto sometido a la hipnosis— confrontados con la invención de Dios, con la teoría laboriosa de un ser que de algún modo es tres y que solitariamente perdura *fuera del tiempo*? ¿Qué es la piedra bezoar ante la armonía preestablecida, quién es el unicornio ante la Trinidad, quién es Lucio Apuleyo ante los multiplicadores de Buddhas del Gran Vehículo, que son todas las noches de Shahrazad junto a un

argumento de Berkeley? He venerado la gradual invención de Dios; también el Infierno y el Cielo (una remuneración inmortal, un castigo inmortal) son admirables y curiosos designios de la imaginación de los hombres.

Los teólogos definen el Cielo como un lugar de sempiterna gloria y ventura y advierten que ese lugar no es el dedicado a los tormentos infernales. El cuarto capítulo de este libro muy razonablemente niega esa división. Arguye que el Infierno y el Cielo no son localidades topográficas sino estados extremos del alma. Plenamente concuerda con André Gide (*Journal*, página 677) que habla de un Infierno inmanente, ya declarado por el verso de Milton: *Which way I fly is Hell; myself am Hell*; parcialmente con Swedenborg, cuyas irremediables almas perdidas prefieren las cavernas y los pantanos al esplendor insoportable del Cielo. Weatherhead propone la tesis de un solo heterogéneo ultramundo, alternativamente infernal y paradisiaco, según la capacidad de las almas.

Para casi todos los hombres, los conceptos de Cielo y de felicidad son inseparables. En la década final del siglo XIX, Butler proyectó, sin embargo, un Cielo en el que todas las cosas se frustraran ligeramente (pues nadie puede tolerar una dicha total) y un Infierno correlativo, en el que faltara todo estímulo desagradable, salvo los que prohíben el sueño. Bernard Shaw, hacia 1902, instaló en el Infierno las ilusiones de la erótica, de la abnegación, de la gloria y del puro amor imperecedero; en el Cielo, la comprensión de la realidad (*Man and superman*, tercer acto). Weatherhead es un mediocre y casi inexistente escritor, estimulado por lecturas piadosas, pero intuye que la directa persecución de una pura y perpetua felicidad no será menos irrisoria del otro lado de la muerte que de éste. Escribe: "La concepción más alta de las experiencias gozosas que hemos denominado Cielo es la de servir: es la de una plena y libre participación en la obra de Cristo. Esto podrá ocurrir entre otros espíritus, tal vez en otros mundos; quizá podremos ayudar a que el nuestro se salve". En otro capítulo afirma: "El dolor del Cielo es intenso, pues cuanto más hayamos evolucionado en este mundo, tanto más podremos compartir en el otro la vida de Dios. Y la vida de Dios es dolorosa. En su corazón están los pecados, las penas, todo el sufrimiento del mundo. Mientras quede un solo pecador en el universo, no habrá felicidad en el Cielo". (Orígenes, afirmador de una reconciliación final del Creador con todas las criaturas, incluso el diablo, ya ha soñado ese sueño).

No sé qué opinará el lector, de tales conjeturas semiteosóficas. Los católicos (léase los católicos argentinos) creen en un mundo ultraterreno, pero he notado que no se interesan en él. Conmigo ocurre lo contrario; me interesa y no creo.

JORGE LUIS BORGES

HSIAO CHI'EN: *Etching of a tormented age* (P.E.N. Books, Londres, 1942). —

El espléndido tema de este libro, que describe el aspecto literario de la vastísima transformación que desde fines del siglo pasado emprendió la China, técnicamente podría definirse como el estudio de un cambio de estilos; más claro, sin embargo, es decir que trata de un cambio de idiomas y agregar una desaprensiva referencia a un hecho análogo en la historia de Europa: el abandono del latín, como lengua filosófica, y la adopción de los idiomas vernáculos. En efecto, los libros y los periódicos, todas las publicaciones chinas¹, estaban escritas en lo que se llama el "estilo clásico" y que, en realidad, es un idioma distinto del oral. Entre 1917 y 19 ocurre la substitución: el estilo clásico es abandonado y la literatura se abre a todo un pueblo.

Tal vez la más intrínseca virtud de las comparaciones es que permiten apreciar ordenadamente las diferencias. Entre las diferencias evidentes de estas substituciones de idiomas, algunas son atendibles. 1º) Como el cambio aconteció durante siglos, en las diversas culturas europeas no pudo ser plenamente advertido, o *sentido*, por nadie; en China, como no tardó más de tres años en cumplirse, afectó, en mayor o menor grado, a todos los innumerables contemporáneos; 2º) El latín, aunque fácil de olvidar, no es inmoderadamente difícil de aprender, y fué un útil sistema de comunicación entre hombres cultos que hablaban distintos idiomas; aparentemente, el estilo clásico era un sistema eficaz de incomunicar la cultura;

¹ Salvo las novelas, "esa baja forma de literatura" que en China ha sido tan felizmente pródiga.

para *dominar sus rudimentos* —afirma el señor Hsiao Chi'en— se requería la cuarta parte de la vida humana ¹.

Este es el tema que nos proponen las primeras páginas de *Etching of a tormented age*; las siguientes están dedicadas a la comprobación de los movimientos y de las escuelas en que la literatura china de los últimos cincuenta años puede clasificarse. No analizaremos esta enumeración, que, por supuesto, es literariamente superflua; pero como el señor Hsiao Chi'en me parece el representante más genuino de varios tipos de pensadores que hoy ocupan a pie firme las letras, reproduciré algunos de sus juicios y de las citas que ha elegido en la literatura riquísima de su país:

“Aun cuando este drama carece de todo valor técnico, me congratulo en proclamar que trata de los dos problemas cardinales de estas horas: el matrimonio y la bancarrota rural”.

“No deseo ni sabiduría ni fama. Sólo deseo un “corazón” tierno y comprensivo, un ferviente corazón henchido de simpatía y de amor. ¡Yo tengo hambre de amor!”

YÜ TA-FU, *Zambullida*.

“Como su tragedia *Tormenta de truenos* le valió la acusación de fatalista, Ts'ao Yü acentuó eficazmente su optimismo en el último acto de *Sol naciente*, haciendo que los trabajadores cantaran al sol que se levanta”.

“Hay una falta de belleza arquitectónica en la literatura china contemporánea; tal vez se deba a la chatura de nuestro continente”.

“Ideales, amor, belleza y alegría es lo que encontramos en los libros. Pero no son frecuentes en el mundo actual”.

HE CHI-FAN, *El regreso del nativo*.

¹ Debo reconocer que la afirmación echa una extraña luz: (a) sobre la edad de los colegiales de China, ya que un decreto de 1919 abolió el estilo clásico para los textos de *enseñanza primaria* o (b) sobre la veracidad del señor Hsiao Chi'en.

“Wang Shu-ming, uno de los principales críticos de estos tiempos, declara cómo se hizo crítico literario: “Dije adiós a todas las teorías estéticas de la sociedad capitalista e hice cuidadosos estudios del socialismo”¹.

Estos prosaicos despliegues de tontería y de locura nos inducen peligrosamente a sostener verdades ingenuas. Por ejemplo: que en advertir la urgencia de cambios políticos no se agota la técnica literaria; o que la llamada literatura social, tan prácticamente desdeñada por quienes la ejercen, tiene problemas que requieren especulativa atención (uno de ellos está burdamente contenido en la frase de un director teatral, que cierra con adecuada pompa un capítulo del señor Hsiao Chi'en: *Aspiramos a demostrar que la agresión puede destruir el bienestar de la humanidad*. La existencia de personas que justifican ese humilde propósito es notoria. Pero ¿cómo hacer para que los libros dirigidos a esas personas interesen también a otras?).

No crea el lector que *Etching of a tormented age* es una oportuna parodia de la crítica contemporánea. Tampoco yo creo que sea una sátira contra la literatura china. Sabíamos que la indiferencia y la resignación eran características de nuestros editores, y de muchos editores. No sabíamos que lo fueran de los escritores del P. E. N. Club de Londres. Pero la elección de este autor y la publicación de este libro son enigmas que no intentaremos resolver.

ADOLFO BIOY CASARES

LIBROS DE ARTE

ANDRÉ LHOTE: *Tratado del paisaje* (Editorial Poseidón, Buenos Aires, 1943). —

Alguna vez se creyó que las dificultades que ofrecen la composición y los valores del paisaje se podían simplificar mediante sencillos recursos. El pintor del natural agregaba a los útiles de su oficio dos preciosos adminículos: una ventanilla portátil y un espejito mágico. Frente a la naturaleza, el estudiante

¹ Citando a Chesterton podríamos agregar: *Y logró esa clara visión del porvenir del socialismo, que es patrimonio de los geólogos.*

examinaba a través de su ventanilla —un marquito cuyo formato era, en pequeño, el de la tela— distintos puntos de vista hasta dar con el más apropiado, a su juicio, para una feliz composición. Luego de trazar las líneas generales consultaba el otro adminículo, el *espejito negro*, que tenía la virtud de reproducir el paisaje en miniatura y destacar estereoscópicamente los valores. A medida que iba manchando la tela volvía a consultarlo, pues aquel espejito mágico era un corrector infalible; como el marquito, había sido —según la expresión corriente— “la ventana que se abre sobre la naturaleza”. Representarla fielmente, transportar al lienzo “el trozo de vida” (paisaje, objetos, carne) era la aspiración del pintor. Correspondía esto a las normas del realismo y de los primeros impresionistas que sufrieron su influencia.

Poco se imaginaban quienes así esperaban conquistar los requisitos del arte, que por esa misma época un holandés loco y un provenzal, si no loco del todo, locamente testarudo, ensayaban otras maneras de representar el mundo sensible. Esas maneras iban a echar por tierra (aparentemente) las teorías de los valores y de la composición. Los valores cromáticos de Van Gogh y los volúmenes escalonados de Cézanne abrían nuevos horizontes al paisaje en particular, horizontes que otros ampliarían tomando por las mismas rutas.

Pero la verdad es que, pasado el primer ofuscamiento de apasionados anunciadores de la revolución estética y del rompimiento total, se ve que ni los nuevos conceptos plásticos, ni las nuevas teorías, invalidan los principios tradicionales. El arte contemporáneo da motivo a fértiles buscas. Instaurada la sensibilidad, surge una nueva crítica que, volcada sobre el pasado, descubre los lazos que lo unen al presente y rehabilita nombres olvidados o desconocidos. Nunca el hombre inteligente y sensible ha explorado en mayor escala y con un sentido analítico más agudo el mundo plástico.

Ejemplo descollante es André Lhote. Ágil y ameno escritor, muy versado en la pintura de todas las escuelas, penetra en la obra de arte con aquella lucidez propia del espíritu francés, y el conocimiento íntimo de quien practica el oficio. Paseándose entre lo moderno y lo clásico, analiza, desentraña, explica. Explica, refiriéndose a alguna ley pictórica. Y como lo hace con la reproducción por delante, o aludiendo a la conocida manera de un determinado maestro, jamás se queda en el plano de las teorías. Es el mérito de su *Tratado del Paisaje*,

último de sus libros. Todo es en él concreto y esclarecedor: como que son las notas, coordinadas, que dictó en sus clases de verano a jóvenes artistas.

Dice Lothe: hay dos clases de pintores: los que se expresan, sobre todo, con el auxilio del color, y los que modelan en claroscuro, bastándoles un tono. Y enuncia las dos leyes correspondientes: “Los contrastes de valores implican la renuncia de los contrastes de colores”. Inmediatamente se piensa en Rembrandt. “El empleo de los contrastes cromáticos excluye el de los contrastes de valores”. ¿No es éste el caso de Van Gogh? Obvia es la gama monocorde del maestro de Amsterdam y la de su escuela, como la opulenta paleta del moderno. Y nada más disímil que las maneras de “esos dos holandeses igualmente ebrios de luz”. La obra del uno nos parece ponderada, reflexiva; nacida de un ímpetu lírico, rayano en el trance, la del otro. Pero —advierte Lhote— “la inspiración es muy pobre cosa, y pronto extinguida, ante la extensión del esfuerzo que debe realizarse para cumplir el oficio pictórico. Y el oficio de Van Gogh queda demostrado lo mismo que el de Rembrandt, de acuerdo a los respectivos asertos de arriba. Al analizar *Al margen de un arroyo* (reproducido en color), después de observar que “a cada cuadro debe corresponder su escala cromática”, dice en suma: “los puntos de referencia esenciales” —o nota tónica que sirve para determinar la escala— “son el rojo puro y el anaranjado ya rebajado. Los otros colores, y sobre todo el verde y azul, tienen allí existencia virtual apenas: nacen, en cierto modo, del contraste suscitado por ese *rojo y ese anaranjado* que vuelcan en torno de sí sus complementarios. La trama misma del cuadro de este gran colorista está reducida a apariencias de azul, a fantasmas del verde”. Y, más adelante, al levantar el reproche que se le hace a Van Gogh por el empleo sistemático de puntos, trazos y “comas”, observa: “Al *significar* la forma en vez de imitar su *espesor*, cumplía una ley inexorable, según la cual *el color no se modela*. Entendamos por esto que un tono violento no puede *redondearse*, modelarse por saturación progresiva... No quiere decir esto, que sea imposible expresar el espesor de los objetos por planos coloridos, pero ello se logrará siempre cambiando de color en cada plano”. (Ejemplo es *La Siega* de Brueghel, cuyos planos se suceden en distintos colores realzados por el uso de las “pantallas”: árboles y casas).

Con análoga agudeza explica cómo los maestros holandeses del claroscuro obtienen sus maravillosos efectos. Al analizar un cuadro de Guyps demuestra

que invariablemente el pasaje de una sombra *cálida* a una luz *cálida* se opera mediante un tono frío, extendiéndose esto a todo el lienzo. Y añade: "su expresión será tanto más autoritaria cuanto más extenso sea su recorrido". También se aplica al *Paisaje con un Puente* de Rembrandt, con su equilibrio rítmico de sombras y luces.

Tal género de enseñanza hace que sea éste un libro indispensable para el estudiante. Encontrará, además, valiosas indicaciones: el uso de las *pantallas* y de los *pasajes*, gráficos geométricos —uno de los cuales demuestra el valor del ángulo puntualizado comparado con la línea natural, en un trazado de montaña— y advertencias acerca de la acción química de los colores, el peligro de los empastes superpuestos, y la manera de evitar el *cuarteado* y los *arrepentimientos* (la aparición, a través de la capa definitiva, de la que está debajo cuando es más oscura).

Y no sólo para el estudiante es el *Tratado del Paisaje* un libro útil. Lo es para el *amateur* inteligente, que —no contento con aquello que le comunica su sensibilidad sin ningún esfuerzo— desea penetrar conscientemente en la obra de un pintor. Aprenderá las maneras de expresar la verdad sensible que corresponde a la época que se inicia, y que sucede a la verdad visual, objetivo del realismo y propio de la era mecanicista. Aprenderá, también, a gustar de los clásicos a través de esa nueva sensibilidad. Si estudia el *San Jerónimo* del Museo del Prado, por Patinir, extraordinario paisaje compuesto que no tiene uno, sino varios puntos de vistas, y que es, no obstante, un todo homogéneo, o la *Huída a Egipto* del mismo autor, o *La Siega* de Brueghel, según las esclarecedoras explicaciones de André Lhote, o siguiendo sus observaciones —muy accesibles al profano— acerca del cubismo, llegará, sin duda, a enterarse de leyes pictóricas que enseñan *a ver* y que, lejos de empañar el goce estético, lo amplían, lo ahondan.

La editorial Poseidón, al publicar la edición española del *Tratado del Paisaje* hace obra de educación. Lujosamente presentada (hazaña en estos tiempos, cuando escasea el papel y la tela) tiene dos veces el tamaño del original francés, que vió la luz en junio del fatídico 1939. Y esto es importante por cuanto se estudian en una dimensión mayor las 66 reproducciones (4 en color) que abarcan paisajes, desde Montauban a Dali, y que llevan notas analíticas al pie.

La versión español de Julio E. Payró, excelente.

PAUL GAUGUIN Y CHARLES MORICE: *Noa Noa*. (Editorial Poseidón, Buenos Aires, 1943). —

La versión castellana de *Noa Noa* es oportuna. Aunque han pasado varias décadas desde la publicación del original francés, sigue siendo un libro de nuestro tiempo. En 1891, Gauguin se embarcaba para Tahití. El fruto de su permanencia en la isla está en su obra de pintor, y “la obra de un hombre explica al hombre”, como bien dijo el propio Gauguin. Sin embargo, hoy que ya no se discute lo que el arte de nuestros días debe al autor de *Mata Moea* (el primero en presentar la belleza plástica y decorativa de las razas indígenas en su medio natural y el primero en atribuir importancia a la escultura polinésica), la sensibilidad que le permitió *sentir* a los maorís y empaparse de sus costumbres y mitos, hace de él, asimismo, un pionero de aquel espíritu contemporáneo que trata de acercarse a la naturaleza y esclarecer el sentido de teogonías exóticas.

Llega Gauguin huyendo de la civilización, tan dura para el hombre de vanguardia, y en cuyo medio el creador de temperamento violento y romántico encuentra escasa cabida y una existencia siempre precaria. No tarda en identificarse con la vida isleña. Arroja sus vestiduras mentales, olvida artificios, hipocresías, detestadas normas académicas. “La civilización se va yendo de mí, poco a poco”. Se abandona a la existencia tropical. Vive en una choza, anda desnudo, come, igual que los indígenas, aquello que la naturaleza brinda directamente y sin el intercambio de dinero, aprende el idioma y tiene su *vahiné*. Es ésta una muchacha de 13 años (“lo que equivale a 18 en Europa”, advierte Gauguin, que tenía entonces 44). A través de Tehura, a quien parece querer, llega a penetrarse del alma primitiva. Esa alma ingenua y misteriosa lo fascina. Comparte su sana alegría, sus alucinaciones y terrores. Ahonda en sus supersticiones: “el sol, más allá de las laboriosas y poco seguras operaciones de la razón, revelaba a los abuelos de Tehura el misterio y el motivo de la vida”.

Llega a apreciar los arcaicos mitos solares y lunares hasta el punto de disculpar las ceremonias rituales que otrora exigieron los sacrificios humanos (escuela de heroísmo) y el infanticidio (necesidad de selección). Y advierte que las creencias autóctonas, al distinguir dos únicos y universales principios que

se suman en una suprema unidad, encierran verdades perennes, comunes a las viejas religiones, y dignas de tomarse en cuenta.

Pero el hombre que se pone a tono con el alma primitiva es, ante todo, pintor. Ebrio de luz tropical, contempla el paisaje de "la isla fragante", con su vegetación fantástica, sus flores de largos tentáculos como crustáceos, esas flores que parecen luminarias cuando adornan los negros cabellos de aquellas mujeres de espaldas rectas y rectos muslos, "quemadas por el sol que penetra, también, en su carne". Así observa: y en sus telas surge "el verdadero Tahití, fielmente imaginado", para escándalo de los directores de Museos y las comisiones de Bellas Artes.

Es interesante recordar, a propósito del cariño de Gauguin por la admirada raza y su actuación para defenderla de injustos atropellos, la actitud análoga de otro hombre sensible: Robert Louis Stevenson. Por el mismo tiempo que el francés llegaba a Tahití, el autor de *The Master of Ballantrae*, en busca de salud y tranquilidad, se radicaba en otra isla del Pacífico: Samoa. También él, en su *Vailima Letters*, expresa admiración por la dignidad del indígena y por su disposición naturalmente afectiva. También él se opone a la ceguera diplomática y a la codicia del oficialismo y, aunque mortalmente enfermo, interviene personalmente en la defensa del indígena y en sus querellas. Como a Gauguin (recuérdense las acusaciones y las refriegas con la policía en Dominica, islas Marquesas), en sus últimos días se le imputa un conato de revuelta indígena. Reaccionaban estos dos temperamentos tan opuestos —el uno todo orden y medida, un romántico impetuoso el otro— de la misma manera que hoy una minoría inteligente y humanitaria protesta ante los vejámenes e injusticias que sufren las razas autóctonas en manos de pueblos dominadores.

ANA M. BERRY

Letras de México

UNA NUEVA NOVELA MEXICANA

Cuando cesó la lucha armada y principió lo que se ha dado en llamar "la etapa constructiva de la Revolución Mexicana", dos formas diversas de expresión artística, la novela y la pintura, se inclinaron con avidez hacia el pasado cercano. Los resultados de esta seducción han sido la "escuela de pintura mexicana" y la "novela de la Revolución". Durante los últimos veinte años la novela ha servido para expresar, más que las tentativas literarias de sus autores, sus nostalgias, esperanzas y desilusiones revolucionarias. Pobres de técnica, estas obras son más pintorescas que descriptivas, más costumbristas que realistas... Los novelistas de la Revolución, y entre ellos el gran talento miope de Azuela, cegados por el furor de la pólvora o por el de los diamantes de los generales, han reducido su tema a eso: muchas muertes, muchos crímenes y mentiras. Y un escenario superficial de pueblos quemados, selvas delirantes o desiertos impíos. De este modo han mutilado la realidad novelística —la única que cuenta para el verdadero novelista— al reducirla a una pura crónica o cuadro de costumbres. Relatos y crónicas han sido todas las "novelas de la Revolución", sin excluir las de Mariano Azuela. (Larbaud decía que Azuela le recordaba a Tácito: ¡extraño elogio para un novelista!)

La generación posterior casi no ha intentado la novela. Compuesta por un grupo de literatos, poetas y ensayistas, ha mostrado un cierto asco, cuando no desdén, por las realidades que los cercan. La novela ha sido la Cenicienta de estos escritores, formados bajo el signo de la curiosidad y la evasión. Después de ellos, sí han existido tentativas aisladas: las del más reciente grupo de escritores mexicanos (Juan de la Cabada, Efrén Hernández, Rubén Salazar Mallén, Andrés Henestrosa, Rafael Solana, Francisco Tario). Casi todos ellos revelan una decidida afición por ese género difícil y estricto que es el cuento. Así como a la generación de los "muralistas" ha sucedido, en la pintura, un grupo de jóvenes que la benévola crítica yanqui ha llamado de los "pequeños maestros", estos nuevos prosistas mexicanos, sucesores de los "novelistas de la

Revolución”, se han distinguido, sobre todo, en la composición de pequeños cuentos y relatos. Un libro de Juan de la Cabada, *Paseo de Mentiras*, reúne, en sus breves páginas, algunos cuentos y una novela corta que lo hacen, hasta ahora, el más interesante y enigmático de todos; una novela, *Camino de Perfección*, y muy especialmente unos cuentos agrios y ásperos, hacen pensar que Rubén Salazar Mallén posee también el talento necesario para dotar a México de una verdadera novela.

El más ambicioso y apasionado —el más joven, también— es José Revueltas (27 años; afiliado desde los catorce al Partido Comunista; sus ideas políticas le han valido conocer varias veces las cárceles del país, en la época del Presidente Rodríguez). José Revueltas ha publicado una primera novela, *El Luto Humano*, que ha sido premiada en un concurso nacional. Antes había escrito algunos cuentos misteriosos y balbuceantes, una novela corta —*El Quebranto*— y un relato —*Los Muros de Agua*—, en el que cuenta la vida de una colonia penal del Pacífico. (Allí estuvo preso durante dos años, cuando aún no cumplía los veinte, acusado de conspiración.) La novela de Revueltas ha sabido encender, al mismo tiempo, los más incondicionales elogios y las críticas más acerbas. (Algún crítico marxista lo ha acusado de “pesimismo”; otros entusiastas, en cambio, no han vacilado en citar a Dostoievski.)

El Luto Humano relata una dramática historia: un grupo de campesinos inicia una huelga en un “Sistema de Riego” fundado por la Revolución. La huelga y la ausencia de agua hacen fracasar el propósito gubernamental y se inicia el éxodo. Sólo tres familias se obstinan en permanecer en esa tierra desierta. Un día el río, seco hasta entonces, crece desmesuradamente y una inundación aísla, en una azotea, a los personajes de la novela. El alcohol, el hambre y los celos acaban con ellos. La novela principia cuando el río crece y termina en el momento en que los “zopilotes” —aves que se alimentan de cadáveres— se disponen a devorar a los moribundos. Todos estos acontecimientos ocurren en unos cuantos días. Pero la novela apenas alude a lo que hacen realmente los campesinos para escapar de la inundación; Revueltas prefiere decirnos qué piensan, qué recuerdan y qué sienten. Con frecuencia substituye a sus personajes; los borra y, en su lugar, nos expone sus propias dudas, su fe y su desesperanza, sus opiniones sobre la muerte o sobre la religiosidad mexicana. La acción se interrumpe cada vez que uno de los personajes, antes de morir,

hace un resumen de su vida (en ocasiones se trata de verdaderos relatos, extraños a la misma novela y colocados muy artificialmente dentro de ella). Una constante preocupación religiosa invade la obra: los mexicanos, piadosos por naturaleza, aunque sanguinarios (mejor dicho: crueles), han sido despojados de su religión, sin que la Católica les haya servido para satisfacer su pétrea y sangrienta sed de eternidad. Adán, un asesino, que se cree encarnación de la Fatalidad, y Natividad, un líder asesinado, simbolizan, muy religiosamente, el pasado y el futuro de México. Entre ellos se mueven los rencorosos mexicanos actuales y sus quietas mujeres representan la tierra, sedienta de agua y de sangre —bautismo que combina, junto a los ritos de fecundación agraria, el antiguo de los aztecas y el de los cristianos—. En las últimas páginas el autor intenta convencerse a sí mismo —más que al lector— de que mediante un mejor aprovechamiento de los recursos naturales y una mejor distribución de la riqueza, esta religiosidad sin esperanzas, este ciego amor a la muerte, desaparecerán del alma de México. La novela, como se ve, está contaminada de sociología, religión e historia antigua y presente de México. Otro tanto ocurre con su lenguaje, a ratos brillante, a ratos extrañamente torpe, desaliñado y siempre con un lastre de lirismo sin empleo. También son notables su torpeza para relatar —que nace, seguramente, de esa incapacidad de ciertos escritores modernos para decir las cosas de un modo sencillo— y sus frecuentes confusiones de tiempo y espacio. A la novela le falta el sentido del tiempo, de la duración tanto como del suelo. Todo esto contribuye a que la acción deshilvanada transcurra en una atmósfera pantanosa, en la que a veces desaparecen sus fantasmales personajes.

Estos defectos condenan a la obra, pero no a su autor. Porque, extrañamente, el lector se siente contagiado por la fascinación de que es víctima el novelista. Revueltas siente una especie de asco religioso, de amor hecho de horror y repulsión, hacia México. Seguramente Revueltas no ha escrito una novela, pero, en cambio, ha hecho luz dentro de sí. Seducido por los mitos de México tanto como por sus realidades, él mismo se ha hecho parte de ese drama que intenta pintar. Dotado de talento, de fuerza imaginativa, de vigor y sensibilidad nada comunes, —y devorado por una prisa y una pereza que no le permiten, por lo visto, reparar en sus defectos— José Revueltas puede escribir ahora una novela. Pues en esta tentativa se libra de todos sus fantasmas, de

todas sus dudas y de todas sus opiniones. Como ocurre con gran parte de la pintura mexicana, que muestra un gran vigor que muchas veces queda *fuera* de la pintura, fuera del cuadro, Revueltas ha acumulado, sin orden ni concierto, toda su gran potencia plástica y adivinatoria, pero sin que haya logrado aplicarla a su objeto: la novela. ¿Qué es, en resumen, lo que le reprocho a Revueltas? Le reprocho —y ahora me doy cuenta— su juventud; pues todos esos defectos, esa falta de sobriedad en el lenguaje, ese deseo de decirlo todo de una vez, esa dispersión y esa pereza para cortar las alas inútiles a las palabras, a las ideas y a las situaciones, esa ausencia de disciplina —interior y exterior—, no son sino defectos de juventud. De cualquier modo Revueltas es el primero que intenta entre nosotros crear una obra profunda, lejos del costumbrismo, la superficialidad y la barata psicología reinantes. De su obra no quedará, quizá, sino el aliento: ¿no es esto suficiente para un joven que apenas se inicia, y nos inicia, en la misión de crearnos un mundo imaginativo, extraña y turbadoramente personal?

EL TEATRO DE XAVIER VILLAURRUTIA

Un caso opuesto al del joven Revueltas es el del poeta Xavier Villaurrutia. Crítico, poeta y autor teatral, Villaurrutia no olvida nunca que la condensación —del idioma, de las situaciones, de las ideas— es siempre mejor que la dispersión. Su poesía, concentrada como un diamante, brilla solitaria y sombría en la noche de piedra de México, no como una piedra más, sino como una víscera extrañamente viva, latiente. Sus ensayos sobre pintura y poesía arrojan siempre una luz sobria y cortante, afilada, sobre lo que tocan. Su teatro... El público de México conoce un drama, una comedia y algunas piezas breves de Villaurrutia. La comedia (*La Mujer Legítima*), representada en 1942 en un teatro de la ciudad, ha sido publicada ahora por la Editorial Cultura. Las piezas breves, que Villaurrutia llama *Autos Profanos*, por la revista "Letras de México".

Autos Profanos es un libro compuesto por cinco breves piezas en un acto. Su autor, lúcido dueño de sus limitaciones y de las limitaciones de sus obras, advierte en una nota preliminar que se trata de ejercicios literarios. Las

piezas en un acto son al drama, dice Villaurrutia, lo que el soneto a la poesía: resonancias e imágenes. Algunos críticos han encontrado vituperable que estos ejercicios dramáticos de Villaurrutia sean... ejercicios. Con el mismo derecho se le puede reprochar al cielo su color azul. La cuestión que en apariencia se plantean es ésta: ¿estas piezas son nada más que ejercicios de teatro o son otra cosa? Casi nunca las obras de Villaurrutia son esa "otra cosa" que buscan los críticos; son, simplemente, lo que quieren ser. Quiero decir: son ejercicios, ejercicios conseguidos y resueltos. Y, por lo tanto, obras de teatro, pequeñas obras de teatro, a veces angustiosamente deshabitadas, es cierto, pero, ¿no sería mejor decir "maliciosamente deshabitadas" por su autor? Pues Villaurrutia en alguna de sus piezas intenta, deliberadamente, excluir a la realidad de su teatro y lo consigue plenamente, sin que deje de ser teatro. Estos ejercicios literarios, estas pequeñas experiencias literarias no constituyen para su autor, naturalmente, todo el teatro, sino el principio del teatro.

La Mujer Legítima marca el camino recorrido por Villaurrutia desde *Autos Profanos*. Aunque quizá no deba decir desde *Autos Profanos*, sino gracias a ellos. Pues gracias a estos ejercicios Villaurrutia se muestra como un dramaturgo dueño de sus recursos, inteligente y equilibrado, poseedor y no poseído por sus imágenes y personajes. *La Mujer Legítima*, en este sentido, no es una obra diversa a las que forman *Autos Profanos*: sigue siendo un ejercicio de conciencia y maestría. En estas cualidades radica su excelencia, aunque en ocasiones nos fastidie que todos los personajes hablen el mismo lenguaje, que se expresen con demasiada corrección, y que un intrincado drama psicológico nos sea explicado acudiendo a la psiquiatría. Todas estas observaciones carecen de importancia. La más grave de todas es ésta: Villaurrutia logra interesarnos con su teatro, pero no apasionarnos; nos hace sonreír, pero no nos divierte totalmente y, en suma, no toca nada vivo o profundo de nuestra alma. No consigue seducirnos, apoderarse de nosotros y del público. Es posible que a su autor le repugne esta clase de fascinaciones y de éxitos, pero el teatro, para serlo, no sólo requiere esa perfección inteligente de Villaurrutia, sino también ese hechizo que embriaga al espectador. El teatro de Villaurrutia no nos hace nunca olvidarnos de nosotros mismos, quizá porque su autor tampoco se olvida bastante de sí.

La obra de Villaurrutia, como la de Rodolfo Usigli y la de Celestino Gorostiza

(sus compañeros en el heroico esfuerzo de crear un teatro mexicano, que México se obstina en no merecer), posee una calidad que la hace acreedora a algo más que el interés profesional de los literatos. Pues es, ya, teatro (¿cuándo podremos decir algo parecido de nuestra novela?); y todas nuestras dudas, nuestras diferencias de gusto o de concepto, desaparecen ante la evidente sencillez de este hecho.

OCTAVIO PAZ

Ciencia

COPÉRNICO Y VÉSALE

EN EL CUARTO CENTENARIO DE DOS OBRAS FAMOSAS

Se cumple este año el cuarto centenario de la publicación de dos obras científicas, que representan momentos decisivos para sus respectivas ciencias. Son ellas: *De Revolutionibus orbium coelestium* (Nürnberg, 1543) de Nicolás Copérnico (1473-1543) y *De Humani corporis fabrica Libri VII* (Basel, 1543) de Andrés Vésale (1514-1564). Ambas obras instauran en la astronomía y en la anatomía, respectivamente, nuevas concepciones que destronan las clásicas concepciones de Ptolomeo y de Galeno, que se habían mantenido vigentes durante 14 siglos.

Pero ambas concepciones, la astronómica y la anatómica, no surgieron, siguiendo el viejo símil, como Minerva de la cabeza de Júpiter ataviada con todas sus armas: el largo proceso histórico anterior muestra cómo ya en la antigüedad existieron rastros de las concepciones que surgirán plenamente en el siglo XVI.

Así en la astronomía se puede comprobar como el sistema geocéntrico surge y se estabiliza a través de numerosos intentos anteriores, entre los cuales algunos son de naturaleza heliocéntrica o semejante. Ya entre los sistemas atribuidos

a los pitagóricos, curiosas mezclas de concepciones místicas y observaciones ingenuas, uno de ellos supone la tierra girando alrededor de un fuego central. Tal sistema, si bien carece de base científica, es interesante, pues muestra la existencia o la posibilidad de concepciones en las que la tierra ni estaba fija ni ocupaba el centro del universo. Pero ya el primer sistema científico ideado para "salvar los fenómenos" es geocéntrico: es el sistema de las esferas homocéntricas de Eudoxo (IV siglo a. C.), según el cual la explicación de los movimientos de los astros se logra mediante un juego de movimientos de rotación alrededor de la tierra fija. El sistema de Eudoxo requería 27 "esferas", pero modificaciones ulteriores, necesarias para la perfección del mismo, lo complicaron de tal modo que en Aristóteles el número de esferas supera al doble. Es verdad que Aristóteles había agregado algunas por razones puramente metafísicas.

Al lado de estos sistemas geocéntricos, los griegos idearon también sistemas no geocéntricos: a Heráclides de Pontos se debe un sistema mixto que será resucitado, 20 siglos después, por Tycho Brahe, mientras que en el siglo III (a. C.) encontramos, por obra de Aristarco de Samos, un verdadero sistema heliocéntrico absoluto. Pero tales intentos no prosperaron, en parte, también, por motivos religiosos, y en el siglo II (a. C.) Hiparco, astrónomo teórico y observador, quizás el más grande de la antigüedad, concibe un sistema geocéntrico sin las complicaciones del sistema de Eudoxo y en el que los movimientos celestes se obtenían combinando trayectorias circulares, no todas alrededor de la tierra fija (excéntricas y epiciclos). Será este sistema el que cuatro siglos más tarde Ptolomeo organizará y sistematizará en un cuerpo de doctrina que se mantendrá inmovible durante 14 siglos. Los árabes, transmisores de gran parte de la ciencia antigua a Occidente, no lo alterarán (una mención de un astrónomo árabe acerca de la rotación de la tierra alrededor de su eje, es para negar tal hipótesis) y así se conservará hasta que, ya adelantado el Renacimiento, aparece Copérnico. Éste había estado en Italia, cuna entonces del movimiento de emancipación científica, conocía muy bien a sus clásicos y a los intentos heliocéntricos de los antiguos y comenzó a elaborar su propia teoría, que aparece primero en un *Commentariolus*, que circuló sólo en forma de manuscritos, mientras prepara su *De Revolutionibus*. La comparación de los dos trabajos muestra el proceso del pensamiento de Copérnico respecto del carácter de su teoría: mientras en el *Commentariolus* él le atribuye realidad, en el *De Revolutionibus* esa afirmación

se atenúa y en el prefacio del editor (durante mucho tiempo atribuido a Copérnico) se declara explícitamente que la teoría es una hipótesis cómoda. Que Copérnico tuviera presente las dificultades provenientes de los argumentos de naturaleza teológica en contra de su teoría, se comprueba observando que la publicación de la obra se demoró hasta el año mismo de la muerte de su autor.

Desde un punto de vista puramente científico la teoría copernicana no es muy revolucionaria; es más bien una teoría que utiliza inteligentemente concepciones anteriores. En ella el universo sigue siendo finito y la esfera de las estrellas fijas limita el mundo; la forma circular, impuesta más por razones estéticas y místicas que científicas, se mantiene soberana como trayectoria de los astros; esas trayectorias siguen construyéndose con la vieja teoría de los epiciclos y excéntricas; y hasta su mayor revolución, el sistema heliocéntrico, ya se había conocido en la antigüedad. Por otra parte, dados los escasos recursos técnicos de la época, la teoría no estaba en condiciones de rebatir todas las objeciones científicas que se le formularon; de ahí que no fuera aceptada por todos los astrónomos o lo fuera a medias (ya mencionamos que Tycho Brahe resucitó el antiguo sistema mixto). Fueron necesarias las observaciones de Tycho Brahe y de Galileo; los cálculos de Kepler y de Newton; los progresos técnicos en las observaciones astronómicas que permitieron la medición de la distancia de las estrellas (Bessel, 1837), para que finalmente la teoría se impusiera.

Pero revolucionaria fué, no sólo por haber desplazado la tierra y, por ende, al hombre de su posición de centro fijo del mundo, sino también por su audaz negación del sentido común (“¡No fué poco tonto! ¿Dónde tenía los ojos?”, exclama un personaje de *Santa Juana* al oír que Pitágoras había afirmado que la tierra era redonda y giraba alrededor del sol).

Con la anatomía ocurrió algo semejante. En los escritos hipocráticos no existen estudios anatómicos especiales, dada la prohibición de diseccionar cadáveres, y los conocimientos anatómicos eran el resultado de las observaciones realizadas en las intervenciones quirúrgicas y en las prácticas médicas. Pero en el período alejandrino, en el suelo que durante milenios había visto embalsamar cadáveres, tal prohibición no subsistió, y con los médicos de esa época, que llegaron a diseccionar en público y a quienes se llegó a acusar —falsamente, parece— de vivisección, la anatomía adquirió carta de ciudadanía científica.

Con la posterior dominación romana volvió a imperar la prohibición de disecar cadáveres humanos y Galeno, que sistematiza la medicina antigua como en el mismo siglo lo hace Ptolomeo con la astronomía, tuvo que basar su anatomía en disecciones de animales: sus errores y sus aciertos dependieron de la diferencia o semejanza de los órganos humanos con los correspondientes de los animales disecados.

El cuerpo de doctrina organizado por Galeno fué asimilado y trasmitido a Occidente por los árabes, quienes fueron grandes clínicos, pero no anatómicos, pues la prohibición absoluta de disecar cadáveres humanos se extendió, a veces, a los animales. Pero en plena Edad Media reflorecen los estudios médicos en el sur de Italia, paso obligado de los cruzados y centro de confluencia de las cuatro grandes culturas mediterráneas: griega, latina, árabe y judía. Con ellos resurgen también los estudios anatómicos y en el siglo XIV era práctica en algunas universidades italianas que el profesor de anatomía disecara personalmente en clase. Nuevamente cayó esa práctica en desuso y hasta fué prohibida (Leonardo sin duda disecó, pero Leonardo fué un sabio ignorado por su época) y la clase de anatomía que en un tiempo consistía todavía en la lectura, generalmente de Galeno, que hacía el profesor (*lector*) mientras un auxiliar (*demonstrator*) indicaba en el cadáver las partes respectivas, se redujo luego a la simple lectura del texto. Es contra esta anatomía libresca que reacciona Vésale. Vésale había estado en Italia, donde estudió y comenzó su carrera de profesor. Juvenil y fogoso, se propone “poner las manos en la cosa misma” eliminando todo intermediario entre el profesor y el cadáver humano y volviendo a la práctica de la disección con tal entusiasmo que instaura una nueva anatomía, basada en la observación directa, denunciando error tras error de Galeno, hasta donde no los había. Y es el resultado de sus observaciones el que aparece en su gran obra de 1543, a la que sigue ese mismo año un *Epítome* que permitió una mayor difusión de la nueva concepción, contribuyendo ambas al progreso de la anatomía y al nacimiento de la fisiología.

Las notables planchas que acompañan a la edición original del *De Humani*, obras magníficas de anatomía viva del pintor Van Calcar, discípulo de Tiziano, contribuyeron no poco a la difusión y celebridad de la obra.

A las coincidencias casuales, aunque significativas, que el proceso histórico revela, pueden agregarse aún algunas características comunes de estas dos obras, provenientes de la misma atmósfera cultural que las vió nacer. Empiezan a vislumbrarse en ellas algunos caracteres de la ciencia moderna: el equilibrio entre empirismo y racionalismo; el afán, no sólo de “poner las manos en la cosa”, sino de ceñirse a la cosa misma; la tendencia a una mayor objetividad. Otro síntoma de modernidad, a modo de símbolo, muestran esas dos obras: con ellas, puede decirse, se inicia la quiebra de una concepción que formó parte del repertorio de ideas de la antigüedad y de la Edad Media: la teoría del macrocosmos y microcosmos, es decir la doctrina según la cual existen relaciones íntimas entre el universo y el hombre.

Esta doctrina, sin duda latente en todo ser humano, aparece bajo formas variadas en todas las cosmogonías orientales, en los presocráticos, especialmente en los pitagóricos, y hasta en los escritos hipocráticos. Platón, a su vez, se encargará de proporcionarle una base racional; es el origen común, por obra del demiurgo, del alma del cosmos (inteligencia y armonía) y del alma humana. La astrología, uno de los aspectos de la doctrina, será una ciencia y Ptolomeo, el gran astrónomo, es también el autor de un *Pentabiblos*, que es el más importante tratado astrológico de la antigüedad.

A través del neoplatonismo y alimentada por todas las religiones orientales, la doctrina penetra en el pensamiento cristiano y en la ciencia medioeval. En ésta la astrología y las vinculaciones de los signos del zodiaco y de los planetas con las regiones y los órganos del cuerpo (melotesias), así como su influencia sobre las plagas y enfermedades, ocuparán un lugar importante.

Esta concepción de unidad cósmica, cuya culminación será el poema de Dante, se debilita en el Renacimiento y Copérnico y Vésale ya no verán el mundo de esa manera. Mentes modernas, estudiarán y analizarán: el uno el macrocosmos, el otro el microcosmos, pero separadamente, cada uno como un objeto propio, cada uno como un cosmos en sí.

JOSE BABINI

LA TORRE EN GUARDIA

CONTRA LOS QUERANDÍES

A ciertos lectores de SUR parece haberles sentado muy mal esa *inminente inutilidad* con que se les amenazaba en el número anterior, y, como quien se pellizca para convencerse de que está despierto, se han puesto a probar su propia existencia escribiéndome airadas invectivas. No he querido que las ignorara el doctor Aguilar (más culpable que yo, si hay culpa en advertir al hermano en peligro) y decidí aprovechar mi paso por San Francisco para comentar con él las más razonables y las más disparatadas. No pudo ser. Lo encontré leyendo en su cuarto —una mesa y un par de sillas, una victrola, libros, flores—, ensombrecido el rostro y desafinada y chirriante el alma. Estaba molesto y hasta indignado, según supe luego, contra los filósofos de San Francisco.

Porque también allí hay filósofos, aunque el doctor Aguilar, con ser la conciencia alerta de la ciudad, apenas los trata, y huye de los que han ido brotando en los últimos años. Don Adrián es pensador algo a trasmano, no porque deliberadamente se oponga a los otros, sino porque es distinto de ellos. No se lo perdonan, y les irrita y duele sobre todo el oírle proclamarse discípulo (menos fiel, desde luego, que fervoroso) de aquel insigne maestro, médico también, que solía decir con irónico alarde de inmodestia: “El camino de la sabiduría pasa por la medicina”. Por si no fuera bastante el recelo que les inspiran los filósofos sin diploma —o, peor aún, con diploma que acredita otro género de conocimientos—, aquí viene a agregarse un particular motivo de desconfianza: están desarmados frente al prejuicio vulgar contra la medicina. No leen a Stevenson, y unos son demasiado sanos, de suerte que les falta ocasión para admirar debidamente a los médicos, y los otros demasiado enfermos y roídos de injustos rencores.

Hallé, pues, a don Adrián malhumorado como nunca, y cuando le pregunté qué libro tenía en las manos, me leyó por toda contestación estos párrafos de muestra:

“Lo absoluto cae, no puede menos de caer, en la pluralidad. ¿Cuál es la

dimensión de esa caída? El tiempo. ¿Cuál la proyección de lo absoluto en la pluralidad? El espacio. El pensamiento motor de la caída, alimentado por la sobreestimación de la pluralidad con respecto a lo absoluto, y por la falacia de que en la pluralidad se cae según libre determinación, es el mal. El diablo es aquel ser en quien se da primariamente ese pensamiento: el ser del cual ese pensamiento brota. El entendimiento del diablo es la espiral trazada por la materia al caer en el caos”.

No he de revelar, aunque ahora lo sé, quién es el autor de estas líneas: descanse su nombre en piadoso silencio. Pero sí confesaré que me sorprendió el ver los efectos de esa lectura en alma tan bien templada como la del doctor Aguilar. Ciertamente —me dije— el hígado tiene sus razones que la razón no siempre comprende. O quizá los años hayan logrado socavar lentamente en mi amigo su probada ecuanimidad, y ahora sea incapaz de resistir sacudida de tan cercano “epicentro”, como dicen los sabios. ¡Ver nacer aquí, ante nuestros ojos, páginas semejantes, que en tiempos más sensatos sólo hubieran podido pensarse en alemán! ¡Verlas crecer y multiplicarse cuando el mundo está tan necesitado de discreción, de claridad honrada, de buen sentido! ¡Oír cómo chillan y recrujen, sumándose a la monstruosa cacofonía que hoy llena los espacios: hoy que, como en los días de Aristófanes, Torbellino ha destronado a Zeus!... Muchas otras lamentaciones añadió el doctor Aguilar. Yo, oyente exacto, aunque indigno, me limitaré a resumir sus palabras.

En épocas cansadas como la nuestra ¡qué podemos esperar de la filosofía! Unos, discípulos. Otros, rebeldes. Otros...

Unos, académicos, miopes y corteses. Cada día se contentan con menos, hasta que no les queda otra cosa que el orgullo de la longevidad. Son los sucesores y administradores, confiados en la inmutabilidad de las premisas que recibieron en herencia. No sólo las creen indefinidamente fértiles. Creen, y es mucho más grave, en la homogeneidad de la doctrina original y las mecánicamente derivadas de ella. No sospechan las trampas del lenguaje, en que tan a gusto se enredan; no han aprendido a desconfiar de las soluciones que aclaran de golpe todas las dificultades. “¡Pensar desde las cosas!”, ha exhortado el filósofo. Nunca lo entenderán estas almas pálidas y encogidas.

Los otros, heraldos de la revelación y la revolución, del cataclismo y el

Juicio Final. Éstos no preparan ni continúan. Un orgullo de violento mesiazgo les enciende la voluntad. Desprecian toda filosofía de consumidores, y como el distinguir no es su fuerte, oponen el arrebatado adivinatorio tanto al espíritu de geometría como al de finura. Cualquier pretexto es bueno para el ejercicio de su robusta barbarie. No conocen el placer de buscar la verdad, sino el doloroso esfuerzo de buscar la verdad que nadie ha dicho. Se sienten felices cuando pueden desmentir a gritos: “El siglo XIX ha afirmado esto y aquello; la verdad es exactamente al revés” (¡la verdad, reverso exacto de un error, y de un error del siglo XIX!). Ni se resignan a que los académicos vayan apagándose gradualmente y por sí solos. Podrían ser sus notarios y albaceas, ayudar a administrarles la extremaunción, arramblar quizá con la herencia; prefieren el asalto y el degüello. Hablan al anhelo —siempre vivo en épocas cansadas— de una filosofía que nos libre de la filosofía: anhelo de brusca visión instantánea, de cortocircuito y explosión. Es fácil reconocerlos por su prosa y, a veces, hasta por su tipografía. Son los filósofos de la exclamación y del subrayado. Escriben vociferando, manoteando y guiñando los ojos. Tiembla el suelo cuando avanzan en son de guerra contra los filósofos discipulares. El césped académico, cultivado con paciente y amorosa mediocridad, muere bajo sus cascos. La guerra, única higiene en la historia de la filosofía: ellos no saben de otro lema. Ni saben de ambición más alta que la de ser perfectos caballos de Atila.

Pero suele ocurrir que la casta de los discípulos se arrima y prende también (tanto les da) a la de los rebeldes, de donde resulta un terrible compuesto: la academia de los caballos de Atila. Caballos maquinales, prolijos y metódicos que barren y trituran los más modestos problemas con la misma impavidez con que penetran en el “sagrado matorral de la Metafísica”. También ellos desesperan y aúllan, pero con vocabulario traducido, y con reglas fijadas por los maestros para siempre —un siempre que en tiempos de Stendhal duraba de veinte a treinta años, y ahora muchos menos—. Y aunque no alcancen muy bien el sentido, si lo hay, de ese vocabulario y de esas reglas, defienden la letra con admirable devoción. Nadie tan sensible al más leve barrunto de herejía. Saben que todo golpe asestado al maestro los haría bambolearse a ellos mismos, y así, semidormidos como están sobre sus *ipsissima verba*, paran la oreja y se encabritan al primer rumor, y embisten con toda la violencia de que son capaces (porque la haraganería herida es hiriente ¡y hasta activa!) contra quien se atreva a insi-

nuarles que el filosofar no tiene por qué estar reñido con la sensatez, ni con la buena salud, ni con el chiste de ley y la risa fácil.

Yo he dicho:

—¿Tanta variedad de filósofos, don Adrián? Eso será tal vez en países más labrados y cansados. Eso será, habrá sido, en París, no en este San Francisco de tejas y baldíos, de ancha y borrosa geografía y de historia en blanco.

Y él:

—También aquí. Todo en pequeño, y como en caricatura; pero los tres tipos abundan. Y sobreabundan los discípulos del caballo de Atila, robustecidos sin duda por el ímpetu de la ardiente sangre querandí... Lo recuerda usted ¿verdad? Ni un español quedó de la desastrada aventura, sino apenas unos caballos enloquecidos que se lanzaron por los campos desiertos, llenos los ojos de incendio y matanza. Dicen que tampoco los querandíes acamparon aquí; pero no es cierto, porque aquellos indios infatigables retratados en plena labor por el buen Ulderico son ahora legión. Legión de escritores y habladores chúcaros a quienes nada irrita tanto como el que los otros construyan. Sólo están unidos entre sí por oscuros e intermitentes arranques de gana: mínimo contacto indispensable para organizar la agresión y acudir en montonera a lanzar sus flechas humosas —como en el grabado de Schmidl—, desde fuera, desde lejos de los problemas, pues el enterarse a fondo de ellos menoscabaría el vigor y pureza del ataque. Esos querandíes, sus arrebatos, su furor desordenado y confuso, sus tristes hazañas, son el núcleo eterno de materia rebelde a la forma sobre el cual vivimos, a menudo sin darnos cuenta; caos último e invencible en que sólo muy de tarde en tarde, y como aprovechando sus distracciones, puede encontrarse algún olvidado resquicio de paz laboriosa. Y no hay sino consagrarse a esos momentos, breves paréntesis luminosos entre dos tinieblas, mientras por debajo sigue temblando el suelo y acumulándose la lava. No hay sino trabajar como si una posteridad infinitamente rigurosa debiera juzgar lo que hacemos. Si por ventura ocurre que eso que hacemos es filosofar, no nos arrastre un académico automatismo, ni la urgencia de desahogar bajo especie de filosofía un humor belicoso que tiene más apropiado lugar en las canchas de fútbol, ni el afán de diluir en turbia retórica los estallidos de impaciencia o desesperación de unos violentos europeos de ayer. Que lo que nos mueva sea el puro anhelo de... Pero ¿hace falta decirlo a los filósofos de verdad? Baste recordarles

que no les ha de valer, ante el juez que les espera, la excusa del tiempo escaso y de la perpetua interinidad con que todo se hace aquí. Trabajen pausada y firmemente, porque es lo hecho, no las intenciones, ni las circunstancias en que se hizo, lo que deberá resistir el embate de los años. El malón, qué duda cabe, ha de llegar. Y único recurso contra la flecha, contra el fuego, es no improvisar chozas de paja y adobe. Construir, sí, pero sin prisa, y en piedra.

ANTONINO REY

Cinematógrafo

“LA SOMBRA DE UNA DUDA”

Alfred Hitchcock caracterizó sus films por dos señales ineludibles: la abundancia con que prodigaba su “sense of humour”, la fuerza y complejidad con que adjetivaba sus argumentos de intriga. De ambas cualidades, Hitchcock solía hacer una, alternándolas personalísimamente (en *El hombre que sabía demasiado*, un criminal interrumpía su frenética huída por los tejados para ensayar cuatro notas en un piano de bohardilla). Ahora, en *La sombra de una duda*, Hitchcock acude al humorismo de Thornton Wilder — que alguna vez escribió *Nuestro pueblo* y que tiene excelentes credenciales para diseñar, construir y detallar la vida diaria de un típico hogar americano (donde sus miembros se resisten a ser típicos y a constituir “an average family”). Este hogar de Wilder es regocijante, y en él irrumpe Hitchcock bajo la apariencia de un tío que es el encanto de toda la familia, pero que comete diversas imprudencias que lo identifican con cierto maniático y perseguido asesino de muy variadas viudas. El tío se apresura en sus imprudencias más de lo debido y en la primera media hora aclara la sombra de toda duda: él es, indiscutiblemente, el asesino. Este adelanto, y la simultánea premura con que algún apuesto detective demuestra ser detective, desarman a Hitchcock de su mejor recurso: sorprender en todo instante al espectador (véase *39 escalones*, *La dama desaparece*, *Corresponsal extranjero*, *La sospecha*) y lo inducen a la truculencia y a la aventura, incluyendo una pelea

final en un tren que parece robada de algún viejo film de cow-boys. Quedan como válidos el magnífico principio de la comedia, algunos elocuentes registros fotográficos, el manejo de la luz y de la música, el trabajo de Joseph Cotten, el trabajo de Theresa Wright. También es válido lo que más se parece a Hitchcock en el film: alternar la expresión de la disimulada morbosidad asesina que preside a un personaje con la evidente y risible ingenuidad de aficionados a lecturas policiales que tienen otros dos. En un par de escenas Hitchcock logra lo que él inventó y lo que otros llamaron "suspense": el cuadro familiar parece tranquilo, las moscas vuelan, la chimenea cruje, se lee los periódicos, la conversación es nula o banal, pero ante ese cuadro el espectador sabe (no se lo explica, pero lo sabe misteriosamente y quizás poéticamente) que allí ocurrirá algo atroz o criminal. Estos "suspenses" son una indefectible receta de Hitchcock: descubrir y practicar minuciosamente el secreto de su mezcla significa la posibilidad de que sus films dejen de ser tan singularmente suyos. En manos de otro director, *La sombra de una duda* hubiera sido un vulgar film compuesto de un asesino, un detective y una dama joven; en manos de Hitchcock esa pobre identidad se establece lo bastante tarde como para dejar lugar a una probada y primera satisfacción.

OTROS FILMS

Hay una buena razón para desestimar a René Clair. Se llama *Me casé con una bruja* y hace sospechar, peligrosamente, que el gran humorista cinematográfico necesita ahora de cuentos de Cami para hacer sonreír a los espectadores de *À nous la liberté*. Ya una vez había usado Clair de lo fantástico en aquel delicioso *Espectro errante*, pero sus fantasmas eran un pretexto para satirizar a los millonarios yankees, a los aristócratas ingleses y a la misma institución de los fantasmas. Aquí una bruja es una niña pícara y rubia (Veronica Lake) que usa tretas de dibujo de Walt Disney para enamorar al atribulado Frederic March. Ni el propósito valía una película, ni la realización valió más de tres bien conseguidas sonrisas. Muy inciertamente, uno y otra son de René Clair. No creemos en brujas.

Por encima de media docena de vulgaridades (una patrulla perdida en el

desierto, la consiguiente exaltación del heroísmo, el perenne recuerdo del valeroso y fallecido sargento, algunas frases sobre la lucha de las democracias, un convencionalísimo romance, y un lamentable "happy end") hay en *El Sargento Inmortal* una idea inteligente y la inmediata negación de ese calificativo. La idea es no interrumpir el peregrinaje de la patrulla para narrar el romance, que sólo aparece ubicado en el recuerdo del cabo Henry Fonda, protagonista. La negación es forzar la memoria de Henry Fonda para que el relato se nos aparezca en estricto, limpio e increíble orden cronológico. En la memoria del espectador importa muy poco el orden cronológico: recuerda más las ineptias que la idea inteligente. Para su bien, recuerda asimismo la plausible actuación de Henry Fonda y de Thomas Mitchell, cierto adecuado ritmo de la acción y una emocionante escena en que cuatro soldados se reparten el escaso humo de un último cigarrillo.

H. ALSINA T.

Calendario

por ERNESTO SÁBATO

Comentarios

Se cumple el cuarto centenario de la muerte de Nicolás Copérnico. La teoría heliocéntrica es tan sencilla que podría asombrar su rechazo por la gran mayoría de la época. Hay, sin embargo, dos razones para explicar este fenómeno. En primer lugar, desdeñaba el finalismo antropocéntrico, siempre prestigioso: "*O God, I could be bounded in a nutshell and count myself a king of infinite space...*" Desde Moisés hasta un amigo mío, la gente no quiere abdicar de sus privilegios cósmicos, e imagina que toda la Creación ha sido realizada en su beneficio. Bernardin de Saint-Pierre opinaba que el melón tiene rajas para facilitar su consumo en familia. Era inevitable que la teoría excéntrica de Copérnico chocase contra los prejuicios bíblicos o teológico-culinarios. Ya Aristarco de Samos fué acusado de impiedad por la misma razón, y el temeroso Pitágoras llevaba una doble contabilidad: geocéntrica para el público y heliocéntrica para sus discípulos preferidos, como esos confiteros que no comen lo que venden.

El otro obstáculo fué, como siempre, el acreditado, siempre aconsejado por los ancianos, tan atrayente como perverso, proclive, calamitoso *sentido común*. Esta deplorable institución es producto de unos pocos reflejos condicionados y de una experiencia humana escasa y miope, lo que no impide que pretenda ser profética, con resultados desastrosos. El *modus operandi* es así: Un anciano ha viajado numerosas veces en carros y trirremes,

a la modesta velocidad de cien estadios por hora, se ha fatigado y, a consecuencia del traqueteo, se ha mareado. Si la Tierra girase en torno del Sol debería estar lanzada a una tremenda velocidad en el espacio vacío: eso no puede ser cierto, puesto que ningún anciano se marearía, ni se queja del traqueteo. Los argumentos contra el heliocentrismo, como se ve, no pasan de ser argumentos casi medicinales.

El mundo de la experiencia doméstica es tan reducido frente al universo, los datos de los sentidos son tan engañosos, los reflejos condicionados son tan poco eficientemente proféticos, que el mejor método para averiguar nuevas verdades es, justamente, asegurar lo contrario de lo que afirma el sentido común. Ésa es la razón por la que muchos grandes avances en el pensamiento humano han sido hechos por esquizofrénicos.

Es curioso, sin embargo, que el sentido común siga teniendo tanto prestigio didáctico y civil, a pesar de todas las calamidades que ha elucubrado: la planitud de la tierra, el geocentrismo, la locura de Pasteur y el realismo ingenuo. Si por desgracia el sentido común hubiese prevalecido, no tendríamos ni radiotelefonía, ni relatividad, ni sueros, ni las novelas de Dostoievski. Tampoco se hubiera descubierto América, no existiría SUR y este comentario jamás se habría publicado (hecho que, desde luego, no pretendo poner a la par del no-descubrimiento de América).

La hipótesis heliocéntrica, ya sostenida por

Aristarco, durmió hasta Copérnico. Uno de los responsables de esta catalepsia fué Aristóteles, que con su inmensa autoridad policial impidió cualquier alzamiento contra el régimen establecido. El doctor Rey Pastor se enoja cuando el Estagirita es acusado de calamidad pública por Bertrand Russell, y como respuesta arguye que fué un gran genio. Pero si nadie niega que fué un gran genio: *por esa misma razón fué una gran calamidad*. Si Aristóteles hubiese sido un hombre mediocre, no habría podido impedir en dos mil años el advenimiento de la nueva ciencia. Los genios promueven grandes adelantos en la humanidad. Pero si se les da por estar equivocados, son capaces de frenarla durante varios siglos.

Hasta ahora, lo que podría denominarse *Kriegsanschauung* del doctor Goebbels des-

cansaba sobre tres columnas: la abundancia de judíos en algunas calles de Nueva York y Londres, la masonería y el Estado Bolchevique (para la mayoría de los exégetas hitleristas, estas Tres Personas son manifestaciones hipostáticas de una Sola Realidad: el increíblemente universal Judío). Desde el punto de vista de la simetría matemática es una pena que el doctor Goebbels descubra ahora un cuarto culpable de la guerra: la teoría empieza a ponerse barroca. Radio París ha proclamado que el Vaticano es el mayor culpable. La Santa Sede ha respondido con dignidad: "No es el Vaticano quien ha declarado esta guerra, y no es la Iglesia Católica de Alemania la que condujo este país a su actual destino. Todo el mundo lo sabe".

Por mera curiosidad: ¿qué opinarán a este respecto ciertos católicos de nuestro país?

Novedades bibliográficas en el extranjero

KLAUS MANN: *André Gide and the crisis of modern thought*.

"Nada se omite en esta extensa creación, desde *Le cahiers d'André Walter*, 1891, hasta el *Journal*, 1939, con la conclusión de que Gide —a diferencia de Proust y Joyce, que eran casi exclusivamente artistas— es un moralista con genio artístico. El inteligente interés de Gide por Alemania y por la cultura germánica motivó el ataque y la calumnia de los superpatriotas, que ahora son serviles cooperadores del invasor nazi. Klaus Mann da una lista completa de estos individuos y los pinta con el desprecio adecuado. Después

de rendir tributo a los contemporáneos de Gide que mantuvieron sus principios, Klaus Mann concluye con una emocionante pintura de Gide sufriendo en su solitaria ancianidad, en esa patria invadida de la que él es grande e incorruptible honra". (Ed Boyd, en el *N. Y. T.*).

WILLIAM ROUGHEAD: *The art of murder*.

"Si el lector gusta de los asesinatos realizados con manos primorosamente enguantadas y ofrecidos con fría documentación legal y notas al pie, encontrará una excelente lectura en estos ocho casos fascinantes que presenta

Mr. Roughead con brillante claridad y, de vez en cuando, con sobria ironía y reservado humor escocés". (Meyer Berger, en el *N. Y. T.*).

AUGUSTO COMTE: *Primeros ensayos* (México).

"En estos ensayos muestra Comte cómo una de sus ideas, la principal entre todas, ha sido la de formular una metafísica, una *teoría* nos dirá Comte, que sirviese de base a la formulación de su política". (Leopoldo Zea, en *Letras de México*).

JORGE ICAZA: *Media vida deslumbrados* (Quito).

"Además de la pobreza literaria de sus hombres, sus relatos o argumentos tienen la peculiaridad de lo simple, de lo ya muy manoseado en la literatura, con una ingenuidad de lector

principiante..." (A. Chumacero, en *Letras de México*).

A. M. KAULBACK: *What lies beyond*.

"El libro de la señora Kaulback está dedicado a una larga serie de experimentos, a veces realizados con ayuda de varios mediums profesionales, pero, en general, a través de su propia escritura automática. Mediante ésta, la autora se informaba de lo que hacían sus dos hijos mientras vivían en Tibet, India, Burma, Sudan. La correspondencia entre su información y la ofrecida por cuatro testigos tiene el aspecto de estar muy lejos de cualquier explicación por coincidencia, pero es interesante notar la curiosa irrelevancia del factor tiempo: algunos de los hechos fueron anunciados hasta tres semanas antes, concordando con la teoría de J. W. Dunne, expuesta en *The serial Universe* y otros trabajos". (*Times*).

Revistas

Domani, número 1, Buenos Aires.

Revista trimestral en lengua italiana, dirigida por Paolo Vita-Finzi: "DOMANI significa después de la derrota de Hitler. Hasta la ciencia más rigurosa necesita apoyarse sobre una proposición evidente, pero indemostrable. El fin de Hitler, y de todo lo que este nombre significa, es nuestro postulado de las paralelas, nuestra necesaria hipótesis de trabajo. Porque si el nazismo hubiese de triunfar, ciertamente no sería el caso de pensar en libros y revistas. Los problemas italianos se-

rían resueltos en su sede lógica, es decir en Berlín, con la moderación y ecuanimidad de que tenemos muestras evidentes y cotidianas". La revista se propone ofrecer, más que una estéril y casi inevitablemente escolástica discusión sobre el pasado, una contribución serena a la reconstrucción de Italia. En *Punti di partenza* se fija extensamente el programa internacional y nacional que el director considera adecuado para este fin. Se propicia la adhesión, condicionada por promesas y garantías justicieras, a la causa de las Naciones Unidas y a la Carta del Atlántico; en el

orden interno, el retorno a los principios básicos de la democracia y de la dignidad humana, pero sin vaguedades: en veinte puntos se establece el fundamento económico y político del nuevo orden (reforma agraria, fraccionamiento del latifundio, socialización o ejercicio mixto de la gran industria, etc.). El sumario de *Domani* incluye un artículo de Vita-Finzi sobre Italia en el mundo futuro, uno de Gregorio Rivolta sobre la socialización de la medicina, trozos de Cavour, Machiavelli, Pareto y Gobri que resultan de actualidad. Attilio Rossi ha colaborado en la presentación gráfica, que es inmejorable.

En estos momentos en que la inteligencia es reemplazada por la fuerza, es probable que esta revista sufra, además de los ataques fascistas, los de muchos antifascistas, lo que me parece peligroso para el futuro del mundo. No es creíble que la humanidad progrese oponiendo el odio al odio, y el racismo al racismo. Los nazis y fascistas inauguraron modernamente la abolición del hombre, el pisoteo de la libertad, el desprecio del espíritu crítico, la creencia en la inferioridad de algunas razas; parece evidente, pues, que los antinazis no debemos encariñarnos con ninguna de estas calamidades.

Boletín del Colegio Libre, número 8, Buenos Aires.

Francisco Romero se refiere justamente a este problema en un ensayo titulado *La filosofía y la hora actual*: "En segundo lugar, son los fanáticos de la acción los que han lanzado al mundo en el caos actual, sin que, por otra parte, el activismo demente con que pretenden convertir la historia en una gimnasia trágica les haya ahorrado las teorizaciones copiosas. El hombre, decía Pascal, no es sino una caña; pero una caña que piensa. Todo

propósito de restarle este decisivo atributo del pensamiento envuelve la intención tácita de convertir la caña humana en un garrote. Pero, en fin de cuentas, la tentativa, aunque no inocua, es vana; hay que ver la inteligencia que derrochan los enemigos de la inteligencia para negarla, todas las teorías que han debido fraguar para negar la teoría de sus adversarios. Este problema candente que es la crisis de nuestro tiempo, debe ser resuelto con la inteligencia antes que con las manos, con nociones y propósitos antes que con ciegos impulsos. La visión inteligente, la elaboración de nociones claras y de propósitos definidos, no pueden venir sino de un examen total de la vasta cuestión, de sus raíces, de sus motivos patentes y secretos, de las tensiones encontradas que en la conmoción operan".

The New York Times, abril 25.

Bertrand Russell acaba de publicar en Londres un ensayo sobre la necesidad de crear una universidad internacional, como parte de la reconstrucción moral de post-guerra. Entre otros problemas, Russell considera el de los textos escolares de historia, que de ordinario son escritos con un sentido nacionalista; los hechos son falsificados o al menos seleccionados con mala fe. Para evitar esta circunstancia, Russell propone que la futura universidad internacional cree un comité de control que seleccione los textos entre los que ya existen o, si fuere necesario, favorezca la redacción de otros nuevos; de modo que ningún libro de historia pueda ser usado en la enseñanza sin haber obtenido el *imprimatur* de la universidad internacional. La naturaleza drástica de este esquema es modificado, empero, por una importante condición: la

censura se aplicaría sólo a los textos oficiales; pero tanto a los estudiantes como a los niños de corta edad les sería permitido y hasta recomendado complementar su estudio de la historia con la lectura de libros partidarios y nacionalistas de todos los países.

H. W. Horwill no manifiesta excesivo entusiasmo por esta idea y opina que Bertrand Russell es desmedidamente optimista si espera que alguna comisión internacional pueda lograr textos que sean aceptados como historia auténtica por todos los países representados en la universidad; y aunque esta dificultad fuese superada, los jóvenes seguirían prefiriendo la historia tendenciosa, menos fría que la historia expurgada.

Tomorrow, marzo de 1943, Nueva York.

Número dedicado a la América Latina. Colaboraciones de Germán Arciniegas, Eduardo Mallea, Luis Emilio Soto, Alfredo de la Guar-

dia, Luis Alberto Sánchez, John Erskine, Manuel Seoane, Pablo Neruda y otros.

De mar a mar, número 1, Buenos Aires.

Nueva revista que agrupa a conocidos escritores, muchos de ellos expatriados: "Estamos decididamente con los pueblos libres y deseamos su rápida victoria sobre el nazismo, el falangismo y el fascismo". Un homenaje a Miguel Hernández que incluye una selección de sonetos del poeta, un dibujo de Colmeiro, una égloga de Rafael Alberti. Además, las siguientes colaboraciones: *Nuestra breve vida rodeada está de sueño*, por Eduardo Mallea; *De cómo vino al mundo Félix Muriel*, por Rafael Dieste; *El valle del Paraíso*, por Serrano Plaja; *Notas*, por José Otero Espasandín, Serrano Plaja y Lorenzo Varela.

La parte gráfica agrupa una fotografía de guerra, un retrato de Toulouse-Lautrec, un desnudo de Renoir, viñetas de Rossi y Seoane. Es elogiable la presentación material de la revista.

Í N D I C E

	Pág.
Casa grande & Senzala, por <i>Gilberto Freyre</i>	7
Silbido en el oeste, por <i>Vicente Barbieri</i>	16
El antigermanismo, por <i>Eduardo González Lanuza</i>	35
La mujer que podía olvidar, por <i>Winifred Williams</i>	42
Diario de guerra (II), por <i>Jacques Malaquais</i>	50

NOTAS

Un procedimiento literario de Unamuno, por <i>Enrique Anderson Imbert</i>	71
LOS LIBROS: Juan Ramón Jiménez: "Españoles de tres mundos", por <i>Lorenzo Varela</i>	77
Alberto Rougès: "Las jerarquías del ser y la eternidad", por <i>Aníbal Sánchez Reulet</i>	80
Leslie D. Weatherhead: "After death", por <i>Jorge Luis Borges</i>	83
Hsiao Chi'en: "Etching of a tormented age", por <i>Adolfo Bioy Casares</i>	85
André Lhote: "Tratado del paisaje"; Paul Gauguin y Charles Morice: "Noa Noa", por <i>Ana M. Berry</i>	87
LETRAS DE MÉXICO: Una nueva novela mexicana. El teatro de Xavier Villaurrutia, por <i>Octavio Paz</i>	93
CIENCIA: Copérnico y Vésale, por <i>José Babini</i>	98
LA TORRE EN GUARDIA: Contra los querandíes, por <i>Antonino Rey</i>	103
CINEMATÓGRAFO: "La sombra de una duda" y otros films, por <i>H. Alsina T.</i>	107
CALENDARIO, por <i>Ernesto Sábato</i>	110

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

*Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 037921.
Título de marca N° 159.436.*

ESTE CENTÉSIMO QUINTO NÚMERO DE "SUR"
ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA PRIMERO
DE JULIO DE MIL NOVECIENTOS
CUARENTA Y TRES EN LA
IMPRESA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES